

Notas del mes

Marea negra

Por *Albert Recio Andreu*

Abandonar al pueblo saharauí

Por *Juan-Ramón Capella*

La siniestralidad laboral en 2021: incidir sobre las causas para evitar los daños

Por *Antonio Madrid Pérez*

Pasos en el reconocimiento de derechos de las trabajadoras del hogar

Por *Antonio Giménez Merino*

Un comentario laico sobre la propiedad inspirado por un indeseable

Por *Albert Recio Andreu*

Memoria de Juan Diego

Por *La Redacción*

Ensayo

Frente a la militarización, la opción por la paz

Antonio Antón

Patronal y orden público: Sabadell en la Segunda República

Soledad Bengoechea

El extremista discreto

Remolacha

El Lobo Feroz

Imposibles (III)

El Rombo

De otras fuentes

Hacia una escalada bélica

Rafael Poch de Feliu

Europa: cien años de soledad

Boaventura de Sousa Santos

Parar la guerra cuanto antes

Gerardo Pisarello

Esta guerra geopolítica es un «crimen geopolítico»

Richard Falk

«La guerra trata de devolver la legitimidad interna al régimen de Putin. Todo lo demás es mentira»

Suzi Weissman

Primera Conferencia de Estados Parte del TPAN

Carme Suñé

La rebelión de la ciencia

Fernando Valladares

Agua del grifo, por favor, y por derecho

Agustín Moreno

Revuelta escolar o las calles para los niños

Agustín Moreno

Lecciones francesas para la izquierda española

Elizabeth Duval

Volver a casa borracha y acompañada

Nuria Alabao

La Biblioteca de Babel

Extrema derecha 2.0

Steven Forti

...Y la lírica

Denise Levertov

I

Que Marine Le Pen no haya ganado las elecciones presidenciales francesas es sólo un respiro. La extrema derecha sigue avanzando posiciones en muchos países, incluida España, donde Vox ya ha conseguido entrar en la Junta de Castilla y León y amenaza con participar en un posible Gobierno del Estado aliado al PP. Este avance de la derecha corre paralelo al debilitamiento de la izquierda casi en todas partes. En el caso de Francia, la suma de todas las opciones “de izquierdas” (Francia Insumisa, verdes, comunistas, socialistas y trotskistas) suma un 30,5%, sólo suficiente para concurrir a la segunda vuelta a condición de que la extrema derecha hubiera seguido dividida entre Le Pen y Zemmour. En otros países la situación es aún más deplorable.

Llevamos tiempo analizando en qué consiste esta extrema derecha, sus peligrosas ideas, sus prácticas (el libro de Steven Forti *Extrema derecha 2.0* realiza una buena caracterización de la misma), su peligrosidad. Conocer el fenómeno es necesario, pero obvia lo que debería ser nuestra preocupación esencial: entender las causas por las que un porcentaje creciente de la población se siente atraída por sus propuestas. Y, a contrario, porque las de la izquierda obtienen cada vez menos apoyo.

II

La explicación más simple es la que podríamos llamar “economicista”. Es reduccionista, pero no está vacía de contenido. Es también la más cómoda para la izquierda tradicional porque achaca toda la responsabilidad del fenómeno a su enemigo tradicional: las políticas de las élites capitalistas, la globalización y el neoliberalismo.

Es cierto que el modelo del capitalismo globalizado ha generado impactos sociales y espaciales brutales: antiguas áreas industriales convertidas en desiertos productivos, concentración de actividades en un número reducido de grandes megalópolis, empleos precarizados, salarios y condiciones laborales miserables, recortes en las políticas públicas que han generado enormes capas empobrecidas, sensación de impotencia, de vivir en colectividades sin futuro, de ser injustamente tratados u olvidados por los poderes públicos... Todo esto es cierto, y explica que haya una enorme y variopinta masa de personas cabreadas a las que les puede tentar apuntarse a opciones de extrema derecha cuando se desconfía del poder

institucionalizado. Es más o menos un comportamiento parecido al de los enfermos terminales (o que padecen enfermedades sin tratamientos sólidos) que acaban por acudir a un curandero cuando perciben que no tendrán respuesta en la medicina convencional. Pero resulta insuficiente. Porque la misma situación podría haber dado lugar a una radicalización política, a una vuelta al activismo radical (o a votar a propuestas izquierdas). Esto sólo ha ocurrido en el corto ciclo que elevó a Syriza en Grecia y a Podemos en España, y que ahora parece haberse evaporado. Hacen falta más elementos para tener una visión completa de la situación. Unos tienen que ver con procesos sociales y otros con las propias debilidades de la izquierda.

Las respuestas sociales no pueden explicarse sólo por la posición económica de las personas. Nos socializamos a través de múltiples procesos en los que intervienen la familia, la escuela, los medios de comunicación, las congregaciones religiosas, las redes de relaciones informales... La población de los países europeos (incluidas las nuevas Europas) lleva más de doscientos años insertada en espacios nacionales que han conformado una fuerte percepción de que forma parte de un grupo social diferenciado del resto; un espacio social que, además, se ha percibido como mejor que el resto. A ello ha contribuido firmemente la cultura imperial (con innegables elementos racistas), esencial para legitimar la propia expansión imperialista. Y en las últimas décadas esta situación de deterioro social ha ido acompañada de la llegada en bastantes países de población extranjera que antes estaba “fuera” y con la que ahora convivimos. Lo explica Jared Diamond en *El mundo hasta ayer*. En la mayoría de las sociedades primitivas el forastero es percibido como una amenaza. Posiblemente no nos hayamos civilizado tanto como para eliminar prejuicios, y la respuesta de una parte de la población a la combinación de deterioro económico e inmigración se traduce en clave racista y xenófoba y favorece la proliferación de respuestas políticas del tipo “dentro-fuera”. Esto no es nuevo (por ejemplo, es notorio que el discurso que la derecha estadounidense empleó contra la izquierda en el período de la Guerra Fría fue que se trataba de una actitud antinorteamericana), pero, en el contexto actual, a la extrema derecha se la ha abierto un espacio de acción que no ha dudado en aprovechar. En el caso español no cabe duda de que esta dinámica ha sido esencial tanto en la movilización del independentismo catalán (“nosotros solos lo haremos mejor”, “España nos roba”) como en la respuesta del nacionalismo españolista de Ciudadanos y Vox, que ha visto como intolerable el proyecto secesionista.

Los procesos actuales han generado, además, muchas sensaciones de agravio que favorecen respuestas airadas, de enojo frente a lo que consideran las élites. Las políticas neoliberales se han asentado sobre un discurso individualista en el que desempeña un papel esencial el concepto de talento y cualificación profesionales asociado a la educación formal y al estatus social.

A la inversa, los trabajos manuales son automáticamente valorados como poco cualificados, despreciables. A las personas en paro se les trata de inculcar que una parte de su problema es que tienen una cualificación y una actitud inadecuadas. El viejo orgullo del trabajador manual que con su habilidad aguantaba el país ha dado paso a una sensación de inferioridad, que el sistema escolar a menudo contribuye a agravar. La extrema derecha no tiene aquí ninguna respuesta, pero le resulta útil para encrespar los ánimos contra unas élites de las que nunca se explican responsabilidades. En una línea parecida posiblemente se encuentre la población rural. Sus valores tradicionales se sienten cuestionados por la modernidad y la crítica ecológica, y ello coincide en un momento en que este mismo mundo experimenta el poder de los grandes monopolios del sector y la pérdida de servicios públicos. Se generan en estos procesos espacios donde un discurso nacionalista duro, de desprecio a las capas cultas, de retorno a viejos valores, tiene posibilidad de penetración. El campo de los agraviados aumenta si consideramos el auge del feminismo, que pone en cuestión las inmemoriales relaciones de poder entre hombres y mujeres. No hace falta que todos los hombres, todos los obreros, todo el mundo rural, perciban de la misma forma el agravio; basta con que una fracción relevante lo haga para generar una dinámica de rechazización. El propio éxito de los primeros avances puede tener el efecto de bola de nieve, de atraer a gente que siente que ahora tiene un protagonismo que antes no tenía, y decantar un proceso que de momento aún no está fuera de control.

Hay un tercer campo que vale la pena recordar: la intersección entre vida cotidiana y acción política. Las sociedades capitalistas de consumo se han estructurado con una clara diferenciación de espacios: el económico empresarial, el de la vida cotidiana extralaboral y el de la política. El primer espacio está regido por el poder empresarial encubierto bajo el manto de la eficiencia, la "objetividad" de los procesos productivos, la racionalidad de los mercados y la simple necesidad de obtener ingresos. El campo de lo político sigue constituyendo un cuerpo extraño para la mayoría de la población. La participación no forma parte de los quehaceres habituales de la mayoría, excepto cuando hay elecciones (cualquiera que haya estado en un colegio electoral ha podido observar el cabreo generalizado y la sensación de injusticia que se palpa entre la mayoría de las personas a las que les ha tocado estar en una mesa electoral), y a los políticos se les percibe como una casta parasitaria y no se les asocia con los servicios públicos que acabamos recibiendo. La propaganda neoliberal ha sido intensa y constante con vistas a generar esta percepción para favorecer los procesos de privatización y externalización, las rebajas impositivas que tanto han enriquecido a las clases altas. La vida cotidiana se plantea como el único espacio de protagonismo, de autogestión real, y cualquier cosa que la altere tiende a convertirse en fuente de irritación. Como no hay una educación que ayude a comprender la

complejidad de los procesos (y es posible que este sea un problema para el funcionamiento normal de nuestro cerebro), a captar la variedad de elementos que generan situaciones de crisis, la respuesta ofendida y la demanda de soluciones simplistas acaban formando parte del comportamiento de gran parte de la población. Es, por ejemplo, notorio que alguna de las movilizaciones más airadas en bastantes países se producen cuando se aprueba un alza importante del precio de los combustibles, que genera sin duda un impacto en las economías domésticas, pero que tiene también que ver con el papel que desempeña el automóvil en la cultura cotidiana de mucha gente.

Ante las nuevas crisis a las que nos enfrenta el modelo productivo dominante, la incapacidad de dar respuesta a problemas enquistados, la crisis ecológica o la persistencia de los procesos migratorios internacionales (alentada tanto por los problemas de todo tipo de los países de origen como por la crisis demográfica de los países ricos), la extrema derecha tiene un terreno donde puede asentar sus políticas y aspirar a la toma del poder.

III

La izquierda tiene enormes dificultades para intervenir en esta situación. La apelación tradicional al fascismo clásico está en gran parte neutralizada porque las formas y los contenidos de la ultraderecha han cambiado. También porque la base social se ha fragmentado y muestra muchas líneas de separación: trabajadores bien formados (y con empleos estables en las burocracias privadas y los servicios públicos) frente a no formados, nativos frente a inmigrantes, adultos con empleo estable frente a jóvenes precarios, etc. Asimismo, las formas de vida más individualistas y consumistas han erosionado los espacios de socialización y relación personal en los que era posible debatir y desarrollar prácticas colectivas. El propio discurso antipolítico, omnipresente, quiebra las principales vías de acción de la izquierda, pues toda la intervención institucional está en entredicho. Y pesa, además, el fracaso del experimento soviético, en su versión rusa o china, como un modelo social al que aspirar. La paradoja es que hay un creciente volumen de población que se siente desamparada por el sistema institucional y, al mismo tiempo, está completamente alejada de las fuerzas que aspiran a representar sus intereses.

El único momento en que pareció que las cosas podrían cambiar fue durante el ciclo político posterior al 15-M, con el ascenso electoral de Podemos y la entrada de las candidaturas municipalistas en diversas ciudades. Sólo en el caso de Syriza en Grecia se produjo una situación parecida, lo que de entrada ya indica que no estábamos ante una gran oleada de cambio, sino sólo de respuestas en lugares concretos. Podría haber iniciado un nuevo ciclo

(tampoco la ultraderecha se implantó de golpe en todas partes), pero Syriza fue bloqueada desde las instituciones europeas y la izquierda española que despegó en 2015 ha ido perdiendo influencia, no sólo por sus peleas internas. Hay muchos factores a tener en cuenta en esta historia, pero me limitaré a plantear uno que considero esencial. El 15-M fue, sobre todo, una respuesta de la juventud formada. Respondía a su frustración ante el cierre de expectativas profesionales, los problemas de acceso a la vivienda, su lectura de la corrupción. Era gente que se veía a sí misma capaz de hacer muchas cosas y que se sentía bloqueada por unas castas que llevaban mucho tiempo detentado el poder. No tenían un proyecto social concreto (desde la quiebra de la experiencia soviética han quedado desprestigiadas las propuestas sistémicas; es más sencillo criticar al capitalismo que proponer alternativas). Llegaban con ideas de reforma extraídas de las facultades de Ciencias Políticas y con poca experiencia práctica en materia de organización (y con una visión muy crítica de los modelos establecidos). Su energía y voluntarismo trajeron aire fresco a la acción política. Señalar sus límites no es para criticarlos, sino para tratar de entender dónde estamos.

Lo que ha faltado en la “nueva izquierda” ha sido sobre todo un reconocimiento de la complejidad de la situación y un proyecto de implantación en los sectores de empleos manuales más afectados por la crisis de la izquierda. Es cierto que han tenido un papel activo en la política de vivienda, donde se plantean con mayor crudeza los estragos de las políticas neoliberales, pero, con todos sus méritos, sólo ha penetrado en segmentos limitados de la población. El pronto acceso a la gestión pública a partir de 2015 ha tenido sin duda efectos beneficiosos en el ámbito local (por ejemplo, en Barcelona los mayores aumentos presupuestarios de los últimos años se han concentrado en los servicios sociales y el transporte público) y en el estatal (gestión laboral de la crisis pandémica, reforma laboral, salario mínimo), pero al mismo tiempo han propiciado un alejamiento de sus bases potenciales, que tienden a percibirlos como políticos convencionales. Entrar en las instituciones supone, además, verse sometido a una variada gama de compromisos, presiones y negociaciones que cuadran mal con la imagen de una izquierda rupturista. Y las mejoras que se consiguen son demasiado limitadas y lentas para ser percibidas como un cambio sustancial. Si a ello le sumamos la complejidad, el difícil encaje de muchas demandas parciales, los dilemas que plantean las diferentes crisis que padecemos hoy en día, no es difícil entender que, sin otro modelo de intervención, se le está dejando a la extrema derecha un enorme campo para que progrese su demagogia y sus seudorecetas simplistas.

IV

El peligro de una marea negra que acabe dando el poder a una derecha

autoritaria, clasista, clientelar y racista está ahí. Hay que preguntarse en qué medida su desarrollo puede estar favorecido por sectores del gran capital que consideran que una restricción de las libertades democráticas y un modelo autoritario de gestión política pueden ser deseables. La experiencia del capitalismo de Estado chino y la percepción de que la crisis energética y ecológica llevará sin duda aparejada algún tipo de racionamiento del consumo pueden alentar estas veleidades. Es un tema en el que vamos a ciegas y que podría desempeñar un papel crucial en el devenir político. El peligro está ahí. El de que se implante un régimen político de restricción de libertades, de segregación social institucionalizada, de violencia contra todo lo que considere hostil, de afianzamiento de las desigualdades. Y esto no se combate con el cuento de “que viene Vox”. Obliga a pensar proyectos que organicen a la sociedad, que den respuestas inclusivas a la tensión contenida en muchos sectores sociales, que amplíen la democracia y nos orienten hacia un modelo social igualitario y ecológicamente racional. Es una tarea difícil, pero absolutamente necesaria para hacer frente a la barbarie que ya muestra de qué fiera estamos hablando.

30/4/2022

Abandonar al pueblo saharauí

Juan-Ramón Capella

El cambio de posición del actual gobierno español en relación con el conflicto del Sáhara deja a los antiguos ciudadanos españoles a los pies de los caballos del rey de Marruecos. Se abandona la posición establecida por la ONU para la resolución del conflicto entre el antiguo Sáhara español y Marruecos: la autodeterminación del pueblo saharauí, a la que se niega el ocupante marroquí. España sigue siendo, para las Naciones Unidas, la potencia administradora del territorio.

No se trata solo de una posición de principio de los saharauíes: cualquiera puede comprender que un pueblo que jamás perteneció a Marruecos no quiera vivir bajo la férula de un sátrapa, verse sometido a un régimen político que les ha hecho la guerra, que no consigue ser ni siquiera mínimamente una democracia política.

Nos hemos quedado sin una explicación plausible del cambio de postura del gobierno español. Se ha hablado de un problema menor, de la coercitiva renuencia marroquí a impedir la emigración ilegal a España. Pero esa cuestión, que afecta muy poco a la sociedad española, no explica ni puede explicar un cambio político cargado de consecuencias.

Ese cambio, por empezar por ahí, está en contra del deseo de la gran mayoría de los ciudadanos españoles.

La estulticia política de no haber informado siquiera a Argelia, ni mucho menos haberla consultado, acerca del cambio de posición, cuando es Argelia la principal sostenedora de los saharauíes, va a tener consecuencias pese a lo que anda diciendo el gobierno español. Argelia acaba de proponer la construcción de un gasoducto que la conecte con Italia. Si se realiza quizá España pueda conseguir aún su gas a un precio favorable, pero no podrá percibir peaje alguno por el paso del gas argelino hacia los países del centro de Europa.

Y de momento los marroquíes siguen cerrando el paso por su territorio de ese gas: la entrega del gobierno al rey de Marruecos ha sido prácticamente incondicional.

Por lo visto el sátrapa marroquí, cuyos negocios privados están ligados a los fosfatos de Bucraa, quiere ahora instalar en el Sáhara paneles fotovoltaicos para alimentar la producción industrial de hidrógeno: un nuevo negocio.

Hace unos meses también los Usa cambiaron de posición, en este asunto, en contra de la resolución de las Naciones Unidas. Seguramente eso está detrás del cambio de posición de Sánchez: ha hecho lo que le manda su señorito. Pero seguimos sin enterarnos de qué hay por debajo de todo eso. ¿Bases americanas en Marruecos? ¿Hipotéticas amenazas contra las Canarias? Alguien tendría que explicárnoslo.

De paso, la Otan excluye de su protección a Ceuta y Melilla. No nos protege de nada. A los saharauis solo les protege Argelia. La política exterior de España parece carecer de principios, de plan y de estabilidad. Los sucesivos gobiernos solo saben meternos en fregados cada vez mayores. El penúltimo, Afganistán.

26/4/2022

La siniestralidad laboral en 2021: incidir sobre las causas para evitar los daños

Antonio Madrid Pérez

CCOO ha publicado este mes de abril el informe [«Análisis de las estadísticas de accidentes de trabajo y enfermedades profesionales en España en 2021»](#). Este informe recoge los principales datos referidos a 2021 sobre la siniestralidad laboral. También se aportan comparaciones con los años anteriores. Presenta de esta forma un retrato sobre la que continúa siendo una fuente de padecimiento para las trabajadoras y los trabajadores: los mal llamados ‘accidentes’ laborales que provocan daños que van desde los que no requieren baja laboral hasta la muerte. La palabra ‘accidente’ está mal utilizada en esta materia en la medida en que introduce la idea de ‘hechos imprevistos’. En materia de siniestralidad laboral, parte de estos hechos son previsibles cuando, por ejemplo, concurren factores como la precariedad en la contratación, la falta de formación, la carencia de experiencia, el cansancio o la inexistencia de control sobre el cumplimiento de normas de prevención de riesgos laborales. Es por tanto mejor hablar de siniestros laborales que provocan daños a las personas trabajadoras que no de accidentes.

En 2021 se produjeron 1.137.523 siniestros laborales. De estos, 565.075 no causaron baja laboral. 572.448 sí la causaron. De los siniestros que causaron baja laboral, 4.572 fueron graves y 705 mortales. Al analizar las causas de estos siniestros, el informe presenta cuáles son los factores que concurren en ellos y ofrece una explicación acerca sus causas.

Los sectores en los que se produce mayor número de muertes por siniestro laboral son las industrias extractivas, el transporte y el almacenamiento. Si analizamos los resultados según sexo, la inmensa mayoría (95%) de quienes murieron por siniestro laboral eran hombres. Y los siniestros durante la jornada laboral también afectaron mayoritariamente a éstos (72%). Sin embargo, en los siniestros *in itinere* (al ir o volver del lugar de trabajo), el 54% de los siniestros los sufrieron mujeres. En el caso de la mayor incidencia de los siniestros *in itinere* entre las mujeres, una causa sería la contratación temporal indeseada (tres de cada cuatro personas ocupadas a tiempo parcial son mujeres) que lleva a muchas a tener que compaginar distintos trabajos para llegar a final de mes, con lo que incrementan los desplazamientos. Otra causa es la doble presencia de las mujeres, que todavía hoy asumen, en mayor medida que los hombres, las actividades de cuidado de la familia y el hogar. Pese a esto, los siniestros *in itinere* que causaron la muerte de la persona afectaron mucho más a hombres que a mujeres.

Los datos, se presenten como se presenten, tienden a deshumanizar la realidad que refieren. Cada dato referido a un siniestro habla de una persona y, por extensión, muchas veces también habla de un grupo familiar, dado que los daños sufridos suelen tener impacto en quienes comparten vida con la persona dañada. Los datos también pueden hablar de las causas de los daños sufridos. Este tipo de análisis, que va más allá de la asepsia del dato para hablar de las realidades de los seres sufrientes y de las causas de estos sufrimientos, es importante para luchar contra la consideración de los daños como un precio a pagar por tener trabajo, o como si estos daños fueran una posibilidad que ya va incluida en el salario o fueran un hecho 'accidental' que ocurre sin que podamos evitarlo.

El informe de CCOO destaca algunas de las causas tanto de los siniestros laborales como de su desigual distribución entre las personas trabajadoras: la clase social, el tipo de ocupación, el tipo de contratación y la nacionalidad del trabajador/a, entre otras.

La clase social se hace presente al ser los estratos sociales menos favorecidos los que padecen mayor siniestralidad. A su vez, son las ocupaciones menos cualificadas las que acumulan mayor número de siniestros. En cuanto al tipo de contratación, la temporal tiene una mayor incidencia en los siniestros laborales que la contratación indefinida.

Cuando se analiza la relación entre la precariedad laboral y la siniestralidad laboral, no se ha de olvidar qué significa trabajar en condiciones precarias: además de las salariales, de la dificultad para organizarse en la defensa de las condiciones de trabajo, o la inestabilidad en el puesto de trabajo, que son también inseguridades vitales, se suma en muchas ocasiones la baja formación, los ritmos intensos de trabajo, las jornadas largas de trabajo, el cansancio acumulado o el silenciar lo que te pasa. Las estadísticas oficiales recogen aquello que aflora, no lo que queda oculto.

En 2021, las personas extranjeras padecieron proporcionalmente más siniestros que las personas con nacionalidad española. Entre las personas trabajadoras no nacionales se dan diferencias importantes. Las de nacionalidad portuguesa, rumana y búlgara acumulan mayor número de siniestros que las de otras nacionalidades comunitarias con presencia en los sectores labores españoles. Lo mismo ocurre con personas cuya nacionalidad corresponde a Ecuador, Guinea Bissau y Marruecos.

Al analizar las enfermedades originadas a partir de la actividad laboral, se destaca que gran parte de ellas no quedan registradas, de forma que los datos disponibles son poco fiables. A esto se suma la dificultad con la que se encuentran muchas personas para que sus dolencias sean reconocidas como

enfermedades laborales. En este sentido, en los próximos meses habrá que prestar atención a qué se hace con las dolencias derivadas de la COVID cuando el contagio se produjo con motivo de la actividad laboral, de forma especial entre el personal sanitario y en otros sectores de atención directa a las personas.

El análisis de la siniestralidad laboral nos recuerda, también en los datos de 2021, la existencia de sufrimientos evitables o que, como mínimo, pueden ser reducidos si se abordan sus causas. Y pone de manifiesto la correlación entre la siniestralidad y las desigualdades económicas y sociales existentes, que llevan a una desigual distribución del sufrimiento impuesto a partir de la actividad laboral.

30/4/2022

Pasos en el reconocimiento de derechos de las trabajadoras del hogar

Antonio Giménez Merino

El exasperante retraso con el que se está produciendo el proceso de ratificación por España del Convenio 189 de la OIT, de 2011 (v. Isabel Otxoa, «[El Convenio 189 de la OIT cumple 10 años](#)», en el nº de junio de 2021 de *mientras tanto*), por fin con visos de terminar, se ha visto sacudido por dos resoluciones judiciales. La [Sentencia del Tribunal de Justicia de la Unión Europea \(STJUE\) de 24 de febrero de 2022](#), y su aplicación inmediata por un tribunal interno, en la [Sentencia 91/2022 del Juzgado de lo Social \(SJS\) nº 32 de Barcelona, de 14 de marzo de 2022](#).

La titular del juzgado de Barcelona reconoce el derecho de una empleada del hogar despedida improcedentemente a cobrar una indemnización del Fondo de Garantía Salarial (Fogasa), después de que su empleadora se declarara en situación de insolvencia. Y para ello se basa en la nueva doctrina del tribunal europeo, que considera discriminatoria la exclusión de este sector laboral de la prestación por desempleo, derivada del «régimen especial» todavía en vigor establecido por el Real Decreto 1620/2011. Como esta regulación impide a las personas afectadas cotizar al Fogasa, tampoco podían hasta ahora obtener su protección (el 95,53% de ellas son mujeres, por lo que la SJS advierte una causa de discriminación indirecta basada en «la presencia de una disposición, un criterio o una práctica aparentemente neutros que sitúan a personas de un sexo determinado en desventaja particular con respecto a personas del otro sexo»: art. 2.1.b Directiva UE 2006/54). Una circunstancia que la magistrada no se explica, sobre todo teniendo en cuenta la integración del régimen especial dentro del general la Seguridad Social que se hizo con la Ley 27/2011.

La STJUE, por tanto, ha abierto por la mitad un melón convenientemente preservado hasta ahora desde el campo político, pues su cumplimiento debería arrastrar un importante conjunto de cambios para que las empleadas del hogar alcancen la equiparación respecto al régimen general del resto de trabajadores por cuenta ajena.

Para empezar, el reconocimiento de la interlocución de las organizaciones propias de las trabajadoras, lo que choca con la posición negociadora de la que gozan los sindicatos más representativos. Éstos, tras la sentencia del tribunal europeo, ya se han apresurado a señalar como "[imprescindible la inmediata apertura de la mesa de Diálogo Social para abordar la relación laboral y de Seguridad Social de estas trabajadoras](#)" (como también

contempla el C189OIT), cuando en realidad carecen aún de una agenda desarrollada sobre cómo llevar a cabo esto. La cuestión es trascendente, si se considera la necesidad de un convenio colectivo del sector que diferencie las distintas situaciones en las que se enmarca el trabajo en los hogares, tanto cualitativamente (cuidados, muchas veces en regímenes de interinidad; limpieza y manutención del hogar) como cuantitativamente (muchos de los trabajos son por horas, en jornadas irregulares).

En segundo lugar, es preciso abordar con urgencia el problema del elevado número de trabajadoras que desempeñan su labor sin cobertura contractual alguna, y por tanto no sólo sin las prestaciones comentadas, sino también sin protección de su salud y seguridad en el trabajo. Esta situación afecta a un número difícil de cuantificar debido a la ausencia de inspección laboral en los hogares —distintamente a lo que sucede en países como México u Holanda—, motivada con el argumento de que las familias, protegidas por el derecho a la inviolabilidad del domicilio, no son equiparables a los empresarios profesionales por no obtener beneficios por el trabajo por cuenta ajena de las trabajadoras (algo contradictorio con el acceso obligatorio a los hogares de los trabajadores del servicio de atención a domicilio). Dicho número se estima que puede rondar las 200.000 trabajadoras, la mayoría extranjeras (frente a las 400.000 afiliadas a la Seguridad Social), comparando los datos de afiliadas y los datos de la Encuesta de Población Activa sobre personas ocupadas en el empleo de hogar.

En tercer lugar, el pleno reconocimiento del trabajo en el hogar dentro del régimen general se enfrenta a un conjunto complejo de problemas, reiteradamente denunciados por las organizaciones de trabajadoras, cuya solución no depende de la ratificación del C189 sino de determinaciones políticas. Entre ellos, la cotización por salarios reales (y no por tramos de horas, como hasta ahora); la aplicación del salario mínimo interprofesional como medida de referencia para las familias empleadoras; el control efectivo por la Seguridad Social de los salarios y su ajuste a las horas efectivas de presencia en el hogar; la supresión del salario en especie o de los descuentos por manutención —que alcanzan hasta el 30% del salario—, ampliamente utilizados en los regímenes de interinidad; el desarrollo específico de los riesgos de las empleadas del hogar dentro del catálogo de enfermedades profesionales; la correcta tramitación de las bajas médicas, desde el momento en que se produzca la circunstancia inhabilitante; la indemnización por despido improcedente correspondiente a los 33 días del régimen general; la supresión de la figura del «desistimiento» para la parte empleadora —en el origen de la demanda estimada en la STJUE—, fuente de abusos masivos para prescindir de trabajadoras con incapacidades temporales; o incorporar la retroactividad en el cálculo de las prestaciones desde el inicio real de la relación laboral, y no desde el momento en que se formalice por fin el

contrato.

Considerando además que nos hallamos ante uno de los llamados «nichos de ocupación» en España, el empleo en el hogar se presenta como una vía eficaz para la regularización de personas migrantes en situación irregular. Para lo cual se hace imprescindible el impulso a la contratación acompañado de una flexibilización de los requisitos para contratar a las personas inmigrantes, por ejemplo mediante la solicitud de un permiso de residencia y trabajo con el único requisito de contar con una oferta laboral de un año y cuarenta horas semanales (o incluso media jornada), o a través de figuras nuevas como el arraigo social sin contrato o la solicitud de permiso de residencia y trabajo con el único requisito del contrato a jornada completa.

Dicho impulso de la contratación puede hacerse por medio de incentivos fiscales como la deducción del IRPF para las familias contratadoras (como ya sucede en Dinamarca o Finlandia) o a través de subvenciones directas, condicionadas a una retribución conforme al régimen laboral general. Y debe ir acompañado de una inspección en profundidad de las actuales agencias de colocación, para impedir el negocio fraudulento (comisiones leoninas, contratos informales, colocación con salarios a la baja, especialmente en los casos de trabajadoras irregulares).

La falta de interiorización social suficiente acerca de la centralidad del problema de los cuidados y de las tareas del hogar en una sociedad envejecida y que consume largos tiempos en su actividad laboral hace imprescindible una tarea de concienciación similar a la que se está desplegando en el ámbito de la violencia de género (y no parece casual, a ese respecto, que ya se haya ratificado el Convenio 190OIT, mientras la ratificación del 189OIT siga pendiente). No cabe duda de que las sentencias comentadas contribuyen a este impulso, haciendo valer el esfuerzo desplegado sostenidamente por las organizaciones de trabajadoras de limpieza y de cuidados, a pesar de su situación sumamente precaria.

Todo esto, claro está, sin dejar de reclamar políticas activas tanto para dotar mejor nuestro paupérrimo sistema de dependencia como para que las mujeres precarizadas en España puedan aspirar a encontrar trabajo en sectores laborales distintos, a los que deberían poder acceder en igualdad de oportunidades con el resto de trabajadores sin verse relegadas al trabajo que otras personas en mejor situación no desean hacer.

[Estas reflexiones han sido posibles gracias a las aportaciones de las organizaciones de trabajadoras y de las especialistas que intervinieron en el Seminario «Más allá del Convenio 189 de la OIT. Propuestas y estrategias de las organizaciones independientes de

**trabajadoras para una regulación digna del trabajo del hogar y de los cuidados en España» (Universidad de Barcelona—PAC2020Inmujer).
Nuestro agradecimiento a todas ellas]**

30/4/2022

Un comentario laico sobre la propiedad inspirado por un indeseable Cuaderno pandémico: 9

Albert Recio Andreu

I

Reducir las desigualdades y reorientar el modelo social en clave ecológica exige tocar muchas piezas. La confianza de los economistas convencionales en dejarlo todo en manos de los precios ha contribuido a agravar los problemas, y por esto hay cada vez más voces que apuntan a la necesidad de intervenir en otros mecanismos y medidas. Piketty, por ejemplo, ha llamado la atención sobre una cuestión crucial, la de la propiedad, en su caso centrado sólo en la cuestión de la distribución de la renta. Abrir este melón es retomar un viejo tema que el neoliberalismo había considerado tabú. De hecho, gran parte de la construcción ideológica de los últimos años ha consistido en reinstalar la propiedad privada como un derecho superior a todos los demás, del que se derivaba el corolario de que el único papel de la empresa era enriquecer a sus propietarios por encima de todo.

En las propuestas más simplistas de la izquierda bastaba con expropiar la propiedad privada y pasar a una economía centralizada para resolver todos los problemas que generan las economías capitalistas. Era una solución un tanto burda, que perdía de vista la diversidad de situaciones en las que funcionan normas de propiedad que asignan derechos sobre activos diversos (de consumo, de producción) y que ignoraba la misma diversidad de variantes que pueden observarse en el estudio de la historia económica precapitalista. Hoy, además, propugnar la simple socialización de la propiedad está fuera de las capacidades reales de la izquierda (no sólo por la resistencia de los grandes propietarios, sino también por la propia hegemonía cultural que el concepto de “propiedad” ejerce en amplias capas de la población).

Hay, en cambio, mucho recorrido si el enfoque de partida se centra en limitar el derecho de propiedad para eliminar o neutralizar sus efectos más dañinos. De hecho, esta ya ha sido la práctica habitual de las mejores políticas públicas; por ejemplo, lo que el derecho del suelo que establece calificaciones diferentes para áreas distintas está haciendo es limitar los derechos de la propiedad en aspectos tanto cualitativos como distributivos, puesto que las ganancias privadas que pueden obtenerse con un terreno dependen en gran medida de los usos que se puedan hacer de ellas. Por esto las políticas urbanísticas y ambientales son, en buena medida, un tipo particular de lucha de clases, como perciben adecuadamente muchos activistas vecinales o ecologistas. Hay otros muchos ejemplos en los que puede observarse esta

relación entre regulaciones y propiedad y que explican que una parte sustancial de las políticas de derechas esté orientada a eliminar obstáculos a la rentabilidad privada denunciando las “trabas burocráticas”, o que ponen de manifiesto lo poco interesadas que están las instituciones financieras en apoyar el cooperativismo y otras formas de propiedad social. Por esto es de nuevo necesario plantear sobre qué regulaciones de la propiedad deberíamos plantear propuestas fundamentales.

II

El problema crucial de la propiedad capitalista es el de la concentración de poder. Cuanta menos gente controle una parte mayor de los recursos productivos, más probabilidades habrá de que sus intereses particulares se impongan al resto de la colectividad. La economía convencional está mal preparada (o simplemente está ideológicamente diseñada) para analizar esta cuestión. La única manera en que la aborda es en términos de monopolios y oligopolios en mercados concretos. No es una cuestión baladí, como observamos a diario en el mercado eléctrico, pero no agota ni mucho menos los efectos perversos de la concentración de poder económico.

Los modelos tradicionales de expansión del poder capitalista, más de los monopolios horizontales, estaban constituidos por la integración vertical: compras de proveedores para garantizarse suministros o de empresas que vendían productos que daban salida a los de la empresa original (por ejemplo, empresas siderúrgicas comprando o creando filiales de construcción naval, armamento, maquinaria...). Se trata de modelos que aún persisten pero que han dado paso a formas más diversificadas de poder y gestión, como las que caracterizan tanto a las cadenas de proveedores y subcontratas como a las de franquicias. En todas ellas existen relaciones de poder entre desiguales que desempeñan un papel sustancial en la creación de desigualdades salariales. La limitación y regulación de estos procesos es una de las variadas formas en que se puede imponer un modelo social más igualitario.

Lo peor es posiblemente la enorme capacidad de los grandes poderes económicos para influir en otros muchos espacios de la vida social: medios de comunicación, instituciones reguladoras, sistema judicial... El papel político que juegan las grandes plataformas tecnológicas es un ejemplo claro de ello. La reciente compra de Twitter por parte de Elon Musk, que está en el origen de esta nota, es otro. Musk tiene un proyecto, desconozco hasta qué punto elaborado, de cambio social basado en un conjunto de nuevas tecnologías. Dado lo que sabemos sobre estas, no apunta ni al igualitarismo ni a un ecologismo serio. Que pase a controlar una potente red de comunicación hace sospechar que con ello puede conseguir un altavoz importante para difundir sus ideas e intereses. No es el único, pero es un caso vistoso de lo que está

ocurriendo con otras muchas empresas. En estas mismas páginas ya he explicado en otras ocasiones las maniobras de Agbar, la principal gestora del agua pública en España, para mantener sus monopolios locales usando una enorme fuerza económica para poner en funcionamiento una enorme batería de medidas frente a sus opositores: publicidad convencional, clientelismo social y político, ofensiva legal, espionaje y ataques a movimientos sociales, acercamiento al poder judicial...

Una línea de trabajo esencial debería ser la de generar diques a esta expansión del capital hacia otras áreas, algo que tendría que incluir, por ejemplo, limitaciones al control de los medios de comunicación, a la financiación de los partidos, a los mecanismos de puertas giratorias, etc. Hay mucha experiencia acumulada, de éxitos y fracasos, que debe ser estudiada con el objeto de buscar las soluciones institucionales más eficaces, y teniendo claro que este es también un espacio donde la lucha por el poder entre las élites capitalistas y la democracia social constituye una batalla esencial.

Una variante de esta batalla tiene también que ver con la propia regulación de la actividad pública. Las políticas neoliberales promovieron un amplio abanico de privatizaciones y externalizaciones que se han traducido en una transferencia de renta y control al capital privado. Los movimientos sociales se han centrado a menudo en exigir la vuelta a lo público. En muchos casos esto es adecuado, pero en otros entraña el peligro de promover modelos de gestión demasiado burocráticos, y además pierde de vista toda la experiencia de gestión de la economía social, de la autogestión, que en campos como las actividades culturales y recreativas o en aquellas que requieran una atención personalizada puede ser más adecuada que el modelo burocrático. En Barcelona tenemos una importante experiencia de gestión cívica de equipamientos y de gestión de servicios especializados (por ejemplo, en uno de los últimos conflictos en los que he participado desempeñó un papel esencial una cooperativa de especialistas en conflictos que aportó su experiencia en rebajar la tensión) que está siendo puesta en cuestión por los intereses privados, que exigen de forma sistemática que para su adjudicación se aplique el modelo tradicional de concurso, en el que el precio juega un papel esencial. Hace unos años, en el Parlament se presentó un proyecto de ley sobre contratación pública (la Ley Aragonès) que, aunque era incompleto, abría ciertas posibilidades, pero una parte de la izquierda más dogmática atacó frontalmente la ley acusándola de privatizadora y consiguieron que fuera retirada. Ahora que nos enfrentamos a una ofensiva brutal del sector privado, carecemos de un modelo contractual que abra espacios a la gestión no capitalista.



Está también la cuestión que plantea Piketty, la de modificar la estructura de propiedad de las empresas. Su planteamiento recoge la idea de los fondos de inversión que promovió el sindicalismo sueco. Curiosamente, desprecia el cooperativismo ignorando, por ejemplo, la experiencia del País Vasco. Cambiar la estructura de propiedad de las empresas no es trivial. Una parte del drama productivo de los últimos años ha consistido precisamente en el paso del capitalismo familiar al de los fondos de inversión, mucho más cortoplacistas y depredadores (sin perder de vista que han sido estas mismas familias las que les han abierto la puerta para monetizar su propiedad). En el contexto actual de inflación, he sugerido que una alternativa para eludir la cuestión de la espiral inflacionaria con la que desde todos los ámbitos de poder se atacará a las demandas de aumentos salariales y la reimplantación de mecanismos de revisión salarial podría ser reemplazar aumentos salariales por propiedad colectiva, preferiblemente a través de un fondo público que pudiera invertir en el conjunto del sistema productivo para eludir los problemas que genera ligar la situación de los trabajadores a una empresa concreta. Dicho fondo podría contribuir también a la reorientación productiva e ir acompañado de reformas que dieran a los trabajadores derechos de participación en las empresas. No es la panacea ni va a ser aceptado por la patronal, pero puede ayudar a cambiar el clima cultural e introducir un espacio de debate y reforma sobre la propiedad empresarial, su poder.

IV

Hasta aquí cuatro apuntes deslavazados, meras sugerencias provocadas por la operación Elon Musk, por la enésima repetición de una operación obscena; por el convencimiento de que en la situación actual nos faltan medidas que mitiguen la fortaleza del capitalismo corporativo y financiero, así como por el convencimiento de que sólo con grandes ideas y demandas genéricas es difícil transformar de verdad las cosas, de que hacen falta muchas propuestas intermedias, de detalle, específicas, que no son respuestas universales pero pueden ayudar a que florezcan, y de que el tema de la propiedad, el de los derechos de la gente sobre las cosas, no empezó con el capitalismo, sino que tiene una larga historia que en parte es una muestra de los conflictos y las dificultades. La crisis ecológica, además, exige repensar la relación de la especie humana con el resto del mundo real, y también en este campo es necesario pensar qué formas de acceso, de derechos, van a ser útiles en este trayecto.

30/4/2022

Memoria de Juan Diego

La Redacción

Este actor extraordinario ha fallecido en Madrid el 28 de abril. El público le recordará de numerosas participaciones en el teatro y en películas. Casi siempre en papeles contrarios a su verdad personal: fue el señorito Iván de *Los Santos Inocentes*, el actor malejo de *El viaje a ninguna parte*, el Juan de la Cruz de *La noche oscura*, el Inquisidor de *El rey pasmado*; e interpretó tantísimos papeles que es imposible recordarlos todos. Su gesto serio, su voz, como cortada, será recordada siempre. Cuando muere un gran actor como él muere algo que es de todos.

Juan Diego fue un actor comunista. Miembro del PCE. Sufrió varias detenciones. Fue un activista universitario y también organizando el sindicato de actores. Encabezó la huelga del teatro de 1975. Estuvo entre quienes nos oponíamos al ingreso de España en la Otan.

En una entrevista reciente declaraba: *"Lo que vivimos ahora no tiene precedentes. Vivimos la consumación de un Estado y un país fallidos. Y no se trata sólo del menosprecio de la cultura. El problema es que ya no interesan las cosas. Están haciendo que dejemos de ser un pueblo curioso. Si sólo fuera el cine, no pasaría nada. Pero no es sólo el cine, es todo. La falta de interés por el cine es un síntoma de la falta de interés por todo"*, decía. Y añadía: *"Si dejamos de hacer cine, dejamos de preguntarnos por lo que somos. Y si perdemos eso, perdemos todo"*.

Debemos recordarle como un gran actor, como un gran ejemplo, como una grandísima persona.

28/4/2022

E nsayo

Antonio Antón

Frente a la militarización, la opción por la paz

La oposición a la invasión rusa a Ucrania está generalizada, al menos en las sociedades occidentales. Existe un rechazo social muy amplio a la intervención militar rusa, a su carácter criminal e imperialista, y un apoyo al pueblo ucranio, *incluido* a su derecho a la defensa armada. El contexto inmediato es la polarización entre un país soberano agredido y un Estado prepotente agresor. La actitud, ampliamente mayoritaria, está definida por el principio universalista del respeto de la soberanía e integridad territorial del país, es decir, por la oposición a esta injerencia militar, cruel e injustificada, y el derecho a su defensa siguiendo la doctrina de la no intervención externa, político-militar y económica, en la regulación interna de los países.

Hasta aquí existe una mayoritaria posición compartida que se concreta en la empatía y el apoyo al pueblo ucranio, sobre todo humanitario, y el freno a la agresión rusa, con sanciones y exigencia de responsabilidades a sus élites dirigentes por las atrocidades cometidas. Parar a Putin y solidarizarse con el pueblo ucranio y su derecho a la defensa activa son posiciones democráticas imprescindibles y comunes, también con la OTAN, que definen un campo nítido frente a quien justifica la agresión rusa o se declara neutral o insensible ante un pueblo agredido.

Esta posición se basa en la doctrina oficial de las Naciones Unidas, reforzada por la idea de la resolución negociada y pacífica de los conflictos, cuyo garante es el Consejo de Seguridad, y con la correspondiente normativa jurídica internacional y la ética pactada de los derechos humanos. La cuestión es que sus resoluciones son poco operativas, al requerir el consenso de sus cinco miembros permanente ganadores de la Segunda Guerra mundial con derecho a veto (EE.UU., Rusia, Reino Unido, Francia y China) y, por tanto, solo se pueden aplicar (por ejemplo los 'casco azul') a asuntos menores de terceros países que no afectan a alguno de esos poderosos Estados (o sus fieles aliados, como Israel).

Aquí se incluye la justicia penal internacional no suscrita, precisamente, por los tres grandes: EE.UU., Rusia y China. La exigencia democrática está clara: hay que ampliar ese ámbito del derecho internacional, para que se aplique a Rusia y sus crímenes... pero también a EE.UU. y los suyos. Es una hipocresía que los criterios universalistas se apliquen solo cuando convenga a un país poderoso, y hay que criticar la coartada de que mientras no se aplique a todos no se aplique a ninguno. Ampliar ahora la justicia universal y la denuncia pública del incumplimiento de los derechos humanos facilita su generalización. Por tanto, hay que ser consecuentes con ese universalismo ético-jurídico, sin excepciones, basado en el respeto de los derechos humanos.

¿Un frente común atlantista?

A partir de esas ideas básicas compartidas, para explicar desde un enfoque democrático y pacifista el sentido de este conflicto hay que ampliar el foco a un marco más amplio,

geopolítico, estratégico e histórico. Comprender no es justificar; es conocer todas las condiciones que han causado la guerra y las que posibilitan una paz negociada o impuesta. Hay dos procesos paralelos que se entrecruzan: la agresión rusa a Ucrania y un conflicto de bloques. Es cuando aparecen discrepancias de intereses, objetivos políticos y discursos que definen distintas sensibilidades políticas y corrientes de opinión que conviene esclarecer, sin caer en la demonización de las disidencias. El argumentario dominante pasa por la consolidación de la OTAN como garantía del orden mundial y cerrar filas con su actual estrategia.

El problema, como en otras ocasiones de fuerte conflicto bélico, es que se está generalizando una suerte de macartismo, similar al de los años cincuenta, en el que la discrepancia era considerada traición, la disidencia era pasarse al enemigo, en este caso a apoyar a Putin. La labor propagandista de los grandes medios de comunicación busca la completa homogenización respecto de las ideas (incluido mentiras y, sobre todo, emociones polarizadas) favorables a la propia estrategia político-militar. Y está llegando a extremos de impedir un debate racional y objetivo. Se pone en cuestión el respeto al pluralismo y a una democracia deliberativa; se degradan características fundamentales de una democracia liberal como la libertad de expresión o el derecho a la verdad, con unos medios informativos y de opinión libres y equilibrados. Pierde la calidad democrática de nuestras instituciones y la credibilidad popular en los medios de comunicación y las élites gobernantes. A otro nivel, es un espejo de la involución autoritaria del régimen ruso y de la derecha extrema europea (y mundial).

Particularmente, en el campo progresista o de izquierdas existen dificultades para precisar un marco interpretativo, lastrado por la experiencia y las teorías del pasado siglo, y una línea política de actuación conjunta en este nuevo mundo del siglo XXI, multipolar y complejo. Incluso dentro de esa relativa perplejidad y desorientación existen tendencias minoritarias sectarias. Más motivo para analizar la especificidad del momento actual y las dinámicas y actores en presencia a la luz de un objetivo básico: el refuerzo de la paz y la democracia.

Las guerras son un fracaso colectivo. Todas tienen componentes negativos, causan sufrimiento, en especial para la sociedad civil, y generan dinámicas militaristas y autoritarias. Hay que evitarlas con mecanismos pacíficos y negociados de resolución de los conflictos internacionales. Pero no todas las guerras son iguales y, sobre todo, no todos los bandos son iguales. Hay posiciones justas de resistencia armada, siguiendo una justificación tradicional de guerra justa. Para ello hay que analizar su sentido, el carácter de los contendientes y su contexto para elaborar la actitud justa y justificada por la paz.

Tenemos dos experiencias a gran escala. La Primera Guerra mundial fue una guerra interimperialista de dos bloques en pugna por su hegemonía mundial, el alemán-turco frente al franco-británico-ruso (zarista). La posición justa, solo defendida inicialmente por una minoría pacifista y de izquierda, era oponerse a la guerra y a los dos bandos con una actitud pacifista neta contra la guerra.

La Segunda Guerra mundial fue un conflicto de los aliados democráticos (estadounidenses, soviéticos, franco-británicos y chinos) frente al bloque totalitario expansionista (nazi-fascista-japonés), que trataba de imponer su orden mundial autoritario. La posición justa (al igual que en su precedente de la República española) era la de participar activamente en la resistencia armada y civil democrática y popular y vencer al nazi-fascismo.

En estas décadas, aparte de los conflictos de liberación anticolonial, se ha experimentado otro tipo de conflictos: el intervencionismo imperialista, de un gran país o coalición prepotente y hegemónica, frente a la soberanía de un país menor. El color ideológico de los bandos agresores (EE.UU./OTAN y URSS/Rusia) y de los agredidos, y su sentido estratégico y moral, difiere pero tienen ese rasgo común rechazable: atentar a la soberanía nacional e integridad territorial del país agredido.

Casos claros son la intervención estadounidense en Vietnam (años 60 y 70) y su invasión de Irak (2003) o la intervención soviética en Hungría (1956) o en Checoslovaquia (1968). La actitud justa, que supuso fuertes polarizaciones en las izquierdas, era oponerse a ese intervencionismo dominador y a su justificación de la soberanía limitada de los países agredidos, defendiendo la legitimidad de las resistencias a esa dominación externa.

Ha sido la experiencia del moderno pacifismo, de la actual cultura por la paz, en particular contra la guerra en Irak (2003), la más reciente y apoyada por gran parte de la sociedad europea (incluido el eje francoalemán) contra el intervencionismo estadounidense (apoyado por el gobierno británico del laborista Blair y el Ejecutivo español del conservador Aznar). Se generó una fuerte brecha en la OTAN, así como un ejercicio de autonomía estratégica de ese polo europeo; es lo que ahora EE.UU. quiere taponar.

Pues bien, la actual guerra en Ucrania tiene que ver más con el tercer tipo, aunque con elementos de los otros dos, en la medida que está inserta en una confrontación de bloques, con las dos modalidades, que complejizan la actitud cívica apropiada y que, particularmente, generan fuerte división en el campo progresista. Por una parte, es justa la resistencia ucraniana y tiene sentido su apoyo frente a la invasión rusa, junto con las correspondientes medidas sancionadoras de los países de la OTAN o de la justicia internacional; no vale inhibirse en nombre de la paz, según una aplicación rígida y descontextualizada del modelo de la Primera Guerra mundial.

Por otra parte, con el origen inmediato de la invasión rusa y la responsabilidad desigual pero compartida, está la confrontación de bloques, reactivada y readecuada estos años por ambos. En particular, respecto de la estrategia estadounidense, que arrastra a la OTAN y los países europeos, por la primacía mundial y que utiliza este conflicto para sus propios intereses imperiales. Así, existen riesgos de escalada belicista y guerra generalizada, ante la que es necesaria una oposición global a esa dinámica militarista ascendente, como a primeros del siglo pasado y en los años treinta, que culminaron en las dos guerras mundiales.

Por tanto, tiene sentido cuestionar ambos campos problemáticos, en vez de (según el modelo de la Segunda Guerra mundial), considerar que el bando de los 'buenos' sería la OTAN y el objetivo la destrucción del otro bloque y, al contrario, para unos pocos, que sea Rusia y su ilusión imperial.

En definitiva, estar contra la guerra, en este caso en el que interaccionan dos procesos, supone combinar dos actitudes: apoyar la resistencia ucraniana frente a la invasión rusa, y evitar la escalada belicista por la preponderancia estratégica de ambos bloques militares. El pacifismo, la izquierda, comparte algunas posiciones con la OTAN, pero difiere en su diseño geopolítico. Por eso es importante hablar del contexto y de los dos procesos que interactúan. La alternativa no es la militarización sino luchar por la paz con un orden social y mundial más justo.

Una correlación de fuerzas económico-militar desventajosa para Rusia

En un reciente artículo he analizado que [La mitad de la población se opone al aumento del gasto militar](#), es decir, opina que no es necesario ese incremento al 2% del PIB para garantizar la propia seguridad; sus prioridades presupuestarias son otras vinculadas al apoyo al gasto social y la modernización económica. Existen diferencias significativas por identificación político-ideológica. Así en torno al 80% de los electorados de las derechas apoya ese incremento; en sentido contrario, entre el 70% y el 80% del electorado de *Unidas Podemos* y los sectores nacionalistas se oponen, mientras las bases sociales socialistas se dividen por la mitad.

Por otro lado, el gasto militar europeo es cuatro veces superior al de Rusia y el de la OTAN 15 veces; o sea, Europa no necesita su rearme para garantizar su seguridad. Es un asunto clave que expresa la limitada legitimidad social de una dinámica de militarización aprobada por la cúpula de la OTAN, requerida hace tiempo por EE.UU. ante los países europeos y ratificada ahora.

Pero si añadimos la comparación en términos de capacidad socioeconómica vemos la gran desproporción de las desventajas rusas respecto de las europeas y estadounidenses. Así, el PIB de la UE (ya sin el Reino Unido y con el triple de población) es más de 10 veces superior al de Rusia, y el de EE.UU. (con más del doble de población) casi 14 veces más. Si lo medimos en términos de renta por habitante (indicador del nivel de vida y consumo) tenemos que en relación con la de Rusia, la de EE.UU. se multiplica por siete y la de la UE por algo más de tres.

Si comparamos los datos con España, nuestro país, con la tercera parte de población que Rusia, tiene un PIB cercano al suyo (solo un 15% inferior al ruso, que es similar al de Italia), lo que supone que nuestra renta por habitante es 2,6 veces la de Rusia. Incluso su índice GINI (2019) de desigualdad (35,3) es algo superior al de España (34,3), uno de los peores de la Unión Europea.

Supone que las capacidades económicas y militares rusas, incluido a medio plazo, están muy alejadas para poder competir con Europa y la OTAN, y es cada vez mayor su dependencia de China, centrada en su desarrollo económico y opuesta a entrar en conflictos militares de gran envergadura (incluido Taiwán) que lo distorsionen, al menos a medio plazo.

El expansionismo imperialista ruso (a diferencia del eje nazi-fascista-japonés a finales de los años treinta) no es capaz (ni se lo plantea) de doblegar a Occidente, por mucho que encuentre aliados en la ultraderecha europea y el *trumpismo* estadounidense, ejerza un influjo sociocultural conservador y misógino y desarrolle su intervencionismo prepotente en su periferia territorial o lo que considera su área de influencia y seguridad.

Más allá de sus rasgos psicológicos o antropológicos, Putin y la élite rusa practica un nacionalismo gran ruso autoritario, tradicional desde el zarismo, con el que intenta legitimarse ante su población, opresivo para sus pueblos próximos y su propia ciudadanía que deberá evaluar los costos económicos y democráticos de esa política agresiva en Ucrania. Así, el régimen ruso tiene su capacidad disuasoria nuclear que le hace sentirse seguro sobre su supervivencia y amenazar al resto como gran potencia (venida a menos). Los efectos económicos y vitales de esa guerra son importantes, pero, desde luego, no está en cuestión la persistencia de Europa y sus regímenes democráticos o la hegemonía occidental en el mundo de la mano de EE.UU.

No cabe el miedo existencial como colectividad democrática, al menos, por ese factor externo de la amenaza rusa, tan estimulado por algunos sectores ultras. Por supuesto, cabe la hipótesis del conflicto nuclear (táctico, dicen algunos) pero lo mínimo que cabe esperar es evitarlo por la sensatez de ambas élites dirigentes, condicionadas por el clamor mundial frente a esa hipótesis. En todo caso, contando con la crueldad vista en las imágenes distribuidas, estamos en un umbral distinto al de la Segunda Guerra mundial con sus 50 millones de muertos, la mitad de la Unión Soviética, cosa que recuerdan ahora en Rusia de forma épica por su contribución a la derrota nazi.

No es creíble, fácticamente, la retórica supremacista de dirigentes rusos sobre un nuevo orden mundial, autoritario-conservador, bajo su prevalencia euroasiática, ni siquiera con China (y la India...). Solo buscarían constituir otro polo de poder que contrapesase el estadounidense, auténtico punto de fricción geopolítica que estos intentan dramatizar. La realidad es que el poderío económico-militar de la OTAN, y de Europa y EE. UU. por separado, es muy superior al de Rusia y es impensable su iniciativa hacia una confrontación general; eso sí, con la disuasión nuclear que anuncia en caso de riesgo de supervivencia de su Estado, es decir, de carácter de contraataque defensivo (¿y preventivo?).

Otra cosa es la competencia económica y política de China que con su paciencia estratégica descarta un conflicto militar a corto y medio plazo, que configura otro polo de poder ante el que EE. UU. reacciona con nerviosismo e impaciencia estratégica, intentando precipitar el freno a su declive político-económico mediante el cerco militar. El riesgo de la militarización está latente, y es un reto para la paz mundial ya y a medio plazo.

Soberanía nacional frente al intervencionismo militar

La cuestión más general para tratar ahora es el carácter del refuerzo militar de la OTAN, con la subordinación europea a la primacía de la estrategia mundial de EE.UU., y qué puntos de desacuerdo existen respecto del proyecto sociopolítico y de relaciones internacionales que dificultan hablar de un frente común estratégico, a pesar de compartir posiciones concretas contra la invasión rusa de Ucrania.

Empiezo por clarificar el sentido de la soberanía nacional y la integridad territorial, desde mi punto de vista, principio positivo frente al intervencionismo militar, desde hace varios siglos, pero que en estas décadas, en múltiples ocasiones, ha aparecido subordinado al interés estratégico fundamental de EE.UU. (y Rusia): **la primacía de su poder y capacidad de control mundial; o dicho de otra forma, la prioridad de su propia soberanía (su interés de Estado) cuando entra en conflicto con otras. Supone una concepción nacionalista expansionista y prepotente (imperialista), normalmente escondida o combinada con discursos universales más o menos abstractos, a efectos de buscar legitimación social.**

Todo ello ayudaría a precisar qué alternativa por la paz (y la seguridad), dentro de un orden social y territorial más justo, se puede establecer que sea ambiciosa, realista y legítima socialmente.

El intervencionismo internacional, principalmente, se ha realizado a iniciativa de un gran país -o coalición- (imperialista o colonialista), que se basa en su poder autónomo y, normalmente, al margen de la legalidad internacional sobre la soberanía nacional, que es la que ampara a los Estados medianos y pequeños, especialmente desde los procesos de descolonización.

Hay que constatar, por un lado, la desconfianza en el intervencionismo estadounidense (y europeo por su pasado colonialista y últimamente de la OTAN) por parte de numerosos países que engloban la mitad de la población mundial; y por otro lado, la intranquilidad por el intervencionismo soviético-ruso, especialmente en su área de influencia anterior de Europa del Este, con las experiencias traumáticas de Hungría y Checoslovaquia, luego Chechenia-Georgia o Siria y ahora Ucrania.

Me centro en esta experiencia de la tensión entre intervencionismo y soberanía nacional. Como se sabe, en la realidad de las relaciones internacionales, se han producido a lo largo de la historia, y particularmente en el último siglo, numerosas guerras e intervenciones militares, cuestionando ese principio de soberanía e integridad territorial con la justificación de la existencia de una soberanía limitada o un bien superior que la dejaría en suspenso o subordinada. Así, se ejerce un supuesto derecho a la intervención o injerencia (de un Estado poderoso) bajo objetivos o principios supuestamente superiores en aras de buscar una justificación pública y un reconocimiento institucional y jurídico.

Aparte de las guerras de liberación nacional (otra cosa son las revueltas o revoluciones internas), hay dos tipos de intervenciones militares. **Uno, el preventivo ante una coacción o amenaza; se trata de la garantía de la seguridad propia, que se considera amenazada, y da lugar a una llamada legítima defensa** (aduciendo, por ejemplo, las 'armas de destrucción masiva' en Irak o el riesgo de misiles nucleares en Cuba); es la explicación utilizada por Putin ante el avance de la OTAN hacia sus fronteras, considerada una amenaza para la propia soberanía nacional y seguridad de Rusia.

Dos, el tipo humanitario (por sus motivos y más o menos justificado), como implantación de los derechos humanos ante riesgos de una tiranía (genocidio..., por ejemplo, en Kosovo contra el aliado ruso de Serbia), y razón también aludida por los dirigentes rusos ante el incumplimiento ucranio de los acuerdos de Minsk de respeto a la autonomía del Dombás y su presión militar desde la guerra de 2014.

Por tanto, han existido distintos conflictos armados internacionales en el siglo XX según el carácter de las fuerzas, la finalidad y el tipo de sociedad e instituciones en disputa: interimperialistas, agresión imperialista/movimiento de liberación nacional, intervención 'liberadora' (democratizadora, humanitaria o antifascista).

La casuística es mucha. Solo señalo que la OTAN y EE.UU. (al igual que Rusia) tienen poca credibilidad para defender el criterio de la soberanía nacional y la integridad territorial como el fundamento de su estrategia. Y desde luego tampoco para su supuesta motivación humanitaria. **El discurso de la soberanía nacional y la integridad territorial de los Estados es instrumental respecto del interés estratégico y geopolítico de EE.UU. de mantener y fortalecer su primacía mundial. Y Rusia lo imita en su área de influencia.**

En la época de la Guerra Fría hubo varios conflictos muy violentos (Corea, Vietnam...) y múltiples guerras o revueltas en el llamado Tercer Mundo, sin llegar a la confrontación directa y generalizada de ambos bloques. El límite era la disuasión nuclear. Tras la desaparición de la confrontación de bloques ideológicos o de sistemas político-económicos (capitalista y socialista) hace más de cuarenta años, y la confianza en el 'fin de la historia' como hegemonía del capitalismo neoliberal y la primacía político-militar de EE.UU. a nivel mundial, ahora renace el conflicto abierto en términos de competencia interimperialista de dos bloques por su interés nacional. Solo que ahora es diferente a la Primera Guerra mundial (y a la

Segunda) y mediando que China no está interesada en la agudización del conflicto en términos militares sino en acumular más fuerzas económico-políticas (y militares) a medio y largo plazo.

El Pacto Atlántico es un acuerdo político-militar de bloque para defenderse los aliados mutuamente frente a coacciones o amenazas, inicialmente de la URSS en la Guerra Fría, ahora de Rusia. Lo curioso, a partir de su involucramiento en Afganistán, es que su campo de competencias no es solo el Atlántico Norte, sino que el criterio impuesto es la solidaridad entre sus miembros, entre los que está EE.UU., que fuerza al apoyo del resto a su intervención en todos los conflictos en que se vea agredido.

La OTAN podría intervenir en todo el mundo y, en particular, en el llamado Indo-Pacífico, frente a China en torno al contencioso de Taiwán y el control de las rutas marítimas (y terrestres) del comercio internacional, con las alianzas adicionales que se están poniendo en marcha (Australia, Japón, Corea del Sur...).

Pues bien, paradójicamente, la defensa de Ucrania no entra en sus competencias directas, al no ser un miembro de la OTAN, por mucho que haya sido agredido por Rusia. O sea, la OTAN no está en guerra con Rusia, y evita entrar por consideraciones geopolíticas y estratégicas; de ahí su rechazo a la demanda ucraniana de intervención directa, con exclusión aérea, tropas propias, aviones y material pesado y sofisticado, aunque su involucramiento parece progresivo.

En todo caso, sus actuaciones externas principales, varias solo de EE.UU. —y algunos aliados (Kosovo, Irak, Afganistán...)— se han producido contra ese principio de soberanía nacional o de caos humanitario. Aparte queda la disuasión nuclear a nivel mundial con la carrera armamentista de los años ochenta (la Guerra de las Galaxias de Reagan) que se reinicia ahora, dejando atrás las medidas de desarme nuclear y contención del gasto militar.

El rechazo a la invasión imperial de Rusia a Ucrania tiene una causa justa, compartida con la OTAN, pero esa guerra también constituye un pretexto para su rearme, la militarización de los conflictos político-económicos a nivel mundial y la primacía de EE.UU., consecuencias quizá no previstas o no queridas por el régimen ruso, pero que aceleran la carrera armamentista y el riesgo de generalización y prolongación de la guerra.

Esa doctrina intervencionista de larga tradición realista o maquiavélica, especialmente en las relaciones internacionales, de la pugna desnuda por el poder y la influencia estratégica, con el dominio occidental y la hegemonía de EE.UU., se consolida en este siglo XXI. Se readece ante cinco cambios significativos respecto de las anteriores décadas de relativo declive estadounidense (y ruso): el debilitamiento de su empuje económico, comercial y tecnológico (que se acentúa con la crisis financiera de 2008); el ascenso económico e influencia política de China; la recuperación parcial de Rusia tras el hundimiento de la URSS, su reconversión al capitalismo salvaje y mafioso y su refuerzo nacionalista, estatalista y conservador; la relativa autonomía europea de la mano del eje franco-alemán, en particular ante el fiasco estadounidense en su guerra en Irak y la dependencia energética alemana; y cierta inestabilidad multipolar en distintas regiones del mundo (desde el norte de África y Oriente Medio hasta el África subsahariana o zonas latinoamericanas).

Todavía cabe añadir otra incoherencia relevante entre intervencionismo y soberanía. En este

caso, referente al otro conflicto mundial fundamental en el Indo-Pacífico. Se refiere a la isla de Taiwán. Como se sabe, para China forma parte de la nación china, con el criterio aceptado internacionalmente de reconocer un solo país, o sea, sin derecho a la independencia, e inicialmente aceptado por EE.UU. Esta cuestión está sujeta al conflicto entre ambos ya que, aun reconociendo formalmente la soberanía china de la isla, se juega con su independencia, cosa inaceptable para el régimen chino y *casus belli*.

De facto es EE.UU. quien no quiere ratificar la integridad territorial de China, de ahí que esta sea la más firme partidaria de la soberanía nacional frente a EE.UU. (y una parte de la población taiwanesa). Así, en coherencia con sus intereses estratégicos, solicita a Rusia el reconocimiento de ese principio en relación con Ucrania, eso sí, pidiendo también el respeto a las 'legítimas garantías de seguridad' de la propia Rusia ante el avance territorial amenazante de la OTAN. Lo que manifiesta este hecho es el doble rasero estadounidense según le convenga a sus intereses imperiales.

La experiencia pacifista con una cultura por la paz

Hay que recordar dos experiencias pacifistas significativas, que perduran en la conciencia colectiva, española y europea, y son fruto de la intensa propaganda institucional de los últimos años para modificarla a gran escala y legitimar el refuerzo belicista de la OTAN.

Una, que constituyó una fuerte brecha política en España entre el poder establecido y una amplia corriente popular cívica y pacifista: el rechazo a la entrada en la OTAN del 43% de los votos —casi siete millones frente a nueve, la mayoría en Cataluña, País Vasco, Navarra y Canarias—. Esa oposición fue promovida por un masivo y robusto movimiento pacifista y progresista durante un lustro, y frente a todo el poder establecido, político, económico y mediático. Se expresó en el referéndum convocado por el Gobierno socialista (1986) para legitimar la permanencia de España, incluso con algunas condiciones suavizadoras luego incumplidas: sin integración en la estructura militar, reduciendo bases estadounidenses y sin introducir armas nucleares.

Dos, se produjo también en ese primer lustro de los años ochenta el mayor movimiento pacifista en Europa, precisamente ante la crisis de los euromisiles instalados en Alemania por EE.UU. como amenaza a la URSS. Al amparo de la OTAN, tuvo el apoyo de las derechas y los principales líderes socialistas europeos, aunque contó con la oposición cívica masiva de la campaña de 'desarme nuclear europeo', encabezada, entre otros, por el historiador británico y líder pacifista E. P. Thompson. De ahí se conformó una amplia cultura pacifista europea, en particular por la desnuclearización; en especial, surgió el actual partido Verde alemán y cierta renovación de la izquierda europea, incluida la formación de Izquierda Unida.

Finalmente, en 1987, en la Cumbre del G-20 en Washington, el presidente Reagan de EE UU. y la URSS de Gorbachov firman el Tratado del desmantelamiento progresivo. La amenaza nuclear como opción inmediata desaparece, aunque con reticencias para ratificar los Tratados... hasta ahora que los dirigentes rusos la sacan como disuasión ante el avance territorial de la OTAN hasta sus fronteras y el riesgo de supervivencia de su Estado.

Por otro lado, volviendo a las justificaciones del intervencionismo militar imperialista, en la tradición rusa se ha pretendido justificar en una soberanía limitada para los demás países de su autonombra zona de influencia, con falta de reconocimiento de la soberanía plena de esos países 'satélites', bien desde un supuesto internacionalismo (antes) o un nacionalismo

gran-ruso o paneslavista (ahora), ambos gestionados por la élite rusa según sus intereses corporativos y nacionales.

En la tradición liberal estadounidense (y de la OTAN), se ha pretendido justificar su permanencia como bloque político-militar (una vez desaparecida la URSS, su rival estratégico) en su labor humanitaria, civilizadora, democratizadora o modernizadora, desacreditadas como razones fundamentales por la propia administración estadounidense ante la retirada en Afganistán que la justifica por la pérdida de sentido para su seguridad. Y ese fiasco, su cruda realidad y la desnudez de su justificación, en parte conlleva su actual sobreactuación práctica y retórica ante la guerra en Ucrania.

Por tanto, con esa lógica intervencionista con primacía de su propia seguridad y dominio (y soberanía) se resta capacidad soberana a las demás naciones. Así, se permite atentar a su integridad territorial en función de la 'seguridad' de EE.UU. (y la OTAN), que conlleva el control de recursos económicos y posiciones estratégicas frente a los adversarios geopolíticos (China, Rusia, el arco de la crisis africano-asiático-musulmán...) y ante la dispersión del orden mundial bajo su hegemonía.

Es más, el intervencionismo estadounidense es capaz de reconocer la disgregación estatal y el propio derecho a la independencia (como en Kosovo), rompiendo la integridad territorial del país original... y siempre que convenga a los intereses geopolíticos del bloque de poder de la OTAN.

Es la línea fáctica de promover pasos en la independencia de Taiwán con el objetivo, prácticamente explícito, de arrinconar y provocar a China, como en el caso de Ucrania respecto de Rusia, solo que en el primer caso desdiciéndose de su retórica del reconocimiento de la propia soberanía china y en el segundo alabando la integridad territorial de Ucrania. La justificación normativa es oportunista e instrumental para esos intereses fundamentales de la hegemonía político-militar y será funcional a ese interés estratégico, no a los principios de la ONU. El poder es el poder; puro Maquiavelo, nada de ética ni derecho internacional.

El camino negociador hacia el alto el fuego

Seguimos contemplando los dos planos. Por un lado, el del conflicto estratégico y geopolítico duradero, con una dinámica multipolar y una defensa del privilegio estadounidense de su primacía político-militar mundial, que puede tener diversas fases de mayor o menor agudización de la confrontación estrictamente militar. Por otro lado, la guerra concreta en Ucrania, condicionada por ello pero con una dinámica propia que posibilita apostar por un alto el fuego o una tregua relativa, que es el objetivo inmediato, y poner otras bases de seguridad colectiva. Veamos algunos aspectos concretos del contencioso con Rusia.

Tenemos el controvertido caso de Crimea, con varias idas y venidas en el transcurrir de las últimas décadas y desde el siglo XIX pero que, a pesar del cuestionamiento actual por el nacionalismo ucranio, en la última consulta popular (2014) en plena crisis política, con la participación del 80%, el 95% de la población (según datos oficiales de Crimea) aprobó la separación de Ucrania y la vinculación con la Federación rusa, aunque sin el reconocimiento oficial de la mayoría de la Asamblea de la ONU. Pues bien, combinado con fuertes retóricas de defensa de la integridad territorial, en un país plurinacional, con diversidad cultural, histórica y lingüística como Ucrania, hasta el propio presidente Zelenski considera ahora que su estatus

político actual puede perdurar quince años hasta que se vuelva a negociar.

Es un posible punto de acercamiento para el alto el fuego, junto con el tema central de la admisión de la neutralidad político-militar de Ucrania, ya aceptada por el Gobierno ucranio, renunciando a su integración en la OTAN y con la garantía de la seguridad para ambas partes, Ucrania y Rusia.

Como se ve, **hay una aproximación a la combinación de tres factores complejos, imprescindibles para una resolución pacífica del conflicto: la legitimidad de la población y el consenso de su diversa representación institucional, con unos procedimientos mínimos de consulta democrática; la solución negociada de una realidad plural con la flexibilidad de una articulación abierta de la soberanía política, y una visión realista y equilibrada de las relaciones de poder, garantías de seguridad mutua e influencia geopolítica y estratégica.**

Por otro lado, se tiene el marco del acuerdo de Minsk (2015) con la aceptación de un estatus político autónomo singular para el Dombás, así como el reconocimiento de la diversidad cultural y lingüística de pueblo ucranio, que satisfacía a ambas partes, pero rápidamente incumplido, primero, por unos y, luego, por otros.

No son muy adecuadas las posiciones cerradas, intransigentes y maximalistas, revestidas de discursos ultranacionalistas excluyentes. Para negociar, la actitud tiene que ser profundamente democrática y respetuosa, con un mínimo acuerdo para garantizar su perdurabilidad, al menos a medio plazo, y asegurar una tregua prolongada del conflicto armado que tanta destrucción y dolor está creando a la población civil.

Hay dos realidades extremas poco probables: la desaparición del actual Estado ucranio o la derrota del ejército ruso, con su expulsión de Ucrania (incluido Crimea y el Dombás), en ambos casos con un cambio de régimen. La tentación es la prolongación de la lucha militar, con la agudización del conflicto, para conseguir mayores ventajas negociadoras en esos tres ámbitos. Se trataría de debilitar más al adversario a medio y largo plazo, con la esperanza de volver a imponer una negociación tras la acumulación de más fuerzas militares por cada parte respectiva. La peor opción es la perspectiva de la continuación de la guerra hasta la (supuesta) victoria final, aun con la creencia de cada parte de tenerla a mano, y cuyo contorno no se precisa y conlleva riesgos impredecibles y graves consecuencias colectivas. La menos mala es el alto el fuego pactado. No supone resignación, sino realismo con concesiones mutuas, condiciones aceptables y cierta legitimidad popular.

Las ventajas relativas previsibles de las condiciones de una tregua acordada son superar las grandes repercusiones negativas para la población y reiniciar la recuperación económica, vital y subjetiva, de ambas partes, así como sus efectos en las generaciones venideras. Por tanto, son contraproducentes las ideas de la derrota completa del adversario, hasta su destrucción o rendición incondicional. Siempre hay personas fanáticas y sectarias y los nacionalismos excluyentes de ambas partes lo favorecen. Pero las élites políticas y la ciudadanía en general tienen la responsabilidad de avanzar hacia una paz realista, justa y duradera.

Una estrategia realista, ambiciosa y justa por la paz

La opción por la resolución pacífica de los conflictos de poder internacionales debe tener tres ejes: evitar un proceso de militarización y escalada de la guerra, que pudiera llevar a su

agravamiento, internacionalización y nuclearización; avanzar en la autonomía estratégica de Europa respecto de los intereses hegemónicos de EE.UU., en un mundo cada vez más multipolar y con un modelo más social y democrático; y afianzar los mecanismos económicos, políticos y diplomáticos de resolución de los conflictos.

La soberanía política de los Estados (medianos y pequeños) se está debilitando, derivado, por arriba, de las presiones globalizadoras de las dinámicas económico-financieras, sociodemográficas y culturales, así como de los condicionamientos geoestratégicos de los principales países y bloques políticos, y por abajo de las reacciones nacionalistas y localistas en un marco sociopolítico de fortalecimiento de las tendencias ultraderechistas y conservadoras, en un contexto de fuerte crisis social y económica con agudización de las desigualdades sociales y cuestionamiento del modelo social europeo. La salida tiene que ser progresista, solidaria y pacífica, o no será. En el plano de las relaciones internacionales solo cabe adecuar una estructura multipolar del poder institucional y político militar a los equilibrios representativos, democráticos y del peso social y económico aportado.

Ese es el problema principal no resuelto, ya que los que tienen ventajas comparativas en algunos terrenos (como el militar en el caso de EE.UU.) están prestos a utilizar sus fortalezas para reequilibrar sus desventajas o debilidades en el campo sociodemográfico o económico. Es la fuente estructural de la violencia militar, por encima de la voluntad cívica de las mayorías sociales expresadas libremente con criterios universales de justicia social, resolución pacífica y negociada de los conflictos y criterios éticos basados en los derechos humanos.

Pero esa orientación susceptible de tener un amplio apoyo cívico se contrapone, al menos por ahora, a la dinámica principal que predomina en los grandes bloques político-estratégicos, empezando por la OTAN y continuando por Rusia y sus afinidades reaccionarias de las ultraderechas europeas (y mundiales). **La cuestión internacional se liga con la cuestión social, incluida unas relaciones igualitarias en todas las estructuras sociales, culturales y económico-laborales, y con la democracia, como participación y regulación de la vida pública. Las tres están interrelacionadas y su adecuada combinación es la base del bien común y el bienestar colectivo.**

Las izquierdas han estado divididas la mayor parte del tiempo desde el siglo XIX, y como se ha explicado, han conformado diversas doctrinas justificativas. La fractura más relevante ya se produjo, precisamente, ante el conflicto interimperialista (bloque alemán/turco frente al franco/británico/ruso) de la Primera Guerra mundial. Los sectores progresistas de los grandes países, con fuerte pasado colonial o aspirante a tenerlo, se dividieron en dos corrientes. Por un lado, el sector pro-nacionalista/imperialista de apoyo a las élites de su país respectivo, dominante en la Segunda Internacional socialista, y que colaboró con una actitud colonialista. Por otro lado, el sector internacionalista-solidario, que puso por delante la paz y el enfrentamiento con sus respectivas élites gobernantes, que conformó la Tercera Internacional comunista tras la revolución bolchevique (1917).

La siguiente gran experiencia fue la lucha antifascista y la Segunda Guerra mundial contra el nazi-fascismo hasta la victoria aliada, con una recomposición unitaria de las izquierdas y los sectores demócratas de los países europeos, junto con EE.UU. y la URSS (y China frente al militarismo japonés). Fue una guerra justa entre dos bloques políticos de diferente carácter cualitativo: democrático-popular y autoritario-reaccionario. Ética y políticamente el sentido de la polarización estaba claro, a pesar del gran sufrimiento de las poblaciones, causada por el totalitarismo nazi-fascista, sin olvidar la lucha de la República española, que salió vencida,

como precedente de la resistencia democrática europea.

Ahora, tras el periodo de la Guerra Fría y múltiples guerras periféricas se va configurando otra dinámica en las relaciones de poder internacional, con la tensión entre potencias imperiales hegemónicas (EE.UU. con la subordinación de Europa) y otras emergentes (China, con la dependencia económica de Rusia).

No obstante, las instituciones internacionales (la ONU y el Consejo de Seguridad, con su derecho de veto para los cinco grandes) tienen influencia política y, específicamente, jurídica, pero con limitada capacidad resolutoria en las cuestiones de poder mundial. Está en manos de las grandes potencias, con escasa credibilidad en la aplicación de esos principios admitidos universalmente de soberanía, integridad territorial y derechos humanos. Su prioridad es la defensa de su estatus de poder según la seguridad y el beneficio económico-estratégico propio, cuidando su legitimidad social.

Por tanto, estamos ante una bifurcación histórica que puede reforzar o no esta dinámica de militarización y preparación para la guerra como medio de abordar los reequilibrios mundiales, en particular entre EE.UU. (y UE) y China (y Rusia), mediando conflictos particulares y áreas de influencia.

Dicho de otra forma, la estrategia de la OTAN, de mayor militarización, se puede explicar (sin justificar) por su pretensión de incrementar su primacía en el orden mundial y, para ello, intenta reforzar los limitados consensos públicos, al menos en las sociedades occidentales; de ahí la importancia del relato y la propaganda para su homogeneización y apoyo legitimador y la actitud amenazadora ante las disidencias, cada vez más vistas como 'traidoras' o que hacen el juego al enemigo.

Oposición a la agresión y al militarismo

En consecuencia, hay que analizar los dos planos interrelacionados. Por un lado, la oposición a la prepotente agresión rusa y el amparo al pueblo ucranio; por otro lado, la no subordinación a una dinámica militarista, que empeora las desigualdades y la vida de los pueblos y corrompe las democracias. Es la complejidad que se dibuja en esa tendencia social crítica con el aumento del gasto militar de la mitad de la población, a pesar del enorme consenso de los grandes poderes establecidos occidentales, institucionales, económicos y mediáticos. Es la esperanza hacia un futuro de paz y seguridad.

El otro modelo es el equilibrio (prolongado pero incierto por la acumulación de fuerzas político-económico-militares) entre potencias similares o con capacidad de disuasión suficiente, incluida la nuclear de destrucción mutua asegurada... que incluso se ha puesto encima de la mesa por parte de Rusia ante la amenaza a su supervivencia como Estado.

En conclusión, es conveniente dibujar el marco de un alto el fuego, constatando las relaciones de poder político-militar-territorial, así como otra fase de continuidad de los objetivos estratégicos de ambos bloques. Se trata de precisar qué significa la victoria y/o la derrota de cada parte y sus consecuencias, y qué punto intermedio es razonable, antes que la prolongación y generalización de la guerra, y aunque suponga un equilibrio inestable con una fase de tregua. La alternativa a la continuidad de la militarización es la paz duradera junto con la pugna a medio plazo, con las expectativas de cada cual de avanzar en el desequilibrio

favorable de la relación de fuerzas por la vía 'blanda' de influencia económica y político-legitimadora de la opinión pública, pero con garantías relativas de seguridad general.

Están claros los proyectos maximalistas: por un lado, ocupación de Ucrania y cambio de Régimen, con anexión por Rusia (como supuesta parte de la nación rusa y sin derecho a Estado propio); por otro lado, derrota y expulsión del Ejército ruso, con la expectativa del apoyo militar de la OTAN, con debilitamiento de su Régimen y poderío militar, con exclusivo énfasis en la soberanía e integridad territorial de Ucrania, para decidir su integración en la OTAN y su negativa a la negociación internacional de un estatus especial para Crimea y el Dombás.

Aparte de afrontar todas las responsabilidades, particularmente los crímenes de guerra, y las consecuencias de la invasión, la experiencia de los equilibrios militares induce a cierto reconocimiento de la realidad. Por parte rusa parece que se renuncia a ocupar Ucrania o destruir su régimen político. Por parte del Gobierno ucranio se renuncia a su incorporación a la OTAN. Habrá que precisar un sistema de seguridad colectivo para ambos y la cuestión de la territorialidad de Crimea y el Dombás, con un estatus especial volviendo a empezar desde los tratados de Minsk y la nueva situación fáctica del control territorial.

En definitiva, habrá que reconfigurar e interrelacionar los conceptos de soberanía y de seguridad colectiva, con una deseable perspectiva de desmilitarización y dilución (evitación) de bloques militares, en un orden socioeconómico más justo.

26/4/2022

Soledad Bengoechea

Patronal y orden público: Sabadell en la Segunda República

Una ojeada al Sabadell de los años treinta

A principios de la década de los años treinta del siglo veinte, Sabadell (Vallès occidental) era una población media, de 45.607 habitantes. Durante muchos años había estado ligada a la industria, especialmente a la del textil, más particularmente al sector lanero, que al empezar la República daba unos porcentajes de trabajadores del 78%. Las mujeres constituían la mayoría de los trabajadores, pero sus salarios eran muy inferiores a sus compañeros masculinos. Tampoco tenían presencia en las juntas directivas de los sindicatos ni en sus publicaciones. Puede decirse que en este sentido ellas permanecían ocultas. No obstante, había obreras sindicalistas, secundaban las huelgas e incluso algunas tuvieron un papel muy importante en la denominada huelga de las siete horas. Pero las obreras del textil quedaron al margen de las páginas de la prensa burguesa y obrera.

A nivel laboral, el paro forzoso fue uno de los graves problemas que sufrió la

sociedad sabadellense de los años treinta. No había subsidios para los parados y los partidos republicanos de derechas y de izquierda no cumplieron, una vez en el gobierno, sus promesas de aprobación de un seguro de paro obligatorio y general. La crisis económica derivada del crack del 29 no afectó tanto a Sabadell como a otras zonas, pero es un hecho que la ciudad lo acusó. Sin embargo, resulta difícil cuantificar con precisión los datos del fenómeno. Existen divergencias en torno a este tema y hay indicadores que muestran que no se puede descartar que a nivel local el paro fuera mayor de lo que señalan las estadísticas.

Disponemos de una muestra, fechada el 30 de abril de 1936 y basada en el 5% de la población de Sabadell, que da una tasa de paro del 10% entre los activos de 15 a 64 (8,1% mujeres y 11,4% hombres).

Aunque el sindicato obrero mayoritario de la ciudad tuviera una orientación anarcosindicalista, muchos dirigentes pertenecían o habían pertenecido al Círculo Republicano Federal, el “Circol”, y la relación entre ambas organizaciones era muy fluida. La estructura de la industria, con muchas pequeñas y medianas empresas, daba mucha movilidad al mercado laboral y también reducía las distancias entre obreros y empresarios. Esto no significa que los patrones no fueran duros e intransigentes. En boca de los sindicalistas de los años treinta, los peores eran los fabricantes que antes habían sido obreros. Ahora bien, esta percepción, captada en el día a día en la pequeña empresa, no ocultaba que quienes en realidad controlaban los hilos de las organizaciones patronales eran las élites económicas, los fabricantes más importantes.

En Sabadell, el Gremio de Fabricantes de Sabadell (GFS) fue la organización corporativa por excelencia. Era el eje vertebrador de la patronal. Defendió los intereses de los agremiados, a la vez que potenció la creación de organizaciones patronales, como la Federación Textil (FT) o la Federación Patronal de Sabadell (FPS), que operaban en el terreno del ámbito más laboral mediante el trato con las asociaciones obreras. Pero los intereses patronales no eran siempre coincidentes, aunque todo indica que cuando la “cuestión social” se radicalizaba los patrones dejaban a un lado sus diferencias y hacían frente común para conseguir lo que ellos consideraban la “paz social”. Era algo parecido a lo que ocurría en Barcelona entre las relaciones del Fomento del Trabajo Nacional y la Federación Patronal de Barcelona, o en el caso de Igualada, entre el Centro Mercantil, Industrial y Agrícola de Igualada y la Federación Patronal de Igualada.

El mundo rural: la Ley de Contratos de Cultivo

El campo no permaneció ajeno a los conflictos que se producían en Sabadell.

Desde la proclamación de la República se había iniciado la supervisión de los contratos de cultivo. Sabadell era el centro de una comarca todavía predominantemente rural, y la demanda de revisión de los contratos de los dos primeros años del nuevo régimen no había satisfecho las aspiraciones de los campesinos. En los primeros días de 1934 se constituyó el comité local de Alianza Obrera, que agrupaba a la Federación Local de Sindicatos (FLS) y otras organizaciones afines —la Federación Sindicalista Libertaria y el Ateneo Sindicalista Obrero de Divulgación Social, el Bloc Obrer y Campesino, la Unión Socialista de Cataluña, UGT y la Unión de Rabassaires—. Los grandes y medios propietarios agrarios estaban dirigidos por los sectores más radicalizados que controlaban el Institut Català de Sant Isidre (IACSI), con sede principal en Barcelona pero con delegaciones en casi todos los partidos judiciales catalanes.

Con motivo de las elecciones a concejales celebradas el 14 de enero de 1934, con el fin de tener las manos libres para utilizarlas contra la Ley de Contratos de Cultivo, la Liga Catalana se retiró del Parlament de Catalunya. La Generalitat estudiaba el contenido de esta ley, que debía favorecer a aparceros, rabassaires y arrendatarios. En Sabadell, el día de las elecciones las izquierdas se movilizaron y protagonizaron altercados. La sede del *Diari de Sabadell* fue asaltada y los escritorios, un gran número de sillas y parte de la documentación administrativa y de redacción fueron arrojados a la calle y quemados con un bidón de gasolina.

Sabadell no fue ajena al malestar general creado por el debate del pleito rabassaire en el Parlament. Mediante un representante del GFS, el empresariado local se adhirió a la protesta de los patrones del campo que el 6 de abril de 1934 se reunieron en la sede del Fomento del Trabajo Nacional. La campaña había sido iniciada por el IACSI, pero fue secundada por la Junta de Enlace de las Entidades Económicas de Cataluña (JESEC), con sede en Barcelona.

Entre los representantes de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) y la FLS se había establecido una solidaridad para defender el pleno de los campesinos. Solidaridad que venía condicionada por el peso del viñedo, debido a que en los pueblos del entorno había un fuerte movimiento rabassaire; y también por los problemas derivados de su condición como ciudad industrial. Así pues, la FLS apoyó a la ERC, que, en los pleitos del campo, mantenía estrechos vínculos con la Unión de Rabassaires, hostilizando a la burguesía industrial.

Cuando en noviembre se formó el nuevo gobierno central de derechas, salido de las urnas, se produjo una confrontación entre los sindicalistas sabadellenses y los radicales (dirigidos a nivel de estado por Alejandro

Lerroux) que adquirió tintes dramáticos. Todo empezó cuando algunos sindicalistas de la FLS llevaron a cabo una seria agresión contra el local de los radicales. El 1 de marzo, un mes después de tomar posesión de la alcaldía el federal Magí Marcè, antiguo sindicalista, ya tuvo que hacerse eco de la protesta de la Liga Catalana por el tiroteo llevado a cabo en la sala y por el incendio intencionado del automóvil del industrial textil Ramon Molina Voltà. Unos cuatrocientos sindicalistas, algunos armados, empezaron a rondar por la sede de la Liga Catalana y el alcalde llamó a la guardia civil. Enfrente iban los sindicalistas Josep Moix Devesa y Serafí Espinós Madí, que no se inmutaron por la presencia de las fuerzas de orden a caballo. Cuando la manifestación pasaba por delante del local de los radicales resonó un disparo y Serafí Espinós, de tan sólo veintiocho años de edad, cayó abatido por el proyectil que se había disparado él mismo de forma accidental. Su entierro constituyó una manifestación de hostilidad en todas las derechas en general. Según Andreu Castells más de 6000 personas, representadas por todas las entidades sindicales, políticas, sociales y culturales, acompañaron al féretro.

Como respuesta a todo ello, los lerrouxistas programaron un mitin para el 22 de abril. Los ánimos estaban excitados. Activistas de la FLS recibieron la consigna de dirigirse a interrumpir el acto. Pero cuando los lerrouxistas les vieron avanzar profiriendo amenazas suspendieron la convocatoria. Sin embargo, era demasiado tarde para detener la violencia. Unos trescientos sindicalistas salieron a la Rambla y, pistola en mano, interrumpieron la circulación. Después entraron en el local de la Liga Catalana, donde ocasionaron destrozos.

Cuando en abril de 1934 el Parlament catalán aprobó la ley de Contratos de Cultivo, las derechas catalanas y los radicales, junto con los miembros del IACSI, con su futuro presidente, el sabadellense Josep Cirera i Voltà al frente, se opusieron frontalmente. Llevaron una proposición incidental a las Cortes de Madrid, aunque exigiendo que el gobierno presentara un recurso de inconstitucionalidad ante el Tribunal de Garantías Constitucionales por considerar que el Parlamento catalán era incompetente para legislar sobre la materia. El presidente del gobierno, el radical valenciano Ricard Samper, denunció el establecimiento de la ley ante este Tribunal y la ley fue anulada. El Parlament de Catalunya votó de nuevo el proyecto primitivo y se abrió un proceso de negociación entre ambos gobiernos.

La cuestión agraria se fue radicalizando. Desde junio, muchos campesinos se negaban a dar la parte correspondiente de la recolección a los propietarios. La actitud de los grandes y medios empresarios de la tierra enrolados en el IACSI era de indignación. Al igual que ocurrió con el empresariado industrial al comienzo de la República, esta irritación les llevó a encararse con la Generalitat en favor del gobierno central: que el gobierno central se incaute

del orden público y de la administración de la justicia en Cataluña. Es decir, puesto que la Generalitat se mostraba favorable a los intereses de los pequeños campesinos, los grandes propietarios agrícolas pedían que el gobierno catalán perdiera competencias en esta materia agrícola en favor del central, que se mostraba de acuerdo con sus propuestas. Las élites terratenientes e industriales eran, tradicionalmente, catalanistas y conservadoras, pero, como en tantas ocasiones, cuando convenía a sus intereses económicos dejaban su patriotismo en un segundo plano. Sin embargo, la estrategia incluía alcanzar el apoyo de otras fuerzas económicamente dominantes en Cataluña. A tal fin, se anunciaba que el próximo día 8 de septiembre se celebraría en Madrid una gran asamblea de propietarios agrícolas, que estaría apoyada por ciertos políticos. Los asambleístas irían a la capital en trenes, autobuses y automotores particulares. Previamente a sus respectivas Juntas, los empresarios acordaron que cada entidad comunicara en el Instituto su adhesión al contenido del expresado documento. Por su parte, el gobierno central autorizó este acto.

La idea de participar en este evento creó dudas en el presidente del Gremio de Fabricantes, Ramon Picart. Por un lado, consideraba que, aunque la adhesión no era dudosa en cuanto a la exposición de los hechos y la defensa de los intereses de la propiedad rústica que motivó la campaña del Instituto y la Asamblea que tenía anunciada para el día 8 en Madrid, había una parte en la estrategia, que proponía que la Generalitat cediera algunas competencias a Madrid, que, por su carácter político y por su trascendencia, imponía una reflexión seria antes de apoyarla totalmente. La junta de la entidad deliberó, pero no llegó a un acuerdo. Se convocó una nueva reunión con asistencia del consejo de prohombres y expresidentes para que, previo el asesoramiento de los componentes de ese Consejo, se pudiera acordar la decisión.

Después de muchas deliberaciones, en una nueva asamblea se acordó adherirse a la campaña que inició el IACSI en defensa de los intereses agrícolas de Cataluña, reconociendo la necesidad de normalizar la situación imparcial y ecuánime de los encargados del orden público y de la administración de justicia de Cataluña y dando al actual conflicto una solución jurídica que satisficiera los intereses en pugna. Sobre estas bases se acordó redactar un documento dirigido al Instituto Agrícola en respuesta a la adhesión pedida, dejando de pronunciarse el Gremio en lo que hacía referencia en la reversión al estado de los servicios de orden público y de la administración de justicia, por entender que no podía entrar en este aspecto de la cuestión, dado su carácter político.

El 7 y 8 de septiembre de 1934, miles de agricultores de toda España se desplazaron a Madrid. La Liga Catalana desestimó de ir, con lo que se

manifestaba ajena al conflicto y al nuevo presidente del IACSI, que precisamente era el sabadellense Josep Cirera i Voltà. Él mismo, y los elementos sabadellenses más radicales de la Lliga Regionalista, pasaron a ampliar las filas de la CEDA en Cataluña, la Acció Popular Catalana. Sus miembros procedían de sectores acomodados y católicos, y eran partidarios del corporativismo. Entre los socios más destacados estaban Josep M. Llonch Gambús (médico), Josep Comadran Perich, Ramon Mas Fontanals, Josep Boada Serra (callista), Antoni Ustrell y Saltor (procurador), Salvador Sabater Oliver (contable), Josep Torreguitart Sala, Antoni Bañeras Torras, Enric Casanovas (propietario), Josep Viver Argelaguet y Elvira Roca, vda. Duran.

El 1 de octubre del mismo año, el mismo día en que se reanudaron las sesiones en las Cortes, el Boletín Oficial de la Generalitat publicó el texto refundido de la Ley de Contratos de Cultivo. El presidente del consejo de ministros, Ricard Samper, que había sustituido en abril al formado por Alejandro Lerroux, pronunció un discurso para justificar la actuación del gobierno durante el verano. Para entender que esta actuación no se ajustaba al voto de confianza otorgado en julio, especialmente en lo relativo a la ley de contratos de cultivo aprobada por el Parlament de Catalunya, las minorías gubernamentales retiraron su apoyo al gobierno y éste presentó su dimisión. El día 4 se formó de nuevo el gobierno Lerroux con ministros de la Confederación Española de Derechas Autónomas. Este fue el detonante que propició los conocidos como “Hechos de Octubre”.

Octubre del 34 y reacción patronal

Como se ha señalado, desde las elecciones de noviembre de 1933 el gobierno central estaba en manos de las fuerzas de derechas. Y fue ahí donde entró la cuestión de la ley de contratos de cultivo, ante la que, como se ha visto, la FLS y la patronal tenían visiones contrapuestas. El hecho se insertó en una confrontación cada vez más intensa izquierda-derecha, en la que, a diferencia del resto de Cataluña donde predominaba la CNT, la FLS tomó una actitud cada vez más política y se integró claramente en el bloque de izquierdas. De noviembre de 1933 a octubre de 1934, la violencia política, aunque dentro de ciertos límites, superó a la laboral. Y en octubre del 34 fue un salto adelante.

Los hechos de octubre de 1934 tuvieron, en el ámbito sabadellense, una dinámica específica y resultaron un enfrentamiento sindicato-patronal que no tuvo igual en Cataluña. El temor de la patronal se incrementó cuando una guerrilla revolucionaria hizo registros en domicilios particulares de fabricantes y de miembros de la Liga Catalana, y cuando una serie de empresarios fueron retenidos en una dependencia del Ayuntamiento. A partir de ahí, para la patronal local el orden público ya no fue sólo una necesidad por la viabilidad de las relaciones laborales, sino que equivalió a la defensa del sistema social

vigente. Por eso las actitudes de los empresarios después de octubre fueron del todo coherentes y no resulta sorprendente la cohesión que hubo entre las diferentes asociaciones que los albergaban.

Los acontecimientos que se produjeron durante los hechos de octubre aumentaron considerablemente la sensación de miedo y de indefensión de las clases acomodadas y provocaron una incertidumbre que no era nueva, pero que ahora se manifestaría con toda crudeza. A finales de 1932 y principios de 1933 la conflictividad en el ramo de la construcción ya había movilizado a la patronal en demanda de un mayor y permanente contingente de fuerzas de orden, demanda que fue reiteradamente denegada. Ahora bien, después de los hechos de octubre, la actitud de la burguesía cogió una mayor virulencia, ya que existía la certeza de que la violencia anterior tenía unas bases locales y específicas indudables. En las quejas que elevaron a los poderes políticos, los empresarios se refirieron sobre todo a los pasados sucesos, aunque también manifestaron que llevaban tiempo indefensos. Como se llamaba desde el GFS:

La lección del pasado movimiento y la triste experiencia de los últimos años, en que nuestra ciudad ha vivido poco más que desamparada de toda autoridad y entregada al arbitrio de los audaces perturbadores de la vida ciudadana, sin ley ni sanción de ningún tipo, a ver más claramente que nunca, a los elementos de orden representados especialmente por las entidades económicas, de la necesidad urgente, ineludible, de dotar a nuestra población de los elementos de vigilancia y seguridad indispensables para garantizar debidamente el orden y la paz ciudadanas y el respeto a la ley, a las personas y a la propiedad de que estamos carentes.

Y se añadía que los gastos para mantener un mayor contingente de fuerza pública correrían a cargo de la burguesía.

La demanda adquirió un carácter ineludible y urgente, y llevó de nuevo a una mayor cohesión patronal. A tal efecto, el GFS, la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Sabadell (COCIS) y la Cámara de la Propiedad Urbana formaron una Comisión de Entidades Económicas bajo este lema: “para que pueda considerarse definitivamente resuelto el problema del orden público en nuestra ciudad, aunque sea a costa de un pequeño sacrificio que, si es necesario, no regatearemos, ya que se trata de defender y garantizar los intereses de todos”.

Ahora, un sentimiento presente durante ciertos momentos en la etapa de la República adquiría unas dimensiones desconocidas: la sensación de que el Estado no garantizaba la seguridad de las clases acomodadas. Y a principios de 1935, representantes patronales viajaron a Madrid con el fin de entrevistarse con las autoridades políticas y militares del gobierno central.

En algunas ciudades, como Igualada, después de octubre, una de las actuaciones del nuevo gobierno municipal fue la de obtener un refuerzo de la plantilla de la guardia civil destinada a la ciudad, que pasó de 18 a 28 personas, pero que se quería que aumentara hasta llegar a 50. En Sabadell, en cambio, y como ya había ocurrido en otras ocasiones, los poderes públicos aducían que no podían enviar más fuerzas de orden porque el tamaño del cuartel no lo permitía. Ante la negativa gubernamental de ampliar las fuerzas de seguridad, la patronal pidió permiso para alquilar un edificio que albergara una guarnición permanente de la Guardia de Asalto. Los gastos correrían con cargo a las entidades adheridas a la propuesta. El viaje fue provechoso y la respuesta afirmativa: del grupo de guardias de asalto destinados a la ciudad condal, una compañía compuesta por 150 hombres se destinó a Sabadell con carácter permanente, y podría alojarse en la casa alquilada a tal fin. La primera sección de estos guardias de asalto llegó a Sabadell el 22 de febrero. El edificio que se habilitó para cuartel estaba situado en la Rambla números 22 y 24 y el precio del arrendamiento ascendía a la cantidad de diez mil pesetas anuales. Para todas estas gestiones, la Comisión tuvo el concurso de un político: el diputado regionalista en el parlamento de Madrid, Carlos Badia, quien hizo todo lo posible para ser útil y colaborar al buen éxito obtenido.

Si bien la propuesta de dotar de un mayor contingente de fuerza pública en la ciudad partió de las élites económicas, a la iniciativa se sumaron otros grupos sociales. En el listado de entidades que apoyaban la idea y se responsabilizaban de hacerse cargo de los gastos que ocasionara, junto a los representantes de asociaciones de grandes empresarios había patrones modestos; incluso se constata la participación de una entidad gremial (es raro que no se añadieran los constructores). Por otra parte, se observa también la presencia de sociedades que no eran explícitamente de tipo económico, incluso de profesionales liberales y de agentes comerciales (no atrajeron a los directivos y auxiliares de la industria textil —existían dos entidades en la ciudad— o a la metalúrgica). Esta evidencia nos lleva a una reflexión: la compleja cuestión de las relaciones de los profesionales liberales con la clase obrera y la patronal y la pretendida neutralidad de que aquéllos hacían gala. El párrafo siguiente es significativo al respecto:

Los representantes de las entidades económicas, patronales, gremiales y profesionales de Sabadell celebraron una asamblea para tratar el tema del orden público. Se dio cuenta de que se destinó a Sabadell una compañía de guardias de asalto y una Comisaría de vigilancia, así como de haber aumentado la plantilla de la guardia civil. Concluyen que para colocar estas fuerzas es necesario habilitar el edificio de la Rambla, ocupado actualmente por una sección de guardias de asalto y ampliar el cuartel de la guardia civil. En la asamblea se acordó que, para subvenir estos gastos, se realizaría mediante un reparto equivalente a un trimestre de contribución comercial, industrial, bancaria, urbana y profesional (cuota al Tesoro). La cuota sería recaudada por la Comisión de Entidades Económicas.

Por otro lado, debido a que en la provincia de Barcelona se venían

produciendo varios conflictos, el 29 de junio de 1935 el gobierno declaró el estado de guerra, que permaneció en vigor hasta el 1 de octubre. En julio, el ministro de la Gobernación ordenó recoger las armas que en octubre del 34 se habían repartido entre sectores empresariales, con una excepción: las que se proporcionaron a los afiliados de Acció Ciutadana. Un mes después, las medidas coercitivas aumentaban: se establecía la censura de prensa y se prohibían las noticias relativas a registros domiciliarios.

A finales de verano, las discrepancias que existían entre la Comisión de Entidades Económicas y la propietaria del edificio que ocupaba la Comisaría de Vigilancia salían a la luz pública. Para buscar una solución a las diferencias, un patrono importante fue a Madrid, donde habitaba la titular del inmueble. Se llegó a un acuerdo, que consistió en que las Entidades Económicas compraran dicho inmueble dentro de un plazo de tres meses, debiéndose determinar la personalidad del comprador. Para dar cuenta de este compromiso y tomar acuerdos sobre el particular, la Comisión de Entidades convocó a una asamblea a todas las entidades supuestamente afectadas por el orden público en Sabadell. La junta se inclinó por intensificar la recaudación abierta con destino a reforzar los cuerpos del orden público. Respecto a definir la personalidad del propietario de la finca, se decidió que la mejor solución sería constituir una sociedad civil que se hiciera cargo en representación de todos los elementos que cooperaron en la obra.

Para proseguir y completar la labor iniciada por la Comisión de Entidades Económicas, se proyectó constituir una nueva entidad denominada Sociedad de Propiedad Urbana, que quedó constituida el 29 de noviembre. Estaba formada por los delegados de las siguientes entidades: GFS, COCIS, Cámara de la Propiedad Urbana y las secciones patronales textiles (FT, AFFE, AFFL, APL y AIT). Con los fondos de la Comisión de Entidades Económicas, la Sociedad adquirió en compra el edificio números 22 y 24 de la Rambla, donde estaba instalada la Comisaría de Vigilancia. De aquí en adelante, todos los asuntos que hasta ahora habían corrido a cargo de la Comisión de Entidades pasarían a la Comisión Administrativa de la nueva entidad, a la que la actual Comisión cedería el producto de la recaudación pendiente. Y, a finales de ese año, los dirigentes de la Comisión de Entidades Económicas hacían gala de que los principales objetivos de la Comisión habían sido plenamente alcanzados: actualmente, decían, Sabadell dispone de unos servicios de vigilancia y orden público suficientes para a las necesidades de la población. Esta obra de defensa ciudadana, afirmaban, viene a garantizar en lo sucesivo el orden y la normalidad de nuestra vida de trabajo.

Febrero del 36: el Frente Catalán de Orden

Quizás precisamente por la presencia de un mayor contingente de fuerzas

encargadas de mantener el orden en la ciudad, durante el período que va de enero de 1936 al estallido de la guerra civil el mes de julio la conflictividad laboral no fue importante. Lo que destaca de estos meses es la gran polarización política. Ante las elecciones generales de febrero de 1936, la sociedad sabadellense se dividió en dos bloques totalmente diferentes, que en política se definieron como los llamados Frente de Izquierdas de Cataluña y Frente Catalán de Orden. Aunque con divergencias, las derechas se agruparon de nuevo. Si ya lo habían hecho a nivel ciudadano, consiguiendo que la ciudad estuviera más vigilada policialmente, ahora era la hora de reunirse en el campo político. Así se formó el Frente Catalán de Orden de Sabadell, constituido por la Liga Catalana, Acció Popular Catalana, los tradicionalistas y Fraternitat Republicana Radical. Una parte de la dirección de la Liga Catalana no veía conveniente el entendimiento electoral con la Confederación Española de Derechas Autónomas, y menos que se incluyera en la lista al ex miembro de la Lliga Regionalista y actual presidente de Acció Popular catalana, Josep Cirera Voltà, por culpa de su actitud respecto a la Ley de Contratos de Cultivo. Sin embargo, el pacto prosperó.

Ante la inminencia de los comicios, el 28 de enero el Frente Catalán de Orden local repartió entre los afiliados un comunicado que decía, entre otras cosas, que las fuerzas de centro y de derecha habían llegado a un acuerdo para difundir que el Frente de Orden sería la valla que haría imposible el avance de las fuerzas anárquicas y sus simpatizantes hacia la conquista del poder. Firmaban el manifiesto La Liga Regionalista, adherida a Liga Catalana (presidente: Manuel Buxeda Gari-Montllor); Acció Popular Catalana (presidente: Josep M^a Llonch Gambús); Patronato Social Tradicionalista (presidente: Llorenç Torrent Albert); Fraternidad Republicana (presidente: Bonaventura Musté Farré).

Días después, el Frente Catalán de Orden realizó una demostración de fuerza política ante el Frente de Izquierdas de Cataluña. El 1 de febrero de 1936 apareció un manifiesto en el que se pedía apoyo a la candidatura de esta coalición por Barcelona provincia. El documento hablaba de nuevo de los pasados eventos de los hechos de octubre. Pedía a los votantes que no olvidaran aquella experiencia, Y el manifiesto anunciaba que la amenaza bolchevique sobrevolaba la ciudad: “ahora, en vísperas de la lucha, otro 6 de octubre electoral pretende ya tragar y desbordar todo elemento de orden para alcanzar el imperio de quienes, puños en alto, sólo admiten como propaganda el ensayar en España la dolorosa experiencia rusa”. El escrito dirigido a los electores aseguraba que si el Frente de Izquierdas ganaba las elecciones toda ideología política sería derrotada; la economía del país quebraría; la seguridad personal estaría amenazada; la República avanzaría hacia la anarquía (...). En definitiva, la izquierda sería el símbolo único de la gran tragedia. Y el manifiesto acababa diciendo:

Para religar los vínculos de nuestra solidaridad ciudadana, para defender el bienestar y la dignidad de todos los hermanos de nuestro pueblo, le pedimos la adhesión activa y total a la candidatura del Frente Catalán de Orden, que con su triunfo contendrá las maldades revolucionarias (...).

Entre los firmantes del manifiesto aparecían varios industriales que pertenecían a las élites económicas tradicionales y vinculados a diferentes asociaciones patronales: Manuel, Josep y Joan Gorina, Arnau Izard, Manuel Corominas, Ramon Picart, Ernest Abelló, Manuel Buxeda, Fernando Casablanca, Joan Llonch, Bartolomé Brutau, Gabriel Cirera, Joan Borrás, Juan Morral, Rafael Llobet, Antonio Estruch, Silvestre Romeo, Salvador Montlló, Tomás Casulleras, Genís Ferran, Pau M^a Llonch, Eusebi Forrellad, Domingo Llobet, Magí Desveus. Y a estas les seguían 394 firmas, entre ellas sólo una mujer, que era viuda. Y la candidatura estaba formada por los hombres que se presentaba por Barcelona-circunscripción: Francisco Cambó Batlle, Antonio Barata Rocafort, José M^a Trias de Bes, José Cirera Volta, Miguel Vidal Guardiola, Ataulfo Tarragó Ruiz, Fernando Valls Taberner, Jaume Polo Otín, Enric Maynés Gaspar, Josep Prat Piera y Narciso de Carreras Guiteras.

La publicación de las derechas sabadellenses apelaba también al catalanismo, acusaba al Frente de Izquierda de ser incapaz de llevar a cabo la expansión de este ideal por todas las tierras de lengua catalana y, en definitiva, se expresaba en clave imperialista: para conseguir una Cataluña grande y gloriosa como en tiempos pasados. El triunfo y el dominio del conglomerado izquierda-comunista significaría el entierro definitivo de nuestro ideal de expansión catalana y restauración de la antigua unidad espiritual de la gran Cataluña.

Los comicios estuvieron marcados por una gran participación, pero curiosamente no favorecieron la captación de votos por la derecha local, que obtuvo menos participación que en noviembre de 1933. Por otra parte, pese al éxito electoral de febrero de 1936, los partidos de izquierda y los sindicatos locales parecieron menos boyantes que en 1933 si nos atenemos, por ejemplo, a sus medios de comunicación, que no aparecieron entre el 7 de octubre de 1934 y el 20 de julio de 1936.

Guerra y represión

Pocos meses después, en julio de 1936, en Marruecos se produjo un levantamiento militar contra el gobierno español legítimamente constituido. La división del ejército y de las fuerzas de seguridad, y la actitud combativa de sectores de la población, sobre todo de la clase obrera organizada, impidieron el triunfo de la rebelión. Sin embargo, al minar decisivamente la capacidad del gobierno para mantener el orden, la insurrección dio paso a una violencia abierta de los grupos que la apoyaron y de quienes se opusieron. Sabadell

permaneció fiel a la República, pero algunos sabadellenses, ligados a organizaciones empresariales o partidos de derechas, pero sobre todo a órdenes religiosas y asociaciones católicas, sufrieron la ira de grupos de descontrolados. Se iniciaba así la Guerra Civil española, que puso fin a este corto experimento que fue la Segunda República.

Un tema que ha suscitado la curiosidad de los historiadores sabadellenses es el de la cantidad de víctimas religiosas o de civiles miembros de organizaciones de este tipo (a diferencia de Terrassa) a principios de la Guerra Civil. La cuestión es que tradicionalmente en Sabadell había un potente anticlericalismo. Había una relación muy directa entre la patronal y el elemento religioso. El propio Gremio de Fabricantes de Sabadell tenía una incrustación religiosa visible que no tenían ni el Fomento del Trabajo Nacional, de Barcelona, ni el vecino Instituto Industrial de Terrassa. Otro punto a tener en cuenta es la presencia de empresarios en las asociaciones religiosas, como la Academia Católica, las Congregaciones Marianas, etc. Por otro lado, cuando los hechos de Octubre, un grupo numeroso hizo un registro en la Academia Católica, y se llevó el archivo de socios de la Congregación Mariana. Este hecho sería trágicamente importante: en 1936, miembros de las cuadrillas más revolucionarias y anticlericales pudieron conocer el nombre de los que pertenecían a aquellas asociaciones y tomar represalias.

Vino pues el día tantas veces soñado con ansias y fervores de la liberación de Sabadell

Y en las Memorias del Gremio de Fabricantes puede verse la reacción de algunos de los socios del centro al final de la guerra:

Vino pues el día tantas veces soñado con ansias y fervores, de la liberación de Sabadell. Tras las últimas fugitivas mesnadas del Ejército Rojo en derrota, las llamas y el humo de las fábricas de Manuel Gorina, Mateo Brujas y Cia., Hijos de Emilio Sallarès, Isidro Martí, Sucesoras de Llonch y Sala, Juan Valls Figueras, Ramón Buxó Pi, Sucesoras de J. Badía, Baygual, Llonch y Cía., Jenny Turull SA y Francisco Sampere y Hnos. marcaba el signo y la herencia de la revolución. Y apenas las fuerzas nacionales, con su presencia, dejaban restaurado el orden y la paz en la ciudad, renacía de las cenizas y del polvo de la guerra nuestro Gremio y a su vera se agrupaban los industriales nuevamente, supervivientes de la hecatombe en la zona roja, unos llegados de la zona nacional, vistos muchos trajes de campaña, testimonio vivo de su esfuerzo y valor.

[Un trabajo previo a este artículo en Soledad Bengoechea, *Reacción en tiempos de cambios: la patronal catalana ante la República (1931-1936)*, Barcelona, Publicaciones de la Abadía de Montserrat, 2005. Soledad Bengoechea, *República e industria en Sabadell. Organización patronal y conflictividad social (1931-1936)*, Barcelona, Publicaciones de la Abadía de Montserrat, 2015. Soledad Bengoechea es doctora en historia, miembro del Grupo de Investigación

Consolidado “Trabajo, Instituciones y Género” (TIG), de la UB y socia de Tot Història, Associació Cultural.]

28/4/2022

El extremista discreto

El Lobo Feroz **Remolacha**

Activistas del movimiento Rebelión Científica se manifestaron a las puertas del Congreso, a principios de abril, protestando por la lentitud y la lenidad de las medidas institucionales contra el cambio climático. La cincuentena, no más, de manifestantes exhibió pancartas reivindicativas y manchó de rojo con zumo de remolacha las escaleras de las Cortes.

El zumo de remolacha conmovió el corazón de este Lobo: esos buenos manifestantes ecologistas no emplearon pintura, sino algo que con agua se quita.

El Gobierno, con poca cintura —no en vano el ministro responsable es el pequeño Marlasca—, reaccionó enviando 14 furgonetas de antidisturbios a disolver la manifestación.

Importa poco que la madera lo hiciera con modos algo menos violentos que los habituales: los manifestantes, sentados en el suelo, fueron *arrastrados* hasta los vehículos de la policía. Aunque algo de sangre de los ciudadanos hubo también, como es costumbre. Importa mucho que el gobierno no tolerara una manifestación pacífica, reducida y muy puesta en razón.

Cierto que está prohibido manifestarse ante el Congreso. Pero obviamente la prohibición está dirigida a impedir movimientos tumultuarios que pudieran cercenar la libertad de sus eminencias los diputados, lo que no era en absoluto el caso. Para los gobernantes lo más urgente y prioritario es obtener un buen resultado en las próximas elecciones (estén o no cercanas en el tiempo), y todo lo demás puede esperar. Los científicos manifestantes no eran de esa opinión: las medidas contra el cambio climático son urgentísimas.

Esperamos que en la temporada electoral todo se vuelva en llanto y golpes de pecho de los que hoy desprecian a los manifestantes ecologistas. Porque estas manifestaciones van a repetirse y el volumen de los manifestantes va a aumentar; tanto que al final se darán cuenta de que los manifestantes son votantes. Aunque habida cuenta de la inteligencia de nuestra clase política quizá me esté haciendo ilusiones. El ejemplo de las elecciones presidenciales francesas señala cómo están las cosas.

El Rombo
Imposibles (III)

1945

Conmemoración

Ayer,
8 de septiembre de 1945,
en el Círculo de Bellas Artes
de Madrid,
los señores
Federico García Lorca
Luis Cernuda
Miguel Hernández
y Rafael Alberti
leyeron,
cuando se cumple un mes
de la victoria sobre el nazismo
y el fin de la guerra,
unos poemas
conmemorativos.

Cada uno,
a su propia manera,
clamó contra la espantosa
carnicería de esta guerra
y lo que puede ser,
aunque todo parezca aún muy confuso,
un inimaginable
intento de exterminio
de judíos, homosexuales y gitanos.
El público asistente
mantuvo
un respetuoso y emocionado
silencio;
lloraron mujeres
y hombres también.

1946

Dormido

Don Manuel de Falla
ha muerto mientras dormía

en su casa de la

Antequeruela Alta
de Granada.
El maestro
había sido visitado
dos días antes
por la eximia soprano
Conchita Badía,
amiga suya.

1947

Linares

El toro Islero,
un miura,
cogió a Manolete
y le rompió
la arteria femoral.
En la enfermería de la plaza
de Linares,
recientemente remozada

la habilidad del doctor

don Fernando Garrido

y las muchas

transfusiones

le salvaron la vida;

podrá casarse

con Lupe Sino

y torear.

Por esta razón

en ninguna de las comisarías

y cuartelillos de España

jamás

se confesará nadie

autor

de la muerte

de Manolete.

1948

Unidad

La CNT

y su hermana la UGT
que convocaron
conjuntamente
por vez primera
la gran huelga de mayo
pretenden formar
comisiones conjuntas
para negociar
convenios colectivos
con la patronal
que se lo ha tomado a mal.

Los sindicatos
sin embargo
apelan al Estado
y ofrecen paz social
a cambio de mejoras
substanciales
según el modelo
implantado
por el señor Atlee
en la pérvida Albión.

1949

La Obra

Prohibido

el paso

a toda

persona

ajena

a la obra.

Rogamos

disculpen

las molestias.

(continuará)

26/4/2022

De otras fuentes

Rafael Poch de Feliu Hacia una escalada bélica

La debilidad militar rusa en la primera fase de la guerra ucraniana determina mayor presión militar en la segunda fase e incentiva el impulso occidental para una gran contienda.

* * *

Asistimos en Ucrania a una repetición de la situación vivida en la guerra de Invierno de la URSS contra Finlandia, de noviembre de 1939 a marzo de 1940. El fracaso de la “guerra relámpago”, que los rusos parecían contemplar como primer escenario de su invasión de Ucrania, está teniendo como claro efecto incentivar el intervencionismo militar occidental en el conflicto.

Precedente finlandés

En lugar del esperado desmoronamiento, la confraternización y masiva deserción del ejército regular ucraniano, de la huida del Gobierno hacia Ucrania Occidental ante la proximidad de las tropas rusas en Kiev y de una escasa resistencia en el este y sur del país, Moscú se encontró con otro cuadro que le ha obligado a cambiar de plan e incrementar la presión militar.

Como ahora en Ucrania, Moscú buscaba *distancia* en aquella Guerra de Invierno. Leningrado, actual San Petersburgo, quedaba entonces a unos 40 kilómetros de la frontera finlandesa. Finlandia, como Polonia, había logrado salirse del Imperio ruso con la quiebra del zarismo y la posición de la antigua capital imperial estaba geográficamente demasiado comprometida y expuesta a una invasión. La guerra buscaba ampliar la zona de seguridad, algo que los dirigentes rusos mencionan ahora referido a Ucrania y que desde hace siglos ha sido uno de los motivos básicos del expansionismo defensivo ruso en un país de enormes espacios sin barreras ni límites geográficos.

También entonces las cosas salieron mal —o “como siempre”, según el dicho ruso popularizado por el ex primer ministro Viktor Chernomyrdin en los noventa— y lo que debía ser una “corta guerra victoriosa” ante un pequeño adversario, se cobró un enorme precio de centenares de miles de bajas rusas. El ataque estuvo pésimamente planeado, sin tener en cuenta el escenario, el clima ni problemas logísticos básicos. Los prisioneros soviéticos se quejaban de falta de material y municiones. Muchos años después, Nikita Jrushov calificó de “peligrosa” aquella derrota de los finlandeses, precisamente

porque “la evidencia de que la URSS era un gigante con los pies de barro animó a nuestros enemigos”, dijo. Quince meses después de la firma de la paz con Finlandia, Alemania invadía la URSS.

Sangrar al oso

Ahora Estados Unidos, la OTAN y la Unión Europea, que en el inicio de la campaña aseguraron que no intervendrían, se están animando. No solo son los ojos y oídos tecnológicos del ejército ucraniano, lo que permite a este golpear con precisión, limitar la superioridad aérea del adversario y matar a sus generales, sino que incrementan el suministro de armas con la manifiesta intención de [sangrar al oso en la trampa en la que él mismo se ha metido](#).

2.500 millones de dólares desde el inicio del conflicto, solo por parte de Estados Unidos, que se suman a los envíos previos a la invasión y [al intenso entrenamiento de cuadros del ejército y los servicios secretos ucranianos a cargo de la CIA](#) que comenzó en 2015, inmediatamente después del cambio de régimen en Kiev.

En Europa, el consenso es que “este conflicto se ganará en el campo de batalla”, en palabras de Josep Borrell tras anunciar otros 500 millones de euros del Fondo Europeo en Apoyo de la Paz (FEAP) para proveer de más armas a los ucranianos. La OTAN ha puesto 40.000 hombres más en su flanco oriental, establecerá más bases militares permanentes en Europa Oriental y suministrará misiles tierra-aire para abatir aviones rusos y misiles contra naves rusas en el mar Negro. De Eslovaquia han llegado baterías antimisiles de fabricación rusa S-300, que los rusos dicen haber destruido ya en Dniepropetrovsk (Dnipro). Los más insensatos del *club* europeo, es decir, los polacos, insisten en llevar a cabo una intervención militar terrestre en Ucrania occidental, aunque sea sin la bandera de la OTAN. Washington no enviará tropas a Ucrania (los cuadros de las SAS británicas y los Delta americanos están allí “desde el principio de la guerra”, dice el corresponsal de *Le Figaro*, Georges Malbrunot) pero está dispuesto a apoyar a los países de la OTAN si alguno de ellos lo decide, declara la embajadora de Estados Unidos ante la ONU, Linda Thomas-Greenfield.

Presión informativa

En el fomento de esta escalada, el papel del complejo mediático es clave. Los crímenes de la soldadesca, que en las guerras de Occidente son considerados excepciones en los contados casos en los que son desvelados, están siendo considerados norma y debidamente amplificadas, incluso en los casos en los que no hay evidencia independiente de su verosimilitud. Por desgracia, algunos de ellos han sido demostrados y nos retrotraen a escenas ya

conocidas como las vividas en la localidad chechena de Shamashkí en abril de 1995.

“Todos los rusos son ahora nuestros enemigos”, “Tanques para la ofensiva”, titula el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, principal diario alemán. “Una intervención militar de la OTAN ya no debe ser tabú”, señala *Die Welt*. Poco después de un mes de iniciada la invasión rusa, la negociación ha desaparecido por completo del horizonte occidental: “Nuestro objetivo es que Rusia no gane esta guerra”, dice el canciller Olaf Scholz. “Eso es lo que hay detrás de nuestros envíos de armas, de nuestra ayuda financiera y humanitaria, de las sanciones y de la recepción de refugiados”, explica.

El presidente Biden, que puede tener en sus bajos niveles de popularidad y en la inflación, que achaca “a los rusos”, un motivo político para la guerra exterior, está sometido a influencias de sentido diverso. Desde el Pentágono y la CIA se le aconseja prudencia, desde el complejo mediático y el Departamento de Estado se le invita a implicarse más. En sus declaraciones, Biden ya habla de un conflicto de años por delante “entre democracia y autocracia, libertad y represión” y se le escapa en un discurso la voluntad de cambiar el régimen en Moscú al afirmar que Putin (“criminal de guerra” y autor de “genocidio”) “no puede seguir mandando” allá. Una mayoría de americanos apoyan en las encuestas el establecimiento de una “zona de exclusión aérea” si la guerra persiste, pese a que los militares advierten que eso supone derribar aviones rusos y que los rusos derriben los propios, así como la necesidad de atacar defensas antiaéreas en territorio ruso. En su editorial del 10 de abril, *The Observer* aboga por la intervención militar directa en Ucrania Occidental, que los polacos desean, suministrar tanques y aviones y destacar fuerzas navales en el mar Negro que disuadan de cualquier propósito de tomar Odesa. “Los riesgos son obvios, pero su única alternativa es una carnicería sin fin. Si Occidente es serio en su propósito de detener la guerra, esas medidas fuertes pueden ser la única vía”.

Preparativos contra China

En Washington el dilema “o contra Rusia o contra China” que tantas divisiones creó en el *establishment* durante la presidencia de Donald Trump se ha resuelto definitivamente: contra ambas. “La mejor manera de actuar contra China es derrotar a Rusia”, dice un conocido analista local, expresando el nuevo consenso.

En su última reunión de ministros de exteriores, el día 8 de abril en Bruselas, la OTAN señaló claramente los preparativos de guerra contra China que se reflejarán en el anunciado “nuevo concepto estratégico” que debe aprobarse en la cumbre del próximo junio en Madrid. Por primera vez en su historia los

ministros de exteriores de Corea del Sur y de Japón participaron en un cónclave de la OTAN de ese nivel en Bruselas, además de los de Australia y Nueva Zelanda. Japón se ha sumado a las sanciones contra Rusia y ha deshecho en cuestión de días todos los avances en la complicada relación bilateral con Rusia trabajosamente logrados bajo el mandato de Shinzo Abe. El Aukus (Australia, Inglaterra y Estados Unidos) ha anunciado el desarrollo de nuevos misiles hipersónicos para el escenario asiático. “Las políticas coercitivas de China a nivel global son un desafío sistémico a la seguridad de la OTAN”, ha dicho su secretario general, Jens Stoltenberg.

Los chinos toman buena nota de todo ello. “Estados Unidos siente que la fuerza de sus aliados en el Pacífico occidental no es suficiente y quiere implicar a toda la OTAN en su diseño indopacífico”, estima el diario chino *Global Times*.

Los resultados de la primera fase de la invasión, tan ambiguos para Moscú y tan desastrosos para la imagen internacional de Rusia en Occidente, han incrementado la expectativa de un segundo desastre ruso en la batalla del Donbás que ahora se anuncia y en la que los rusos esperan rodear y aniquilar al mayor y más combativo cuerpo de ejército ucraniano. Habrá que ver si las armas y recursos occidentales, así como el empeño ucraniano, logran torcer de nuevo el propósito.

En Moscú el revés de la primera fase ha generado una mezcla de mal humor, contrariedad y jactancia entre los propagandistas de la guerra que salen por la televisión. El inquietante endurecimiento del discurso, contra Ucrania, contra la nación ucraniana y contra los ucranianos en general, es la consecuencia. También la emigración: 100.000 jóvenes rusos, en gran parte especialistas cualificados, abandonaron el país en marzo y se espera que las cifras de abril sean similares.

Podemos preguntarnos hasta dónde llegará esta locura en Rusia, sin perder de vista esa demencia mucho más general que empuja inequívocamente al mundo hacia una gran guerra.

[Fuente: ctxt.es]

14/4/2022

Boaventura de Sousa Santos **Europa: cien años de soledad**

Cien años después de la Primera Guerra Mundial, los líderes europeos caminan sonámbulos hacia una nueva guerra total. Al igual que en 1914,

piensan que la guerra de Ucrania será limitada y de corta duración. En 1914, se decía en los ministerios que la guerra duraría tres semanas. Fueron cuatro años y más de veinte millones de muertos. Tal y como en 1918, hoy domina la posición de que es necesario castigar de manera ejemplar a la potencia agresora para dejarla postrada y humillada durante mucho tiempo. En 1918, la potencia derrotada fue Alemania (y también el Imperio otomano). Hubo voces discordantes (John Maynard Keynes y otros) para quienes la humillación total de Alemania sería desastrosa para la reconstrucción de Europa y para la paz duradera en el continente y el mundo. No fueron escuchadas, y veintiún años después Europa estaba de nuevo en guerra. Siguieron cinco años de destrucción y más de setenta millones de muertos. La historia no se repite y aparentemente no enseña nada, pero sirve para ilustrar y mostrar similitudes y diferencias. Veamos unas y otras a la luz de dos ejemplos.

En 1914, Europa vivía en relativa paz desde hacía cien años, con muchas guerras, pero circunscritas y de corta duración. El secreto de esta paz fue el Congreso de Viena (1814-1815). Esta reunión internacional trataba de poner fin al ciclo de transformación, turbulencia y guerra que había comenzado con la Revolución francesa y que se agravó con las guerras napoleónicas. El pacto con que terminó el Congreso de Viena se firmó nueve días antes de la derrota final de Napoleón en Waterloo. En este congreso dominaron las fuerzas conservadoras y el periodo que siguió se denominó Restauración (del viejo orden europeo). El Congreso de Viena tiene, sin embargo, otra característica por la que vale la pena recordarlo ahora. Fue presidido por un gran estadista austríaco, Klemens von Metternich, cuya preocupación primordial era incorporar a todas las potencias europeas, tanto a las vencedoras como a las vencidas, con el fin de garantizar una paz duradera. Por supuesto, la potencia perdedora (Francia) tendría que sufrir las consecuencias (pérdidas territoriales), pero el pacto fue firmado por ella y el resto de potencias (Austria, Inglaterra, Rusia y Prusia) y con condiciones impuestas a todos para garantizar una paz duradera en Europa. Y así se cumplió.

Hay muchas diferencias en relación con nuestro tiempo. La principal es que, esta vez, el escenario de la guerra es Europa, pero las partes en conflicto son una potencia europea (Rusia) y una potencia no europea (Estados Unidos). La guerra tiene todas las características de una *proxy war*, una guerra en la que los contendientes se aprovechan de otro país (Ucrania), el país del sacrificio, para lograr objetivos geoestratégicos que trascienden con creces los de ese país e incluso los de la región en que se integra (Europa). Verdaderamente, Rusia solo está en guerra con Ucrania porque está en guerra con la OTAN, una organización cuyo comandante supremo aliado en Europa es "[tradicionalmente un comandante estadounidense](#)". Una organización que, sobre todo tras el final de la primera Guerra Fría, ha servido a los intereses geoestratégicos de Estados Unidos. Rusia sacrifica ilegal y brutalmente los

principios de autodeterminación de los pueblos, de los que en anteriores contextos geopolíticos fue un importante heraldo, para hacer valer sus preocupaciones de seguridad después de no verlas reconocidas por medios pacíficos y por una innegable nostalgia imperial. Por su parte, desde el final de la primera Guerra Fría, Estados Unidos está decidido a profundizar la derrota de Rusia, una derrota que quizá fue más autoinfligida que provocada por la superioridad del adversario.

Durante un breve período, la disputa diplomática en Washington fue entre la "asociación para la paz" y "la expansión de la OTAN para garantizar la seguridad de los países emergentes del bloque soviético". Con el presidente Clinton fue esta última política la que prevaleció. Por diferentes razones, también para Estados Unidos, Ucrania es el país del sacrificio. La guerra de Ucrania está sujeta al objetivo de infligir una derrota incondicional a Rusia que, preferentemente, ha de durar hasta que se provoque el *regime change* en Moscú. La duración de la guerra está sujeta a ese objetivo. Si se le permite al primer ministro británico decir que las sanciones contra Rusia continuarán, cualquiera que sea la posición de Rusia ahora, ¿cuál es el incentivo de Rusia para poner fin a la guerra? Después de todo, ¿es suficiente que Putin sea derrocado (como le sucedió a Napoleón en 1815) o es Rusia la que tiene que ser derrocada para detener la expansión de China? También hubo *regime change* en la humillada Alemania de 1918, pero su curso terminaría en Hitler y en una guerra aún más devastadora. La grandeza política del presidente Zelenski podría construirse tanto como el valiente patriota que defiende a su país del invasor hasta la última gota de sangre, como la del valiente patriota que, ante el peligro de tanta muerte inocente y la asimetría de fuerza militar, logra, con el apoyo de sus aliados, una fuerte negociación y una paz digna. El hecho de que hoy prevalezca la primera construcción no resulta de las inclinaciones personales del presidente Zelenski.

El segundo ejemplo para ver similitudes y diferencias con el pasado reciente se refiere a la posición geopolítica de Europa. Durante las dos guerras mundiales del siglo XX, Europa era el autoproclamado centro del mundo. Por eso las guerras fueron mundiales. Cerca de cuatro millones de las tropas "europeas" eran en realidad africanas y asiáticas, y muchos miles de muertos no europeos fueron el precio del sacrificio por ser habitantes de colonias en países lejanos envueltos en guerras que no les conciernen. Hoy, Europa es un rincón del mundo, y la guerra en Ucrania lo hará aún más pequeño. Durante siglos fue el extremo de Eurasia, esa gran masa terrestre entre China y la Península Ibérica, por donde circulaban saberes, productos, innovaciones científicas y culturas. Mucho de lo que luego se atribuyó al excepcionalismo europeo (desde la Revolución científica del siglo XVI hasta la Revolución industrial del siglo XIX) no se comprende y no habría ocurrido sin esta circulación multiseccular. La guerra en Ucrania, sobre todo si se prolonga, corre

el riesgo no sólo de amputar a Europa de una de sus potencias históricas (Rusia), sino también de aislarla del resto del mundo y, muy especialmente, de China. El mundo es inmensamente más grande de aquello que se ve con lentes europeos. Vistos con estos lentes, los europeos nunca se sintieron tan fuertes, tan unidos con su socio mayor, tan confiadamente del lado correcto de la historia, con el mundo del "orden liberal" dominando el planeta y tan suficientemente robustos como para aventurarse en un tiempo a conquistar o, al menos, neutralizar a China, después de haber destruido a su principal socio, Rusia.

Vistos con lentes no europeos, Europa y Estados Unidos están orgullosamente casi solos, quizás capaces de ganar una batalla, pero ciertamente en camino a la derrota en la guerra de la historia. Más de la mitad de la población mundial vive en países que han decidido no imponer sanciones a Rusia. Muchos de los que votaron (y bien) en la ONU contra la invasión ilegal de Ucrania lo hicieron con justificaciones de su experiencia histórica, que no fue la de ser invadidos por Rusia, sino por Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Israel. Sus decisiones no fueron fruto de la ignorancia, sino de la precaución. ¿Cómo pueden confiar en países que, después de haber creado un sistema de transferencias financieras (SWIFT) con el objetivo de defender las transacciones económicas de la injerencia política, expulsan a un país por motivos políticos? ¿En países que se arrojan el poder confiscar las reservas financieras y de oro de países soberanos como Afganistán, Venezuela y ahora Rusia? ¿En países que proclaman la libertad de expresión como un valor universal sacrosanto, pero recurren a la censura en cuanto se sienten desenmascarados por ella? ¿En países supuestamente amantes de la democracia que no dudan en provocar golpes de Estado cuando los elegidos no convienen a sus intereses? ¿En países para los cuales, según las conveniencias del momento, el "dictador" Nicolás Maduro puede convertirse repentinamente en un socio comercial? El mundo ha perdido la inocencia, si es que alguna vez la tuvo.

[Fuente: [Público](#). Traducción de Antoni Aguiló y José Luis Exeni Rodríguez]

5/4/2022

Gerardo Pisarello **Parar la guerra cuanto antes**

Hace unos días, una periodista me preguntó cómo había vivido los aplausos en el Congreso al presidente de Ucrania, Volodímir Zelenski. Le expliqué que para muchos de nosotros, esos aplausos, más que dirigidos a un gobierno

concreto, eran para los millones de ucranianos y ucranianas que estaban padeciendo y resistiendo la criminal invasión de Vladimir Putin. Y que el Zelenski político-actor era otra cosa. Alguien que un día era capaz de invocar los bombardeos nazis en Gernika para justificar su causa, y al siguiente comparecer acompañado de miembros del reaccionario batallón Azov, como hizo en Grecia. Eso, o pasearse en Kiev junto a un personaje lamentable como Boris Johnson, dispuesto a compensar su impopularidad con el más desvergonzado de los belicistas.

En realidad, defender un humanismo internacionalista, situado y sin dobles raseros, en el actual contexto geopolítico, es tan difícil como necesario. Este humanismo tiene dos tareas urgentes. Por un lado, buscar sinceramente la manera de poner fin cuanto antes a la guerra en Ucrania, priorizando el punto de vista de sus víctimas. Por el otro, impulsar un nuevo orden mundial, más plural y cooperativo, que garantice la paz y ponga límites reales a los Leviatanes de Estado y de mercado que la amenazan por doquier.

La inadmisibile invasión de Putin

Teniendo en cuenta estos objetivos, lo primero que haría falta asumir es la condena sin excusas de la invasión de Putin. Con todos los testimonios de población afectada y de periodistas independientes que actúan sobre el terreno, cuesta entender que, todavía hoy, haya quien siga sosteniendo que [los bombardeos y vejaciones producidos en Bucha](#) y otras ciudades son una invención, cuando no una respuesta inevitable a las “provocaciones” de Occidente. A estas alturas, solo desde el autoengaño o la mala fe se pueden presentar estos ataques como intervenciones “quirúrgicas” que se limitan a destruir infraestructuras militares sin asesinar civiles. O peor, describirlos como “cruzadas antifascistas” que solo afectan a grupos reaccionarios del ejército ucraniano, como si no hubiera miles de inocentes cayendo bajo las balas y los misiles.

Nada de esto implica que las tropas ucranianas no incurran en sus propias tropelías o que no las hayan practicado en zonas como el Donbás. Tampoco supone quitar un ápice de responsabilidad al intervencionismo que Washington ha venido practicando en Ucrania desde hace años. Simplemente, significa que la invasión está produciendo atrocidades que se podrían haber evitado, y en las que Putin tiene una responsabilidad central.

Uno puede entender, sí, que haya gente que recuerde que el actual gobierno ruso envió vacunas a países del sur en plena pandemia cuando ninguna de las grandes multinacionales farmacéuticas lo hacía. O que valore su condena de golpes de Estado abyectos como el que se produjo en Bolivia en 2019 con el visto bueno de los Estados Unidos. Todo esto es verdad. Pero en relación con

Ucrania hay que ser claros: la conducta de Putin está siendo la de un nacionalista despiadado, que actúa como si fuera heredero del zar Alejandro III, que habla de “escupir a los traidores como si fueran una mosca que ha entrado en la boca” y que no ha dudado en culpar a los bolcheviques y a Lenin por lo que considera una intolerable desmembración del Imperio zarista.

Este Putin no es un personaje sobrevenido. Es el mismo dirigente que hace décadas arrasó Chechenia con métodos feroces y parecidos argumentos nacionalistas. Lo que ocurre es que entonces contaba con la condescendencia de políticos europeos también acusados de crímenes de guerra como Tony Blair o José María Aznar. Y no solo de ellos, sino de otros como el socialdemócrata Gerhard Schröder, que encontró un retiro de oro en la empresa rusa Gazprom, o de Angela Merkel, quien tras la crisis financiera de 2008 buscó a Putin para como aliado para apuntalar la economía alemana, al tiempo que daba lecciones de austeridad al pueblo griego, imponiéndole drásticos planes de ajustes que hundieron su calidad de vida.

Este Putin, hábil en sus relaciones exteriores, ha sido implacable con la oposición feminista, LGTBI, comunista, socialista o libertaria de su país. Eso, y no otra cosa, es lo que le ha granjeado simpatías abiertas en personajes de la extrema derecha global como Marine Le Pen, Mateo Salvini, Víctor Orbán, Santiago Abascal o Jair Bolsonaro. Y también en Donald Trump, que nunca ha ocultado su buena sintonía con él, y que llegó a definir la invasión a Ucrania como “una genialidad” que mostraba “lo que los Estados Unidos deben hacer en México”.

El derecho a la defensa del pueblo ucraniano

Naturalmente, que Putin se comporte como un autócrata neozarista no convierte a Zelenski en un Imre Nagy o en un Alexander Dubcek, los dirigentes socialistas que se opusieron a la invasión soviética de Budapest y Praga en 1955 y 1968. Zelenski no es ningún Salvador Allende. Es un presidente elegido con un programa de paz y diálogo con Rusia que se acabó apoyando en las corruptas oligarquías ucranianas y dando alas a sectores ultranacionalistas violentos. Nada de eso, en cualquier caso, impide reconocer al pueblo ucraniano el derecho a autodeterminarse y a no dejarse avasallar por el nacionalismo imperial gran ruso.

En un contexto de invasión militar, el pueblo ucraniano, como el saharauí o el palestino, tiene todo el derecho a defenderse, también a través de las armas. Hoy, esa resistencia incluye actores muy diversos. El ejército regular, voluntarios y pequeñas milicias populares de [inspiración republicana, feminista, e incluso anarquista](#). Pero también sectores ultraviolentos, como el batallón Azov, de claras afinidades neonazis y supremacistas, así como

numerosos mercenarios extranjeros, cuya frialdad y crueldad no difieren mucho de la de los contratados por Rusia.

Aunque es un tema controvertido, soy de los que piensan que el legítimo derecho a la defensa del pueblo ucraniano no justifica el creciente envío de armas por parte de los países miembros de la OTAN. Primero, porque Ucrania [no es un país precisamente desarmado](#). Es un importante productor y exportador de armas, que desde antes de la invasión de Putin lleva recibiendo ingente apoyo militar y de ciberinteligencia de los Estados Unidos y de la OTAN. Segundo, porque el envío de armas, tal como se está planteando, solo está sirviendo para alargar y empantanar el conflicto. Y eso, en la práctica, está traduciéndose en más represalias mutuas, más gente desplazada, una mayor destrucción de la economía ucraniana y más vulneraciones del derecho humanitario por parte de los dos bandos.

En realidad, el principal efecto del desbocado gasto militar puesto en marcha con la excusa de la guerra no está siendo atemperarla, sino sacrificar inversiones sociales imprescindibles en todos los países y ofrecer un negocio redondo a las grandes empresas de armamentos. Basta con ver los descomunales beneficios obtenidos por Lockheed Martin, Raytheon, Hensoldt o Indra, para constatarlo.

En un primer momento, había un amplio acuerdo en que una intervención directa de la OTAN, con la declaración, por ejemplo, de una zona de exclusión aérea, solo serviría para aumentar los estragos y envenenar aún más las relaciones entre quienes, más temprano que tarde, deberían sentarse a negociar. Pero hasta eso está cambiando peligrosamente.

En las últimas semanas, políticos destacados y periódicos como [The Guardian](#) o [El País](#) han defendido desde sus páginas la necesidad de que la OTAN “arrincone” militarmente a Putin o que busque derrocarlo por cualquier vía. Esta jactancia belicista, y la idea de que suprimir a Putin o a Zelenski facilitará las negociaciones, resulta de una temeridad pasmosa. Entre otras razones, porque este empeño no hace sino enconar más a las partes y aumentar la posibilidad de una carnicería nuclear. A diferencia del siglo XX, una conflagración de este tipo no depende ya de la activación de un único botón rojo. Por el contrario, podría producirse en cualquier momento —hoy, mañana— ante una situación de excesiva tensión o de acorralamiento, a través de una miríada de [armas nucleares tácticas](#).

La resistencia no-violenta como alternativa a la escalada belicista

Oponerse a esta escalada belicista y denunciar su irracionalidad, en cualquier caso, no implica aceptar que Putin siga actuando como le venga en gana. Más

bien exige obligarlo a sentarse en una mesa de negociaciones a través de vías que minimicen el daño y que no multipliquen la masacre.

Las sanciones pueden ser una de esas vías. Es verdad que muchas de las medidas impuestas hasta ahora a Rusia han sido un despropósito. A veces, porque su impacto económico se ha hecho sentir sobre todo entre las capas populares de la sociedad rusa, y por rebote, en las de otros países de Europa y del mundo. Otras, porque al haberse centrado en deportistas, artistas o estudiantes, no han hecho más que favorecer una rusofobia escandalosa e intolerable. Casi siempre, porque han venido marcadas por un hipócrita doble estándar, ya que quienes las propician se cuidan bien de que nunca puedan ser utilizadas contra ellos, incluso cuando incurren en actuaciones similares.

Con todo, hay que reconocer que algunas de estas sanciones están tocando a los oligarcas vinculados al régimen y al círculo más cercano de Putin. Intensificarlas exigiría actuar sobre paraísos fiscales y otros negocios ilícitos de los que se benefician los oligarcas, no solo de Rusia. Y aunque quizás no acabarían con la guerra por sí solas, ayudarían a forzar un repliegue de Putin y su renuncia a la vía militar en la que se ha obcecado.

En cualquier caso, cuando se habla del derecho del pueblo ucraniano a la defensa legítima, también hay que tener presente la resistencia activa no-violenta, esto es, la resistencia de quienes luchan por vivir, pero se niegan a matar o a contribuir a una dinámica del ojo por ojo en la que todos acabarán ciegos.

Actualmente, hay cientos de miles de familias ucranianas que están dejando sus pueblos y ciudades precisamente por eso: porque quieren vivir y porque se resisten a ser parte de una espiral de barbarie y de venganzas infinitas. Junto a esa resistencia, está también la de quienes se niegan a asesinar o a torturar a soldados hermanos. La de los desertores e insumisos de ambos bandos. O la de quienes, con gran coraje, han bloqueado carreteras en ciudades como Melitópolis, Chernígov, Zaporíyia, Senkovka o Luhansk, desmoralizando a sus agresores, desmontando ante el mundo el relato burdo de Putin de la “desnazificación” e incorporando a la protesta a mujeres, niños y personas mayores.

Es inmoral, y nada casual, que los medios invisibilicen esta resistencia no militarista. O peor, que la descarten como menos eficaz que el golpe por golpe propugnado por los halcones de la guerra de todos los bandos. Y lo que vale para la resistencia no-violenta en Ucrania debería aplicarse también a otras iniciativas similares.

Vale para las movilizaciones anti-guerra que están teniendo lugar en la propia

Rusia, con miles de detenidos. Vale para las acciones de colectivos como *Stop The War*, en el Reino Unido, doblemente criminalizado por Boris Johnson y por el neomacartista líder laborista, Keir Starmer. Vale para las críticas que figuras como Nancy Fraser o Bernie Sanders están lanzando desde Estados Unidos al *lobby* armamentístico, financiero y de los combustibles fósiles de ese país, uno de los grandes beneficiarios de la invasión rusa. Vale para las alocuciones antibelicistas del papa Francisco. Vale para quienes señalan la hipocresía de pedir más armas para Ucrania mientras se le niega la condonación de una deuda externa que la ahogará durante décadas. Vale para las posiciones de gente como Jean-Luc Mélenchon o Luciana Castellina, defensores de una Europa autónoma de las grandes potencias que se implique activamente en las soluciones diplomáticas. Vale, asimismo, para las llamadas al alto el fuego, a la retirada de tropas y al diálogo que, en un contexto endemoniado, viene manteniendo con valentía el secretario general de Naciones Unidas, António Guterres.

La urgencia de parar la guerra

Ciertamente, ni Putin ni el *establishment* de los Estados Unidos, auténtica voz dirigente de la OTAN y del llamado bloque occidental, están impulsando este tipo de salidas. Por el contrario, unos y otros parecen empeñados en prolongar la guerra y en convertir a Ucrania en un nuevo Afganistán, sin que importen las consecuencias. Ni la multiplicación del número de víctimas, ni el ahondamiento de las heridas entre pueblos hermanos, ni el riesgo del uso de armas nucleares, ni la profundización de unos desequilibrios alimentarios y energéticos que están poniendo en peligro la paz global.

Que estados como Turquía o Israel sean de los pocos que han intentado mediar para una salida negociada, da una idea de la coyuntura trágica ante la que nos encontramos. Pero cualquier intento de negociación es preferible a la resignación y a la normalización de un belicismo sin freno. Porque cada día de guerra hace más difícil las salidas negociadas, al tiempo que nos acerca a un estallido que podría arrasarlo con todo.

Por eso hace falta activar cuanto antes los frenos de emergencia. Y la única manera de hacerlo es a partir de una posición coherentemente antimilitarista y antiimperialista. Una perspectiva capaz de defender, sin dobles raseros, aquí y ahora, los derechos humanos, la legalidad internacional y la paz.

Esto supone, como se apuntaba al comienzo, condenar sin ambages la ominosa agresión de Putin y defender el derecho del pueblo ucraniano, en toda su pluralidad, a existir, a autogobernarse y a vivir de manera segura. Pero justo por eso, exige también oponerse, con igual firmeza, al complejo militar, financiero y energético de los Estados Unidos que busca

instrumentalizar a la OTAN y a Ucrania para fines que poco tienen que ver con la defensa de la democracia o de la paz. Y que podría embarcar al mundo, si hace falta, en [una tercera guerra mundial](#) contra China o contra cualquiera que haga sombra a sus intereses económicos.

En lugar de seguir ciegamente los planes de Washington, Europa debería ejercer una acción internacional autónoma del belicismo atlantista y actuar como mediadora por la paz junto a países del Sur global como India, México u otros. Obviamente, conseguir que el destructivo genio del belicismo vuelva a la botella y que tanto Ucrania como Rusia consientan una mesa de negociación efectiva, no es algo fácil. Pero no se puede perder ni un solo minuto sin intentarlo, una y otra vez. Asumir con voluntad insumisa la construcción de la paz en un mundo amenazado por el desastre nuclear y por el colapso socio-ecológico producido por un capitalismo desatado es la más compleja de las tareas de nuestro tiempo. También es la más urgente, ya que de ella depende literalmente la supervivencia de la especie y del planeta.

[Fuente: [Ctxt](#)]

17/4/2022

Richard Falk

Esta guerra geopolítica es un «crimen geopolítico»

No cabe duda de que se han cometido atrocidades en Ucrania, al parecer, aunque no exclusivamente, por parte de las fuerzas de ataque rusas, y en un mundo perfecto, los que actuaron así serían considerados responsables.

Pero el mundo es muy imperfecto cuando se trata de rendir cuentas por crímenes internacionales.

Cuando la Corte Penal Internacional, en 2020, determinó que tenía autoridad para investigar los presuntos crímenes cometidos por Israel en la Palestina ocupada, tras arduas demoras para asegurarse de que su investigación cumpliría con el más alto nivel de profesionalidad jurídica, la decisión fue calificada de «puro antisemitismo» por el primer ministro israelí, y rechazada desafiantemente por los dirigentes israelíes de todo el espectro político.

Del mismo modo, cuando la CPI autorizó la investigación de los crímenes de Estados Unidos en Afganistán, la decisión fue denunciada como nula e injustificada porque Estados Unidos no era parte del Estatuto de Roma que rige las operaciones de la CPI. La presidencia de Trump llegó a expresar su

indignación imponiendo sanciones personales a la fiscal de la CPI, presumiblemente por atreverse a desafiar a EE.UU. de esa manera, a pesar de que su comportamiento fue totalmente respetuoso con su función profesional y coherente con los cánones pertinentes de la práctica judicial.

En este contexto, existe un dilema liberal típico cuando se enfrenta a una clara criminalidad por un lado y a una pura hipocresía geopolítica por el otro. ¿Era deseable después de la Segunda Guerra Mundial procesar a los líderes políticos y a los mandos militares alemanes y japoneses supervivientes a costa de pasar por alto «legalmente» la criminalidad de los vencedores porque no había disposición a investigar el lanzamiento de bombas atómicas sobre ciudades japonesas o el bombardeo estratégico de hábitats civiles en Alemania y Japón?

No estoy nada seguro de qué es mejor desde el punto de vista del desarrollo de un Estado de Derecho mundial o de la inducción al respeto de las restricciones de la ley. La esencia del derecho es tratar a los iguales por igual, pero el orden mundial no está constituido así. Como se ha sugerido, existe una «justicia de los vencedores» que impone la responsabilidad de los líderes derrotados en las grandes guerras, pero la ausencia total de responsabilidad por los crímenes de los ganadores geopolíticos.

Además, la Carta de la ONU se redactó de forma que otorgaba un estatus constitucional a la impunidad geopolítica al conceder a los vencedores de la Segunda Guerra Mundial un derecho de veto incondicional, lo que incluye, por supuesto, a Rusia. En este sentido, el liberalismo se pliega al realismo geopolítico y celebra la imposición unilateral de la legalidad, con la ingenua esperanza de que las cosas sean diferentes en el futuro y que el siguiente grupo de vencedores acepte las mismas normas legales de responsabilidad que se imponen a los perdedores.

Sin embargo, el historial posterior a Nuremberg demuestra que los actores geopolíticos siguen tratando las restricciones al recurso a la guerra como una cuestión de discrecionalidad (lo que los liberales estadounidenses llamaron «guerras de elección» en el curso del debate sobre el inicio de un ataque de cambio de régimen y la ocupación de Irak en 2003) y no como una obligación. En lo que respecta a la rendición de cuentas, el doble rasero sigue siendo operativo, como demuestra la irónica ejecución de Saddam Hussein por crímenes de guerra tras la guerra de agresión contra Irak.

Otra pregunta persistente es «¿por qué Ucrania? Desde el final de la Guerra Fría, a principios de la década de 1990, se han producido otros sucesos horribles, como los de Siria, Yemen, Afganistán, Myanmar y Palestina, y sin embargo no ha habido un clamor comparable en Occidente por la justicia

penal y la acción punitiva. Sin duda, una parte de la explicación es que las víctimas ucranianas de los abusos son blancas, europeas y cristianas, lo que facilitó a Occidente la movilización de los principales medios de comunicación mundiales, y la correspondiente prominencia internacional concedida a Volodimir Zelensky, el asediado y enérgico líder ucraniano que tuvo un acceso sin precedentes a los escenarios más influyentes de la opinión mundial.

No es que la empatía por Ucrania o el apoyo a la resistencia nacional de Zelensky estén fuera de lugar, sino que tienen la apariencia de estar orquestados y manipulados geopolíticamente de un modo que no lo estaban otras situaciones nacionales desesperadas, y por tanto dan lugar a sospechas sobre otros motivos más oscuros.

Esto es preocupante porque estas preocupaciones magnificadas han actuado como una forma principal en la que el Occidente de la OTAN se ha esforzado por hacer que la guerra ucraniana sea algo más que Ucrania. La mejor manera de entender la guerra más amplia es en dos niveles: una guerra tradicional entre las fuerzas invasoras de Rusia y las fuerzas de resistencia de Ucrania, entrelazada con una guerra geopolítica global entre Estados Unidos y Rusia. Es la prosecución de esta última guerra la que presenta el peligro más profundo para la paz mundial, un peligro que ha sido en gran medida oscurecido o evaluado como una mera extensión de la confrontación entre Rusia y Ucrania.

Biden ha dado sistemáticamente una nota militarista, demonizadora y de confrontación en la guerra geopolítica, antagonizando deliberadamente a Putin, al tiempo que ha descuidado de forma bastante evidente la diplomacia como forma obvia de detener la matanza y las atrocidades, alentando de hecho la prolongación de la guerra sobre el terreno porque su continuación es indispensable en relación con los intereses implícitamente superiores de la gran estrategia, que es la preocupación central de una guerra geopolítica. Cuando Biden llama repetidamente a Putin un criminal de guerra que debería ser procesado, y más aún, cuando propone un cambio de régimen en Rusia, está animando a que la guerra de Ucrania continúe todo el tiempo que sea necesario para producir una victoria, y a no contentarse con un alto el fuego.

Si se analiza correctamente esta percepción de dos niveles en su apreciación de los diferentes actores con prioridades contradictorias, entonces resulta crucial comprender que en la guerra geopolítica Estados Unidos es el agresor tanto como en la guerra tradicional sobre el terreno lo es Rusia. En este sentido, a pesar de su comprensible enfado y dolor, hay que preguntarse si incluso Zelensky, con su eco rusófobo de las acusaciones de crímenes de guerra y sus llamamientos a la expulsión de Rusia de la ONU, no se ha dejado torcer el brazo para apoyar la guerra geopolítica a pesar de que sus premisas

son contrarias a los intereses del pueblo ucraniano.

¿Podría la entrega de armas y la ayuda financiera a Ucrania tener un gran precio?

Hasta ahora, la guerra geopolítica se ha librado como una guerra de agresión ideológica respaldada por el suministro de armas y sanciones envolventes diseñadas para tener un gran efecto paralizante en Rusia. Esta táctica ha llevado a Putin a lanzar contraamenazas, incluyendo advertencias sobre la disposición de Rusia, bajo ciertas condiciones, a recurrir a las armas nucleares. Esta normalización del peligro nuclear es en sí misma un hecho amenazador en el contexto de un líder autocrático acorralado.

El planteamiento de Estados Unidos, aunque es consciente de los peligros de escalada y ha tomado medidas hasta ahora para evitar la implicación militar directa en favor de Ucrania, no muestra ninguna prisa por poner fin a los combates, pues parece creer que Rusia ya está sufriendo las consecuencias de haber subestimado en gran medida la voluntad y la capacidad de resistencia ucranianas, y se verá obligada a reconocer una derrota humillante si la guerra continúa, lo que tendría el beneficio estratégico, además de otros incentivos, de disuadir a China de alinearse con Rusia en el futuro.

Además, los arquitectos occidentales de esta guerra geopolítica con Rusia parecen evaluar las ganancias y las pérdidas a través de una óptica militarista, siendo manifiestamente insensibles a sus desastrosos efectos económicos indirectos, especialmente pronunciados en relación con la seguridad alimentaria y energética en las condiciones ya extremadamente estresantes de Oriente Medio, África y Asia Central, e incluso Europa. Como sostiene Fred Bergsten, la estabilidad general de la economía mundial también corre un gran riesgo a menos que Estados Unidos y China superen su propia relación tensa, y lleguen a comprender que su cooperación es el único freno a un colapso económico mundial profundo, costoso y prolongado.

La guerra geopolítica también distrae la atención de la urgente agenda del cambio climático, especialmente a la luz de los recientes indicadores de calentamiento global que hacen que los expertos en clima se alarmen aún más. Otros asuntos de interés mundial, como la migración, la biodiversidad, la pobreza y el apartheid, están siendo relegados de nuevo a un segundo plano en los desafíos políticos mundiales, mientras que el juego sociopático de la ruleta del Armagedón se juega sin tener en cuenta el bienestar y la supervivencia de las especies, continuando la imprudencia letal que comenzó el día en que se lanzó la bomba sobre Hiroshima hace más de 75 años.

Para concluir, la pregunta «¿por qué Ucrania?» exige respuestas. La respuesta

estándar de racismo inverso, hipocresía moral y control narrativo occidental no es errónea, pero sí significativamente incompleta si no incluye la guerra geopolítica que, aunque no sea ahora directamente responsable del sufrimiento ucraniano, es desde otras perspectivas más peligrosa y destructiva que esa horrible guerra tradicional. Esta guerra geopolítica de «mala» elección se libra ahora principalmente por medio de propaganda hostil, pero también de armas y suministros, mientras no se mata directamente fuera de Ucrania.

Esta segunda guerra, tan raramente identificada y mucho menos evaluada, está amenazando irresponsablemente el bienestar de decenas de millones de civiles en todo el mundo mientras los traficantes de armas, las empresas de construcción postconflicto y los militaristas civiles y uniformados se regocijan. Para ser provocador, diría que es hora de que el movimiento pacifista se asegure de que Estados Unidos pierda esta guerra geopolítica. Ganarla, incluso persistir en ella, constituiría un grave «crimen geopolítico».

[Fuente: [Rebelión](#). Richard Falk es profesor emérito de Derecho Internacional Albert G. Milbank en la Universidad de Princeton e investigador del Centro Orfalea de Estudios Globales. También fue Relator Especial de las Naciones Unidas sobre los derechos humanos de los palestinos. Este artículo apareció inicialmente en su [blog](#). Editado por [CSCA](#)]

19/4/2022

Suzi Weissman

«La guerra trata de devolver la legitimidad interna al régimen de Putin. Todo lo demás es mentira»

Boris Kagarlitsky es profesor de sociología en la Escuela de Ciencias Económicas y Sociales de Moscú, exdirector del Instituto para la Globalización y los Movimientos Sociales y editor de *Rabkor* ("Correspondencia de los Trabajadores"). Veterano activista, es autor de muchos libros, incluidos *Russia from Yeltsin to Putin*, *Empire of the Periphery*, *Russia in the World System* y *The Revolt of the Middle Class*. En 1988 ganó el Premio Deutscher por su libro *The Thinking Read: Intellectuals in the Soviet State*. El 22 de marzo, [Suzi Weissman habló con Kagarlitsky para Jacobin Radio](#).

* * *

¿Cuáles cree que eran los objetivos de Putin al comenzar la guerra? ¿Cuáles

fueron las presiones internas y las limitaciones económicas? Casi todos los que estudiamos Rusia pensamos que estaba concentrando tropas pero que algo sucedería y él retrocedería. Fue un shock impensable que invadiera Ucrania.

Debo confesar que tampoco creía que fuera a invadir, pero sí esperaba una especie de guerra simulada donde habría algunos combates. Pensé que sería solo un poco en la frontera de Donetsk y luego habría un anuncio de victoria. Esa habría sido la solución para Putin. La guerra solo puede explicarse a través de la política interna rusa. No tiene significado internacional.

Desde el principio todo el mundo estaba seguro de que no iba a empezar la guerra. Rusia no tiene los recursos: no tiene suficientes tropas, suficientes armas e incluso suficientes suministros, incluida la comida necesaria para alimentar a los soldados. El ejército no estaba preparado para la guerra. El presupuesto militar es enorme, pero todo fue robado.

Solo para darte un ejemplo, cuando algunos soldados rusos fueron hechos prisioneros en Ucrania, confesaron que tenían raciones de comida, pero que expiraron en 2015. Durante ocho años, se habían robado todas las raciones. Eso te da el nivel de extensión de la corrupción rusa.

Esperaba que la corrupción ucraniana estuviera más o menos al mismo nivel. Pero curiosamente, el gobierno ruso demostró ser aún más corrupto. Y esa es una de las razones por las que los ucranianos están ganando. Y están ganando.

Todo el mundo habla de cómo la "reforma" de las pensiones fue un momento clave que puso a la población en contra de Putin.

El Estado ha robado los recursos de la gente. Los ahorros de las pensiones en realidad fueron robados. La gente ahora tiene que trabajar cinco años más para recibir sus pensiones, que son más bajas. Fue un gran robo, y todos en el país entendieron que era un robo. Es muy importante que fuera tan impopular.

Putin trató de jugar un truco simple: el gobierno era el responsable y él estaba fuera del proceso. Fingiendo que era como una reina británica que no tenía nada que ver con eso, tuvo que intervenir personalmente. Como resultado, su popularidad se derrumbó. Está acabada y no hay manera de reconstruirla.

Pero esta gente se va a quedar en el poder. Ni siquiera piensan en una rotación de personal, y mucho menos imaginan un cambio político. Esperan estar en el poder al menos otros 12 o 15 años.

Necesitaban algún tipo de legitimación porque perdieron totalmente la legitimidad. La guerra trata de devolver la legitimidad interna al régimen. De eso se trata la guerra. Todo lo demás es mentira, todo lo demás es solo una hoja de parra.

Creo que calcularon mal. En primer lugar, no tenían un objetivo claro para la guerra. Incluso cuando le preguntas a los funcionarios cuál es el objetivo, no pueden explicarlo. ¿Es para conquistar toda Ucrania y poner su gobierno títere? ¿Es para expandir el territorio de Donetsk y Lugansk, convertirlos en territorio ruso u obligar a Ucrania a reconocer la anexión de Crimea? Cambian las explicaciones una y otra vez.

¿Restauración del Imperio?

Cuando leí el discurso de Putin pensé que estaba completamente trastornado cuando, antes de la guerra, habló de restaurar la grandeza de Rusia. Este es el mismo discurso en el que negó que los ucranianos sean diferentes de los rusos y, en cualquier caso, Ucrania fue una invención de Lenin y los bolcheviques. Mucha gente dice que lo que Putin está tratando de lograr es la restauración de Rusia como potencia mundial.

Hasta cierto punto ese es el tipo de ideología que tienen. Pero ¿qué significa eso? Parece que los políticos rusos quedaron muy impresionados con el “Make America Great Again” de Donald Trump.

Así que es muy parecido a “Hacer que Rusia vuelva a ser grande”. Pero al menos Trump tenía una idea de los dorados años 60 y 70, la época de la dominación estadounidense, cuando era próspera y su industria era significativa. Es una especie de momento utópico del capitalismo industrial del bienestar, pero sin el bienestar.

Putin está intentando hacer lo mismo con los recuerdos de la Unión Soviética. Y hasta cierto punto del imperio ruso. Pero no funciona porque son sociedades muy diferentes. Estos son países muy diferentes y psiques colectivas muy diferentes.

En cierto modo, este momento es muy similar a la Primera Guerra Mundial, que también fue parte de la crisis del sistema imperialista capitalista liberal. En ese sentido, es una guerra capitalista. Pero incluso antes de que la guerra de Putin fracasara militarmente, fracasó como operación de relaciones públicas.

Con 100% de certeza, supuestamente iba a durar de tres a cinco, tal vez diez días. Diez días era el peor de los escenarios: diez días se consideraban una

pesadilla porque el ejército no tenía recursos para diez días.

En 2014, cuando Rusia anexionó Crimea, fue extremadamente popular y no solo porque los rusos sintieran nostalgia del imperio. Para nada. Crimea siempre se consideró parte de Rusia. La gente de Crimea siempre fue hostil al estado ucraniano. Siempre hubo intentos de separación. Y además, en 2014, no había un gobierno legítimo en Kiev.

En Kiev, con su mezcla de golpe de Estado y rebelión, el gobierno ya no tenía legitimidad. En ese momento, Crimea se rebeló. Hubo una rebelión, una revuelta del pueblo. Entonces los rusos intervinieron y anexionaron el territorio, pero con un tremendo apoyo popular sobre el terreno.

Luego, Donetsk y Lugansk intentaron hacer lo mismo y no obtuvieron suficiente apoyo de Rusia. Rusia los apoyó políticamente y, hasta cierto punto, militarmente, pero no fueron anexionados. La gente esperaba y quería ser anexionada.

Hubo un equipo en el este de Ucrania el verano pasado y le preguntaron a la gente en el Donbás qué querían. Respondieron que no querían la independencia porque pensaban que sus líderes eran corruptos. No querían estar en Ucrania porque decían que los líderes ucranianos eran corruptos. Pero dijeron que preferirían ser parte de Rusia.

Algunas personas me preguntan, ¿por qué apoya a Crimea y Donetsk en 2014? ¿Por qué no apoya la invasión a Ucrania?

Pero la gente en Ucrania no quiere ser parte de Rusia. Los ciudadanos ucranianos han demostrado que no quieren ser parte de Rusia. Apoyamos la autodeterminación, apoyamos las decisiones democráticas. Apoyamos a las personas en su derecho a decidir a quién quieren pertenecer.

Pero los ocho años de gobierno indirecto ruso en Donbás fueron un tremendo fracaso. Y la gente en Donbás se sintió muy confundida y frustrada. Muchos de ellos están muy descontentos con lo que está haciendo Rusia, dada la situación dentro de Ucrania, incluso en las regiones occidentales de Donbás que están bajo control ucraniano.

Vemos que la gente allí ahora está en silencio o está contraatacando cuando las tropas rusas invaden. Hay una desilusión total con el gobierno ruso.

Conozco a bastantes personas que estuvieron activas en Donbás y Odesa en 2014. Ahora se oponen pacíficamente a la guerra o se unen a la llamada defensa territorial, una especie de milicia. Bastantes izquierdistas y

anarquistas se unieron a las milicias. ¿Por qué? No porque estuvieran contentos con lo que estaba pasando en Ucrania, sino porque alguien estaba invadiendo su país.

Putin quería hacer una nueva versión del llamado Consenso de Crimea, volver a la situación de 2014, restaurar su popularidad y reproducir el mismo tipo de entusiasmo. No funcionó así.

En realidad, está haciendo una nueva versión de la Guerra de Crimea del siglo XIX, que fue una gran derrota del imperio ruso. Por lo general, es muy raro hacer bien una nueva versión de una película. En política, es aún peor.

La gente en Rusia también quedó muy impresionada por el levantamiento democrático y obrero en Kazajstán. Ahora Kazajstán está pasando por un lento pero serio proceso de democratización. Por primera vez en muchos años, el movimiento obrero se está convirtiendo en una fuerza importante, la fuerza impulsora del proceso de democratización en Kazajstán. Es muy interesante y muy emocionante.

La situación en Rusia es muy compleja. El país está increíblemente dividido, mientras que Ucrania se ha unido. Hay algunos que son muy dependientes de la propaganda televisiva, especialmente los ancianos. Pero los jóvenes son gente de Internet con una visión totalmente diferente. Se reflejan dos realidades diferentes.

¿Las divisiones se basan en la clase o es realmente solo el acceso a la información?

No hay señales de que la clase obrera apoye la guerra. Pero la clase obrera rusa es débil, derrotada por una enorme desindustrialización. La burocracia rusa es enorme; se pone del lado del gobierno sin importar lo que haga. Si mañana tenemos un gobierno diferente, esta gente inmediatamente se pondrá del lado del nuevo gobierno. Todas estas personas eran comunistas. Luego se hicieron liberales, luego se convirtieron en buenos patriotas.

Si es necesario, volverán a ser comunistas o lo que sea. Liberales o fascistas, da igual. Pero lo que realmente asusta a bastantes personas es la tendencia, especialmente fuera de Moscú, que puede describirse como una especie de práctica política fascista.

No se trata sólo de represión. Se trata de organizar a la gente, hacerla manifestarse en apoyo al gobierno. Se ven obligados a participar en mítines cuando no quieren ir. Se enfrentan a ser castigados si no van, se enfrentan al castigo si no levantan la mano a favor de la resolución que apoya la guerra.

Este tipo de propaganda es mucho peor que la que recibimos en la televisión. Tienes a todos estos entusiastas locales que en realidad están promoviendo el fascismo ruso. Es un fascismo muy al estilo de Mussolini, un racismo muy extraño porque se trata de rusos contra ucranianos. Dicen que los ucranianos son biológicamente diferentes a nosotros.

Pero al mismo tiempo niegan que los ucranianos sean una nación. ¿No es bastante contradictorio?

Está lleno de contradicciones, cada línea contradice a otra línea. Pero lo importante es el tipo de emoción que están promoviendo. Es odio, es confusión y subordinación.

Algunas personas dicen, oh, era así en la Unión Soviética. No fue así en la Unión Soviética porque en la Unión Soviética al menos había algún tipo de ideología, algún tipo de práctica social y política.

No sé. Yo no viví bajo Stalin. La Unión Soviética que recuerdo era cínica en un sentido sensato. Es decir, se mantenían algunos rituales pero la gente era cínica al respecto; eran rituales religiosos que son solo parte de la vida. Ahora quieren que la gente se entusiasme. Si no eres entusiasta, serás severamente castigado.

Se está imponiendo una especie de dictadura sobre las emociones. Conozco bastantes personas que viven en Moscú porque allí no funciona así. En Moscú, en Leningrado (San Petersburgo), en Irkutsk, en Krasnoyarsk, en Yakutia la reacción contra la protesta es intensa. Lo sientes en la calle.

Pero en los pueblos pequeños y en las ciudades medianas es muy diferente. Y hay gente que está un poco en contra de la guerra. Están muy aislados y tienen miedo. Tienen mucho miedo porque viven bajo una presión permanente de que les va a pasar algo.

Las personas mayores que solo conocen la guerra a través de la televisión, ¿tienen parientes ucranianos con los que hablan o hijos, hermanos o nietos que están luchando? ¿Durará la farsa de que esto es solo una "operación militar" y no una guerra total? En algún momento la realidad se entromete, ¿no es así?

Creo que estamos muy cerca de este momento en que la realidad se entromete incluso en el mundo de la televisión. Pero desafortunadamente, odio decirlo, mucho depende de la derrota de las tropas en el terreno. No quiero que mueran soldados rusos, pero, lamentablemente, la derrota sobre el terreno obliga a cambiar la opinión pública. Eso es lo que está pasando.

Muchos soldados ni siquiera sabían que iban a la guerra. Les dijeron que era un ejercicio militar. Cuando los prisioneros de guerra rusos en Ucrania intentaron llamar a sus esposas o a sus madres e informarles lo que estaba pasando, sus familiares tenían miedo de contárselo a otros.

Las tropas rusas provienen de pequeños pueblos y ciudades provinciales. Aunque tenemos un servicio militar obligatorio, en la práctica la gente joven de Moscú o Leningrado (San Petersburgo) no suele servir. Los soldados son de familias más pobres, de lugares menos desarrollados. La moral de las tropas rusas es muy baja por lo que sabemos. Pero la mayoría de los informes provienen del lado ucraniano.

Sabemos que las tropas no están adecuadamente abastecidas y no están motivadas. Además, parece que las estructuras de mando y control están desorganizadas. Están tratando de hacer la guerra de la misma manera que se luchó en 1914 o al menos en 1945.

Se están utilizando concentraciones de tanques con infantería, mientras que los ucranianos están librando una guerra de alta tecnología con drones y misiles antitanque. Por eso sufren menos pérdidas. El ejército ruso también tiene estas armas, pero no sabe cómo usarlas.

Crisis económica y el futuro

¿Cuál es el impacto que tendrán las sanciones? El error de cálculo de Putin fue tan grande que casi todo lo que deseó, se cumplió al revés. Ahora ha sido derrotado militarmente y también su proyecto político. ¿Qué significa esto? ¿Putin se verá obligado a dimitir? ¿Cómo acaba esto?

La economía rusa depende más de las importaciones que hace diez años. Putin dijo que ya no íbamos a comprar coches extranjeros: construiríamos los nuestros.

¿Qué hicieron? Establecieron una línea de ensamblaje que fabrica automóviles hechos de componentes que se envían desde el exterior. Una vez que los componentes dejan de llegar, la industria se detiene inmediatamente. Solo el 15% de los componentes necesarios para la fabricación se producen en Rusia.

Así que la economía se está desplomando. Es absolutamente terrible. Algunas cosas se pueden hacer localmente, pero en general nos enfrentamos a un enorme colapso económico, y afectará a todos los ámbitos de la vida, a todas las familias, a cada casa.

Golpeará a aquellas personas que ahora apoyan a Putin en las ciudades más

pequeñas. En ciudades más grandes como Moscú, San Petersburgo, Irkutsk o Krasnoyarsk hay mejores posibilidades de supervivencia.

Creo que los militares ya entienden en qué tipo de lío estamos. ¿Cómo acabará esto? Definitivamente tenemos que pasar por algún tipo de cambio político. ¿Cómo va a suceder? No lo sé, porque no va a suceder de abajo hacia arriba. Si comienza con algún tipo de golpe de estado o alguien obligando a Putin a renunciar, tendrán que abrir el sistema.

Necesitaríamos medidas radicales para limpiar el desorden. Algunos economistas liberales comenzaron a entrar en pánico, diciendo que el tipo de situación económica que enfrentamos está creando la posibilidad o incluso la necesidad de que la izquierda llegue al poder, que solo la izquierda tiene ideas sobre qué hacer cuando la economía de mercado colapsa.

¿La izquierda está preparada? No tenemos ningún partido, ni siquiera un Partido Socialista propiamente dicho. El Partido Comunista de la Federación Rusa respalda la guerra. Pero al menos hay algunos disidentes o semidisidentes.

Al mismo tiempo, tenemos muchos movimientos. Tenemos muchos movimientos izquierdistas, anarquistas y socialdemócratas y comunistas radicales. Tenemos un ambiente intelectual muy bueno para la izquierda.

Realmente tenemos esta gente y estas corrientes. ¿Qué sucederá si tenemos una oportunidad política? Tenemos que unir estas fuerzas y formar algún tipo de coalición y tratar de disputar el poder.

[Fuente: [Ctxt](#). Boris Kagarlitsky es profesor de Sociología en la Escuela de Ciencias Económicas y Sociales de Moscú, además de exdirector del Instituto para la Globalización y los Movimientos Sociales y editor de la revista *Rabkor*. Esta entrevista fue originalmente publicada en [Against the Current](#) y traducida por Enrique García para [SinPermiso](#)]

26/4/2022

Carme Suñé

Primera Conferencia de Estados Parte del TPAN

Una nueva oportunidad para que España muestre su compromiso por el desarme nuclear

Después de varios aplazamientos, la primera Conferencia de Estados Parte del Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares (TPAN) tendrá lugar en Viena del 21 al 23 de junio de 2022. La coyuntura actual provocada por la situación de guerra en Ucrania y la amenaza por parte del gobierno ruso de utilizar armas nucleares convierte esta conferencia en el único encuentro multilateral para avanzar hacia un desarme nuclear, que hoy se demuestra más urgente que nunca. La amenaza de Rusia, además de ser una gran irresponsabilidad, pone de manifiesto la peligrosidad y precariedad de la idea de la disuasión nuclear. La capacidad destructiva del arsenal nuclear existente exige un cambio fundamental en las relaciones entre potencias nucleares y un primer paso significativo sería su asistencia como observadores a la Conferencia de Viena.

Este encuentro quiere poner el foco en las devastadoras consecuencias humanitarias del uso de las armas nucleares y por ello se ha fijado como objetivos principales la implementación de las obligaciones positivas que recoge el tratado y que desgranar los artículos 6 (asistencia a las víctimas y reparación medioambiental), 7 (cooperación y asistencia internacional) y 12 (universalización del tratado). La conferencia ofrece una oportunidad para que la asistencia a las víctimas se considere una prioridad central de este tratado de desarme humanitario, así como la reparación medioambiental de las zonas afectadas por el uso de armamento nuclear y la necesaria cooperación y asistencia internacional para poder implementar ambas obligaciones.

Las obligaciones positivas son centrales para conseguir los objetivos humanitarios del tratado y pretenden abordar el daño causado por el uso y los ensayos con armas nucleares que se han realizado en el pasado, así como prevenir cualquier daño en el futuro. Los estados miembros del TPAN se comprometen a asistir a las víctimas que se encuentren bajo su jurisdicción y a reparar el daño de las zonas contaminadas de sus respectivos países. La consecución de dichos objetivos humanitarios solamente será posible con la cooperación de todos los estados miembros. De esta manera cada estado tiene el derecho a buscar y recibir la ayuda necesaria por parte de otros estados miembros del tratado, y los países que estén en posición de hacerlo deben facilitar la asistencia técnica, material y económica necesaria a los estados miembros afectados por el uso de las armas nucleares.

La implementación de las provisiones recogidas en los artículos 6 y 7 del Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares adquirirá la relevancia necesaria si en la conferencia los estados miembros exhortan a la participación activa de todos los países, de las organizaciones internacionales, de grupos de la sociedad civil y de las comunidades afectadas por el armamento nuclear. Es necesario escuchar todas las voces para que en las conclusiones de la conferencia los estados miembros puedan adoptar un

informe final, una declaración y sobre todo un plan de acción para la puesta en marcha de las obligaciones positivas del tratado.

La conferencia de Viena también tiene como objetivo la universalización del TPN, es decir conseguir aumentar el número de países que se adhieran al mismo. Para los colectivos de la sociedad civil que forman parte de la Campaña Internacional para la Abolición de las Armas Nucleares (ICAN) la universalización del tratado debe ser una prioridad de la conferencia. A día de hoy un total de 60 estados lo han firmado y ratificado y, aunque al menos 138 países han manifestado su apoyo al TPN, ICAN considera una prioridad que los estados que se han adherido al tratado animen a otros a hacer lo mismo. La universalización lleva implícita una serie de acciones por parte de los estados miembros que se deben llevar a cabo en distintos foros además de la conferencia. Estos incluyen las Naciones Unidas, foros regionales, acuerdos bilaterales y los contextos nacionales.

La conferencia de Viena supone el inicio del despliegue del TPN y todos los países, pero muy especialmente aquellos que poseen o albergan armas nucleares y aquellos miembros de alianzas que mantienen la disuasión nuclear como estrategia para garantizar la seguridad planetaria, deberían comprometerse con los objetivos de desarme humanitario del Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares y asistir a la conferencia de Viena como observadores.

La campaña ICAN se felicitó al conocer hace unos meses que Noruega y Alemania, miembros de la OTAN, decidieran participar. A día de hoy, el Estado español no ha dado respuesta a las múltiples peticiones que, por parte de las campañas locales, nacionales e internacionales, le han llegado para que acepte la invitación expresa del secretario general de las Naciones Unidas, Antonio Guterres, y participe en Viena como estado observador. La situación provocada por la invasión de Ucrania y el peligro real que supone poner en alerta el arsenal nuclear debería ser razón suficiente para que el gobierno español abandone la creencia que la disuasión nuclear es la garante de nuestra seguridad y apueste claramente por el desarme acudiendo a la conferencia de Viena como estado observador.

El Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares es una realidad que incomoda a los países poseedores de estas armas de destrucción masiva y a la mayoría de estados miembros de la OTAN porque significa un cambio de paradigma sobre cómo garantizar la seguridad global. El nuevo enfoque humanitario supone desterrar la disuasión nuclear como estrategia securitaria y poner la vida y el bienestar de las personas y del planeta como la razón urgente para el desarme nuclear. Conscientes que la carrera nuclear es una carrera que no se puede ganar, cada día son más los países que abrazan este

nuevo paradigma que supone la adhesión al TPAN. España debe seguir el ejemplo de estos países y comprometerse en el camino hacia la paz, la seguridad humana y el desarme que implica la adhesión al TPAN.

[Esta publicación forma parte de la campaña "10 Razones para firmar el TPAN", que une a entidades de la sociedad civil a nivel estatal con el objetivo de que España se adhiera al Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares (TPAN), que entró en vigor el 22 de enero de 2021. Carme Suñé es presidenta de FundiPau]

[Fuente: [Público](#)]

22/4/2022

Fernando Valladares **La rebelión de la ciencia**

John Kennedy Toole recurrió a la ironía y al humor para relatar una tragedia en su única y brillante novela [La conjura de los necios](#). Su protagonista, Ignatius Reilly, fue en cierto modo un reflejo del escritor y de las miserias de una sociedad egoísta y esclava de sus deseos. Poco experto en materia de agitación social, Ignatius tuvo que aprender de su alter ego Myrna Minkoff cómo organizar una rebelión contra el sistema.

En pleno siglo XXI, los científicos y científicas del clima, poco duchos en activismo y revolución, se encomiendan de la mano de movimientos modernos a la rebelión contra una sociedad que no acaba de ver la ruta de autodestrucción en la que se afana día a día.

La rebelión de la comunidad científica se apoya en una cruda realidad: la ciencia del cambio climático no es escuchada. Ha dado lugar a [reportajes](#) y películas [asombrosas](#), [provocadoras](#) e [incluso taquilleras](#). Pero no nos engañemos. Quienes investigamos las causas y las consecuencias del cambio climático y las medidas que hay a nuestro alcance para atajarlo no hemos sido escuchados. O si alguien nos ha escuchado, desde luego no ha servido para mucho.

[Seguimos incrementando](#) (y no reduciendo) la emisión de gases de efecto invernadero. Apenas la covid-19 supuso [una relativa y muy breve desaceleración](#) en estas emisiones.

Cambio de tercio en la comunidad científica

Dado que el lenguaje científico sobre el clima no se traduce en acciones significativas, ha llegado el momento de probar otros lenguajes. Y precisamente eso es lo que se ha planeado para la segunda semana de abril de 2022 por científicos de todo el mundo aliados con diversas organizaciones ambientalistas, como Extinction Rebellion.

Del 4 al 9 de abril de 2022 tendrá lugar la primera acción de desobediencia civil pacífica coordinada internacionalmente por miembros de la comunidad científica. Una semana que fue precedida por numerosos anuncios en redes sociales y en los medios de comunicación y el planteamiento de un [manifiesto contra la inacción climática](#) que ya cuenta con numerosas adhesiones. Algunas de las reflexiones que siguen recogen las principales pautas de este llamamiento colectivo y se suman a su compromiso.

Esta semana de acciones y protestas se ha programado para coincidir con la publicación de la tercera parte del sexto informe del IPCC. [La segunda parte](#) quedó completamente tapada por la invasión de Ucrania por el ejército ruso, ocurrida en el mismísimo día de su publicación. Una tremenda paradoja, porque ambas catástrofes, la invasión de Ucrania y el cambio climático, [tienen el mismo origen](#). Es paradójico también porque, de haberse hecho los deberes planteados desde la ciencia para la transición energética, el conflicto no hubiera llegado a ser bélico.

La comunidad científica hemos alimentado con nuestros estudios e informes a toda una generación de jóvenes activistas que han entendido lo suficiente de nuestro mensaje para ponerse en pie por el planeta.

Pero no podemos dejar que la sociedad relacione la lucha contra el cambio climático solamente con jóvenes ambientalistas. Ellos han bebido de nuestros estudios y lo que dicen se apoya en la mejor de las ciencias. Es ineludible que científicos y ambientalistas vayamos juntos en esta rebelión. [La ciencia sin activismo es impotente](#) y el activismo sin ciencia no tiene precisión en sus reivindicaciones.

Un mensaje cada vez más claro

Ante la inacción social y política, hay muchos científicos que se desmotivan, desalentados al ver que sus conferencias y sus entrevistas son una versión moderna de los profetas predicando en el desierto.

Sin embargo, cada vez hay más científicos que se reinventan para hacerse oír ante la crisis climática. El propio IPCC ha cambiado de tono [en su sexto informe](#) publicado en tres partes entre agosto de 2021 y abril de 2022. Emplea un nuevo lenguaje, más áspero, y que deja mucho menos margen

para dudas o interpretaciones.

Las [incertidumbres de la ciencia](#) han empañado históricamente la claridad del mensaje climático para los ojos de la sociedad y los responsables políticos, siempre anhelantes de certezas y, por tanto, muy poco habituados a gestionar riesgos y probabilidades.

En el nuevo informe se ha matizado la sempiterna prudencia científica de mantenerse al margen de conclusiones o recomendaciones que puedan desafiar ideologías imperantes, programas económicos o estrategias políticas.

La ciencia, organizada a través del IPCC, se ofreció siempre a asesorar apartándose de cuestiones política o económicamente escabrosas. Sin embargo, la diplomacia, emanada de las Naciones Unidas que creó este panel de expertos en 1988, se ha relegado a un segundo lugar. La razón no es otra que la escasa efectividad práctica de los extensos y sesudos informes previos.

La comunidad científica está tan desconcertada ante la situación que algunos, como el profesor Bruce Glavovic, de la Universidad Massey de Nueva Zelanda y coordinador del II capítulo del IPCC, han hecho [un llamamiento](#) a toda la comunidad científica para dejar de producir informes hasta que los Gobiernos cumplan con su responsabilidad y movilicen una acción coordinada desde el nivel local al global. Su propuesta es que los científicos establezcamos una moratoria en la investigación sobre el cambio climático como medio para exponer primero, y renegociar después, el contrato roto entre la ciencia y la sociedad.

No es tanto que los científicos y científicas relacionados con el cambio climático estemos enfadados porque nuestras conclusiones no se pongan en práctica. Es más una cuestión de que estamos realmente preocupados de que esté ocurriendo tal cosa. Una preocupación que deriva en [trastornos de ansiedad y estrés](#) que [afectan a millones de personas \(especialmente jóvenes\)](#) en todo el mundo.

Avisos ignorados

El sexto informe del IPCC tenía como meta analizar los progresos realizados para mantener el calentamiento global muy por debajo de 2 °C respecto a la era preindustrial y, al mismo tiempo, continuar los esfuerzos para limitar el aumento de la temperatura a 1,5 °C, tal como se acordó en París en la cumbre del clima de 2015.

Ahora, el IPCC [y varios nuevos estudios](#) confirman y precisan lo que nos temíamos: no rebasar 1,5 °C de calentamiento es matemáticamente posible

pero sumamente improbable, y no rebasar los 2 °C requiere un esfuerzo global que de momento no se está produciendo.

Las gotas frías, los huracanes, las nevadas extraordinarias, las lluvias torrenciales, las sequías extremas, las olas de calor inusuales y los megaincendios se multiplican y aceleran. En España, un 75 % del territorio está ya en alto riesgo de desertificación. Y la ciencia comienza a comprender la gravedad de una docena de [puntos climáticos de inflexión o de no retorno](#) que se han activado por la acción humana.

Los avisos de la comunidad científica sobre el rumbo de colapso que lleva nuestra civilización han sido muchos. Quizá el [informe Meadows](#) encargado al Massachusetts Institute of Technology por el Club de Roma hace medio siglo fue uno de los avisos pioneros más destacables. Vendrían [bastantes avisos más](#). Desde hace años, el [reloj del apocalipsis](#) incorpora al cambio climático como uno de los riesgos principales para la humanidad.

En 2019, las evidencias científicas de la amenaza para la supervivencia de la humanidad y de un colapso global del sistema de la vida en la Tierra llevaron a 11 000 personas de la comunidad científica a lanzar [una alerta pública](#) de emergencia climática, dirigida a todos los Gobiernos del planeta.

La realidad climática vs. los intereses económicos

En el primer capítulo del sexto informe del [IPCC](#) se muestra con claridad que para limitar el calentamiento global a 1,5 °C se necesitan transiciones socioeconómicas rápidas y de gran alcance, particularmente en los sistemas energético, terrestre, urbano y de infraestructuras (incluido el transporte y los edificios) e industrial.

Tales transiciones no tienen precedentes en lo que a escala se refiere e implican profundas reducciones en las emisiones en todos los sectores, la puesta en marcha de un amplio conjunto de opciones de mitigación y el incremento sustancial de las inversiones en estas opciones.

Pero la realidad es que estas transiciones rápidas que demanda la ciencia y que son tan factibles como urgentes no se están realizando. Los Gobiernos siguen subvencionando con dinero público la industria de los combustibles fósiles y numerosas actividades que dañan tanto el medioambiente como la salud humana.

Las entidades bancarias [financian el cambio climático y la degradación ambiental](#) a pesar de organizarse en redes como la Alianza Financiera de Glasgow para el Cero Neto (GFANZ) para, en teoría, hacer justo lo contrario.

Solo 11 de las 30 mayores empresas financieras que cotizan en bolsa han fijado objetivos fiables para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, según los investigadores del clima de InfluenceMap.

Las entidades bancarias y grandes grupos industriales y empresariales mantienen fuertes medidas de coacción y presión a los Gobiernos y a las instituciones oficiales nacionales e internacionales, incluyendo las cumbres del clima auspiciadas por las Naciones Unidas, [para impedir o ralentizar medidas eficaces](#) para la reducción de emisiones.

Como prueba de esta gran hipocresía, gobiernos como el de Alemania y el de Francia han sido condenados por sus respectivas cortes constitucionales por [inacción climática](#) y en España se está tramitando actualmente una querrela climática contra el Estado.

A tiempo para cambiar de rumbo

Ignorar el principio de precaución y no reconocer que el crecimiento infinito en un planeta con recursos finitos es, como dijo el secretario de las naciones Unidas António Guterres, una senda suicida para la humanidad.

Los objetivos actuales de crecimiento defendidos por los poderes económicos están en contradicción directa con la reducción de los impactos ambientales por debajo de los umbrales de [los límites planetarios](#). Hay propuestas económicas alternativas en las que se plantea un [cambio radical de modelo productivo](#) que deben ser puestas en marcha globalmente, y no solo en algunas ciudades a modo de ensayo, para limitar el aumento de temperatura.

Los cambios de consumo individual no bastan y hace falta una transformación profunda y rápida del conjunto del sistema productivo, acompañada de una transición justa para los colectivos más vulnerables.

La gobernanza necesaria para hacer realidad este objetivo está orientada hacia la innovación social y la creación de nuevas instituciones que permitan garantizar la participación real de la ciudadanía y la democratización efectiva de la acción climática.

Las asambleas ciudadanas para luchar contra el cambio climático como las organizadas en [Francia](#) y el [Reino Unido](#), y actualmente [en desarrollo en España](#), son un ingrediente nuevo y estimulante en esta dirección.

Toca construir ahora nuevos derechos, nuevas economías y nuevas instituciones para una [democracia por la Tierra](#). Las recomendaciones consensuadas de la comunidad científica deben convertirse en objetivos

vinculantes, con mecanismos institucionales que garanticen la participación real de la ciudadanía, como prevé [el convenio europeo de Aarhus](#) desde 2005.

John Kennedy Toole recurrió al humor para abordar la tragedia y su personaje acudió a la agitación social para cambiar lo intolerable. La comunidad científica ensaya la rebelión tras el fracaso de los procesos de información y asesoramiento en materia climática. No dudaremos en usar el humor para narrar la tragedia climática si hace falta. Pero Toole no vio publicada su obra, que obtuvo el premio Pulitzer en 1981 y fue un auténtico éxito mundial, porque se suicidó con apenas 31 años. Esperamos que las analogías terminen ahí y que ningún científico o científica llegue a cruzar esa tremenda línea roja.

Este artículo se publicó originalmente con el título ‘La rebelión de los científicos’ haciendo un guiño al libro de Toole de ‘La conjura de los necios’. Quienes lo leyeron inicialmente nos hicieron ver con acierto que el título dejaba fuera a la mitad de la comunidad científica por razones de género, lo cual no era, ni mucho menos, nuestra intención.

[Fuente: [The Conversation](#)]

3/4/2022

Agustín Moreno

Agua del grifo, por favor, y por derecho

El título de este artículo, “Agua de grifo, por favor”, es de una [campaña](#) que preparamos en 2019 y lanzamos en 2020 en Madrid diferentes organizaciones ecologistas, sociales, defensoras del agua y vecinales como un derecho humano. Las razones para defender el consumo de agua de grifo son poderosas. El agua es un recurso natural vital y un bien común. El agua, junto al saneamiento, son derechos humanos, según Naciones Unidas desde el 28 de julio de 2010, a través de la Resolución 664/292, y los poderes públicos deben garantizar su provisión a los ciudadanos. Debe ser gestionada con criterios de solidaridad y cooperación, acceso universal, equidad, control democrático y sostenibilidad medioambiental y social.

El neoliberalismo gestiona el agua con ánimo de lucro y la ha convertido en un gran negocio. Por ejemplo, una de sus manifestaciones es el agua embotellada. Es un negocio que vende más de 6.300 millones de litros al año en España. Se consigue con fuertes campañas publicitarias, a pesar de

producir numerosos residuos y otros impactos ambientales negativos, ser mucho más cara y menos segura. España es el cuarto país europeo en producción y el tercero en consumo de agua embotellada.

El Gobierno progresista de coalición de PSOE y Unidas Podemos ha impulsado la Ley 7/2022, de 9 de abril, de residuos y suelos contaminados para una economía circular. En ella se establece, en su artículo 18.3:

“Al objeto de reducir el consumo de envases de un solo uso, las administraciones públicas fomentarán el consumo de agua potable en sus dependencias y otros espacios públicos, mediante el uso de fuentes en condiciones que garanticen la higiene y la seguridad alimentaria o el uso de envases reutilizables (...). Con ese mismo objeto, en los establecimientos del sector de la hostelería y restauración se tendrá que ofrecer siempre a los consumidores, clientes o usuarios de sus servicios, la posibilidad de consumo de agua no envasada de manera gratuita y complementaria a la oferta del mismo establecimiento”.

Solo por evitar la generación de residuos plásticos derivados del agua embotellada ya se justifica esta ley. El 59% de los residuos plásticos generados en Europa son envases, según los datos de la Estrategia Europea para el plástico. En España son 3.500 millones de botellas de plástico al año y apenas se recicla el 25%.

Pero hay más ventajas sociales, económicas y ambientales que avalan el consumo de agua de grifo, empezando por su fiabilidad y calidad. El agua de grifo es más saludable y segura que la embotellada, sus controles se rigen por criterios de seguridad sanitaria, que son más exigentes que los del agua embotellada que se rigen por criterios alimentarios. Como ejemplo, el Canal de Isabel II de Madrid realiza un análisis del agua cada cinco segundos, el doble de lo que exige la ley. En España se cifra en un 99,5% del total, el agua de grifo que cumple con las garantías de calidad sanitaria. Sin embargo, un porcentaje muy alto del agua embotellada ha presentado [micropartículas de plástico perjudiciales para la salud que proceden del envase, del proceso de embotellamiento](#) y del tiempo de almacenamiento y exposición a la luz.

Además de las medidas concretas que se deben adoptar para la sostenibilidad medioambiental, hay que poner el contexto para valorar la importancia de las actuaciones y proteger un recurso estratégico como el agua. El último Informe del Panel de Naciones Unidas (IPCC) sobre el cambio climático del 4 de abril viene a advertirnos que se está agotando de manera dramática el tiempo para reaccionar: apenas ocho años para recortar un 43% los gases de efecto invernadero. Todas las medidas que podamos tomar serán pocas. En este sentido, el control público de los servicios de agua y saneamiento, permite

gestionar los recursos y ecosistemas hídricos de forma sostenible, teniendo en cuenta el interés general y los aspectos ambientales y sociales. El derecho humano al agua garantiza el acceso de todos los ciudadanos al agua de grifo, independientemente de su situación económica.

Sin embargo, el negocio privado del agua embotellada tiene como objetivo maximizar los beneficios, externalizando los impactos medioambientales. Desde la captación incontrolada de los recursos, el riesgo de sobre explotación de los acuíferos, la producción con controles diferentes a los exigidos para la potabilidad del agua, la distribución con la generación de gases de efecto invernadero y la utilización de envases, en una buena parte de plástico. El gran negocio del embotellamiento de agua produce millones de beneficios para las empresas transnacionales de la alimentación (Coca-Cola, Nestlé, Pepsico, Danone, Coca-Cola, Pascual, Vichy Catalán, etc.) que facturan en España más de mil millones de euros al año. Ello lo consiguen haciendo que el litro de agua embotellada sea, de media, 180 veces más cara si hablamos de agua embotellada consumida en el hogar y que en restaurantes puede llegar a ser 2.000 veces más cara. Esto no tiene nada que ver con el bien común. Se sobreexplotan los manantiales, que no deberían ser gestionados desde el punto de vista de la mercantilización y el negocio, en un escenario en el que el cambio climático nos acerca al colapso hídrico.

Podemos avanzar en el fomento del uso y consumo del agua de grifo; en la garantía del agua y el saneamiento como derechos humanos que son, en los espacios públicos con fuentes, surtidores de libre acceso, baños y servicios en las calles y espacios comunes, así como el establecimiento de una ley de Mínimo Vital que asegure a toda persona la disponibilidad de un mínimo vital de agua y la prohibición de cortes de suministro para hogares en condiciones de vulnerabilidad económica y social. La protección de los ecosistemas hídricos, esenciales para la vida deberían ser gestionados por las comunidades y las instituciones públicas con criterios de conservación ambiental, universalidad y equidad.

Pero valoremos lo que significa de modernización y avance esta ley que hará que bares, restaurantes y establecimientos hoteleros, dispongan en primer lugar de agua de grifo. Ello nos coloca al nivel de los países más desarrollados, de ciudades como París o Nueva York. Se ha acabado que en bares y restaurantes nos ofrezcan directamente agua embotellada por los enormes beneficios económicos que da la venta de este producto. Ahora sí podremos decir: ¡Agua de grifo, por favor! Y nos la pondrán, porque tienen la obligación legal de servirla, y como personas educadas que somos, daremos las gracias al restaurante y lo agradecerá el planeta.

Agustín Moreno

Revolta escolar o las calles para los niños

La revuelta escolar es un movimiento social que reúne beneficios tan importantes como proteger a la infancia y, a la vez, luchar contra el cambio climático. Hoy día es una de las iniciativas sociales más potentes en varias ciudades europeas y aquí en España especialmente en Barcelona y Madrid. El 6 de mayo las familias con sus hijos e hijas organizarán acciones y eventos para reclamar [Calles Abiertas Para La Infancia](#), es decir, entornos escolares seguros, aire limpio y autonomía infantil.

Tal y como propone el pedagogo Francesco Tonucci con su proyecto de [La ciudad para los niños](#), se trata es una nueva filosofía de gobierno de los espacios públicos, tomando a los niños como parámetro y garantía de las necesidades de todos los ciudadanos. Se trata de construir una ciudad diversa y mejor para todos, de manera que los niños y niñas desarrollen aspectos fundamentales en su vida: su autonomía y su participación.

La protección de los menores no sólo es responsabilidad de las familias sino también de las administraciones públicas y debe extenderse a los espacios que frecuentan. Las entradas y salidas de los colegios en las grandes ciudades se han convertido en lugares peligrosos o inadecuados, que dificultan la seguridad y la salubridad necesarias.

La omnipresencia de los automóviles en la ciudad aumenta el riesgo de accidentes y atropellos, y eleva el nivel de contaminación y de ruidos. Todo ello agudizado por la falta regulación de la movilidad, el incumplimiento de la velocidad máxima, la ausencia de aceras amplias o de pasos de peatones. Todos hemos visto a escolares sorteando coches aparcados en doble fila, junto las vallas de sus colegios y respirando sus humos para entrar. Hace falta una señalización como zona escolar que les proteja. La nula o insuficiente presencia de Policía Municipal dificulta el cumplimiento de las ordenanzas de movilidad. Cuando se hacen cumplir dichas normas, los estudios indican que se reduce la contaminación hasta un 23% y el número de niños que llegan en coche hasta un 54%.

Un [estudio de Mapfre de 2017](#), que realizó 3.000 mediciones de velocidad junto a parques y colegios, concluyó que excedían los límites de velocidad el 65% de los conductores, con el consiguiente riesgo de atropellos. [El proyecto Lobelia Air](#) ha realizado mediciones de la calidad del aire y concluye que el

38% de los centros educativos de infantil y primaria de Madrid registran una media anual horaria que superan los 40 microgramos por metro cúbico de dióxido de nitrógeno (NO₂), que es límite establecido por la Comisión Europea desde 2010. A la hora de la entrada en el colegio (nueve de la mañana), lo superan todos menos cinco centros.

Cada vez más estudios internacionales y nacionales llegan a la conclusión de que el aire contaminado es tóxico para el cerebro de los niños e influye negativamente en su capacidad cognitiva cuando está en pleno desarrollo. Estamos ante un problema serio y no solo de salud si, [como afirma Jordi Sunyer, del ISglobal](#) (NOTA 4): "*El deterioro de las funciones cognitivas tiene consecuencias para el rendimiento escolar*".

En Barcelona, después del atropello mortal de un niño en 2019, el Ayuntamiento puso en marcha un programa "Protegemos las escuelas" que ha transformado el entorno de un centenar de colegios quitando plazas de aparcamiento, peatonalizando calles, poniendo vallas y badenes. Tras el trágico accidente que provocó la muerte de una niña y heridas graves a otras dos niñas a la salida de un colegio de Fuencarral-El Pardo, el Ayuntamiento de Madrid ha anunciado la realización de actuaciones en los entornos de 218 centros educativos con un coste de 15 millones de euros. Es un primer paso gracias a la presión ciudadana.

Grandes ciudades europeas como París también han actuado en esta dirección, peatonalizando casi 200 calles. En Londres, en 2018, se implantaron medidas para reducir el tráfico de coches en los entornos escolares de 450 escuelas, impulsado por la iniciativa popular *School Streets*.

La Revuelta Escolar promueve considerar a los menores un colectivo especialmente protegido, y reivindica ordenanzas de movilidad sostenible que reduzcan los niveles de contaminación. Quiere que se aplique el concepto de "Calle Escolar", peatonalizando los entornos de los centros educativos, reduciendo el tráfico, ampliando las aceras, poniendo barreras y cuentan con la presencia de agentes de movilidad que aseguren su cumplimiento y acompañen, en su caso, a los niños y niñas.

Hay que priorizar la movilidad peatonal y ciclista en el entorno escolar, creando corredores de acceso libres de coches, y promoviendo zonas de encuentro y de juego en el espacio público próximo a los centros. Para ello, se precisa crear en los recintos educativos y en sus alrededores, de un espacio seguro para el aparcamiento de bicicletas, patines y patinetes, para incentivar la movilidad activa al centro. Hay que sustituir las zonas de aparcamiento que se encuentren dentro o fuera de los recintos escolares por áreas de juego y ajardinamiento. No tiene sentido suprimir plazas de aparcamiento para poner

terrazas y no hacerlo para aumentar los espacios para la infancia. Se pueden complementar estas propuestas con la organización de rutas de "Bicibus" para que niños y niñas vayan acompañados por sus familiares al colegio usando la bicicleta y otros medios de desplazamiento alternativo.

Una de las medidas más beneficiosa sería la escolarización de proximidad. El distrito escolar único aumenta el tráfico y la contaminación por el desplazamiento de escolares en autocares o coches particulares. Pensemos en Alemania, Francia o países nórdicos, donde cada niño o niña llega andando a su colegio desde casa. Y reflexionemos sobre el tiempo perdido y el cansancio que acumulan las criaturas que diariamente hacen muchos kilómetros para llegar a centros alejados de sus barrios.

Por último, para actuar de forma sistémica, se debe trabajar en los colegios el concepto de patios inclusivos. Es decir, respetando la diversidad de todos. El otro día lo resumía muy bien una niña que decía a otra: "*Ha dicho la señorita que o nos pasan el balón o no juega nadie*". Pues eso. En consecuencia, defendemos un modelo de ciudad, educativo, de convivencia y protector. La revuelta escolar, [los patios inclusivos o el concepto de urbanismo feminista](#), en el fondo lo que plantean es una transformación radical de los espacios de vida.

Posdata. El grupo parlamentario de Unidas Podemos registramos en la Asamblea de Madrid una [Proposición No de ley \(PNL\)](#) (NOTA 6) sobre entornos escolares seguros el 14 de febrero. Dada la importancia del tema y que está respaldado por movilización social, propusimos a Más Madrid y al PSOE que la hiciéramos conjuntamente. Desgraciadamente no ha sido posible, porque Más Madrid ha activado unilateralmente su PNL presentada con posterioridad a la nuestra. La apoyamos, aunque es mejorable. Pero es una pena que, por una cuestión de pura oportunidad, este tema no se plantee de forma unitaria para dar mayor fuerza a las justas demandas de las familias.

[Fuente: [Público](#)]

29/4/2022

Elizabeth Duval

Lecciones francesas para la izquierda española

La tendencia, apenas un día después de la primera vuelta de las elecciones presidenciales francesas, es a sacar conclusiones rápidas y extrapolarlo todo como si lo que funciona a un lado de los Pirineos fuera perfectamente aplicable a este otro. La repetición del duelo de 2017 (con Macron y Le Pen en segunda vuelta) y el excelente resultado de Mélenchon nos sirven para

aprender algunas lecciones, sí, pero ni son siempre las que querríamos ni constituyen recetas de fácil aplicación. Vamos a examinar algunas:

1. **El extraordinario resultado de Mélenchon** no sería posible sin una descomposición del Partido Socialista Francés derivada directamente de la aparición y auge de Emmanuel Macron en 2017. Cuando Macron se presenta a las presidenciales, lo hace con la bandera de un populismo "de centro" capaz de superar los viejos clivajes entre izquierda y derecha, arrastrando consigo a buena parte del Partido Socialista (fue ministro de Economía en el mandato de Hollande) y a otra de Los Republicanos (a una parte de los cuales que acaba de convencer tras integrarlos en su Gobierno con varios ministros exrepublicanos, como atestigua el fracaso absoluto de su candidata en estas elecciones, Valérie Pécresse).

2. **Lo que queda de Partido Socialista Francés** (que ya quedó en muy mal estado tras el fracaso en 2017 de su candidato Benoit Hamon, a la izquierda de muchos homólogos europeos) es parcialmente absorbido por los verdes, que copan el voto joven en las últimas elecciones europeas y obtienen victorias en las municipales. Pero ese mismo voto joven, en estas, se ha decantado por el voto útil y la dinámica en ascenso de Mélenchon, que ha ganado en gran parte de las grandes urbes y de forma clara entre la juventud. Con una población envejecida y una edad media del electorado en torno a los cincuenta años, Macron se beneficia de ser hoy el candidato de los más mayores: poco le queda del ímpetu de lo *nuevo* en 2017.

3. **Fabien Roussel**, al cual muchos medios dieron gran relevancia durante la campaña, **lleva al Partido Comunista Francés a un resultado relativamente bueno**, que no por ello es menos irrelevante. Su discurso, marcado más que otra cosa por sus elogios al vino y a la gastronomía francesa, su denuncia de lo *woke*, su visión favorable de la energía nuclear o la caza y su apoyo a las manifestaciones de la Policía, no cosecha más de un 2%. Es lo más parecido a un candidato *rojipardo* que ha visto Francia y, al menos allí, la tendencia rojiparda no parece cosechar gran éxito: por detrás del candidato Jean Lassalle, cuya principal característica es venir de una familia de pastores y caerle bien a los franceses que se irían con él de barbacoa (o eso dicen los sondeos).

4. **En Francia ha funcionado la posición altermundialista de Jean-Luc Mélenchon frente a la invasión de Ucrania**, así como su discurso sobre la no-alineación de Francia entre OTAN y Rusia. Tendrían que tener cuidado quienes sintieran la tentación de extrapolar ese buen funcionamiento a un clima político como el español. Francia, y no España, votó en contra (54%) de la Constitución Europea en 2005. Con la misma participación, el resultado en España arrojó un 80% a favor. La relación con los tratados europeos no es la

misma, la relación con Rusia (y los vínculos históricos) tampoco, ni la consideración que cada Estado tiene de sí mismo o de su rol en el mundo; no entender que las coordenadas de cada país son radicalmente distintas no puede en ningún caso conducir a decisiones políticas inteligentes. Ya hay quien habla de que es necesario un discurso tan valiente como el de Mélenchon en la izquierda española, incluido su rechazo a la OTAN; es de suponer que los actos en Castilla y León centrados en la crítica a la OTAN en medio de una campaña autonómica, y los posteriores resultados catastróficos, no hacen sino reforzar esa hipótesis.

5. El sistema francés es de un presidencialismo de herencia casi caudillista, por culpa de De Gaulle y del resto de presidentes de la República. Puede que Mélenchon haya sido capaz de obtener un resultado extraordinario, pero es extraordinariamente difícil imaginarse una segunda vuelta en la que pudiera ganar si esta no se produjera contra Marine Le Pen, e incluso en ese caso habría muchas dudas. Con obtener un muy buen resultado por uno mismo en cualquier sistema electoral no basta para tener relevancia. Y obtener muy buenos resultados uno detrás de otro es inútil si nunca se ejerce el poder real.

6. Que Mélenchon haya tenido un discurso valiente y haya conseguido un 22% no significa que teniendo en otro sitio un discurso valiente se consiga un 22%, porque no hay causalidad necesaria entre ambas cosas. En España no tenemos en la memoria reciente un presidente que, como Hollande, haya traicionado a sus electores de izquierdas y roto por completo lo que quedaba de su partido, permitiendo el ascenso de figuras como Mélenchon; carecemos de ello particularmente después de que Sánchez ganara las primarias del PSOE con un discurso capaz de absorber algunos elementos de Podemos. Y quizá sea muy difícil sustituir a un partido socialista sin que ese partido socialista haya sido extraordinariamente decepcionante; más difícil aún si se forma parte de esa decepción.

7. Mélenchon habría logrado pasar a segunda vuelta con una mínima transferencia de votos por parte de sus concurrentes de izquierdas; si sumáramos todos los votos del resto de candidatos de izquierdas, como mundo ideal, habría quedado por delante de Macron en esta primera vuelta. Es un régimen presidencialista y con circunscripción única, sí, pero hay una lección: se ha de ser consciente de los umbrales y actuar con la capacidad suficiente de tejer alianzas como para que esos umbrales no supongan desfiladeros al abismo.

8. Hay circunstancias en las que, sin pactos entre distintas fuerzas, estas quedarán condenadas a la irrelevancia. Y esto no es una creencia férrea y en todos los casos en fórmulas de frente amplio, que son más

circunstanciales que otra cosa, ni en ideas metafísicas de la unidad, ni una impugnación de la importancia de la hipótesis nacional-popular que han mencionado algunos analistas para pensar la porosidad entre Mélenchon y Le Pen; es adaptar la inteligencia política a la necesidad de cada momento y a sus particularidades. Quien no lo haga e intente aplicar lo ajeno sin un buen análisis de lo propio correrá el mismo riesgo que corrió la izquierda en Francia hasta hace bien poco: la desaparición.

9. Una última idea. **No se va a lograr hacer frente, ahora o eternamente, a la extrema derecha, a través de una llamada constante al cordón sanitario o la alerta antifascista**. Si hoy es más probable que en 2017 que gane Le Pen en la segunda vuelta, será porque Macron ha asumido y fomentado su discurso, así como gobernando sin gesto social alguno, implementando un programa en ocasiones igual de racista que el de Rassemblement National; si en España obtiene un extraordinario resultado en el futuro la extrema derecha, la culpa será de la izquierda gobernante y muy particularmente del PSOE, que no puede jugar siempre la baza de ser dique contra la extrema derecha mientras elabora medidas en ocasiones más cobardes que las de otros gobiernos europeos de menor tendencia de izquierdas.

[Fuente: [Público](#)]

12/4/2022

Nuria Alabao **Volver a casa borracha y acompañada**

Un *influencer* ha prendido fuego a las redes por hacer apología de ligar con mujeres borrachas “porque es mucho más fácil”. Se ha escrito bastante ya de lo problemático de este enfoque y no voy a perder mucho tiempo contestando a *incels* o gente que tiene tan poca consideración de sí misma que piensa que solo podría ligar con una mujer borracha. Voy a intentar reflexionar sobre el marco más general, porque las cuestiones de sexualidad son centrales para el feminismo.

En este caso creo que se está dando una visión cuestionable de lo que supone beber y tener relaciones sexuales, algo muy habitual para muchísimas mujeres, de todas las edades, pero sobre todo para las jóvenes en contextos de ocio nocturno. Naira Davo lo ha explicado [en un reciente artículo](#), donde dice que no se puede responder a la cultura de la violación con un regreso al puritanismo en el que se castigue a las mujeres que beben reproduciendo viejos estigmas basados en ideales de respetabilidad. “Ha habido una cierta tendencia a afirmar que una mujer que bebe un par de copas no es capaz de

seleccionar con quién se acuesta, para dibujar algo así como una nueva oposición entre el celibato de la mujer sobria contra la promiscuidad de la mujer ebria”, dice Davo.

Si elegimos beber alcohol, ¿cuándo perdemos la capacidad de decidir que queremos una relación sexual? Evidentemente no me refiero aquí a un estado de inconsciencia o seminconsciencia donde es evidente que no puede haber consentimiento y, por tanto, hay violación. Este ha sido uno de los elementos alrededor de los que han girado las demandas de eliminación de la actual distinción entre abuso y agresión sexual en el Código Penal para poner el acento en la ausencia o no del consentimiento. (Hasta hoy si la mujer está borracha o drogada se considera abuso porque “no hay violencia”, incluso cuando se le suministra una sustancia para conseguir anular su voluntad o que pierda la conciencia con el fin de agredirla.)

Es un tema complejo, pero tenemos que atrevernos a tratar estas cuestiones. Del debate de estos días, aprendemos que si se tienen dudas de la capacidad de consentir de una persona borracha, es mejor no forzar la situación. (Mucho se podría decir también del tipo de sexo que se tiene cuando media el alcohol, y su relación con los debates sobre el deseo y la empatía al follar que Beatriz Gimeno definía como [el “preocuparse por el otro o la otra, por su bienestar”](#) en la cama para atender y respetar su deseo).

Escucho voces diciendo que los tíos no deberían irse nunca con una mujer borracha, pero ¿cuánto de borracha? No se puede asociar automáticamente borrachera con incapacidad de tomar decisiones. Primero, porque resulta problemático una vez más colocar el peso del deseo y la capacidad de obrar en ellos. Aquí incluso ponemos en su tejado el discernir sobre nuestra propia capacidad de consentir. ¿Otra vez son ellos los que van a decidir por nuestra sexualidad? Este es un marco que nos infantiliza, que nos quita agencia. Hay que decir bien claro que las mujeres salimos, nos emborrachamos y ligamos porque queremos e incluso que a veces bebemos expresamente para ligar con más facilidad porque eso nos desinhibe. Sí, muchas veces queremos irnos a casa así, borrachas y acompañadas.

Creo que vale la pena abrir el debate porque esta concepción pasiva de la sexualidad de las mujeres también es un pilar que sujeta el orden de género, enquistada sus lógicas y refuerza los marcos estructurales de la violencia machista. A ellos se les presupone el deseo, que siempre existe, y el pleno dominio de su voluntad y su sexualidad. Aunque a veces esta se representa también como algo salvaje que no puede ser contenido, un argumento que ha servido históricamente para legitimar la violación. A nosotras, lo contrario, que la excepción es que queramos, una especie de premio que guardábamos celosamente para recompensar con ella a un varón –un varón que nos da algo

a cambio, ya sea afecto, poder o recursos-. De ahí provienen algunas [objeciones feministas a la Ley del Sí es Sí](#): que tal y cómo está formulada nos ata a esta concepción de la sexualidad femenina, mientras sitúa la agencia y el deseo en el terreno masculino. “Nos envía un mensaje inequívoco: el sexo es un terreno de los hombres y para ti siempre será hostil. Nos aleja del aprendizaje a manejarnos sin complejos, ni miedos en un ámbito de la vida que les dejamos a ellos”, [como dice Mónica Oltra](#). Pero todo nos pertenece, el ancho mundo es nuestro y nada nos es ajeno. También el sexo.

Todavía hoy dicen que la “naturaleza” sexual femenina y la masculina son esencialmente distintas, incluso algunas feministas. ¿Acaso estas diferencias no responden más bien a configuraciones de roles culturales e históricos específicos que además se encuentran en profundo proceso de transformación desde hace años? ¿No existe hoy en las mujeres una pluralidad de formas de desear y de vivir el sexo? ¿Qué sentido tiene desarrollar discursos que contribuyen a esencializar y fijar de nuevo nuestra sexualidad a viejos esquemas? Esquemas que además, son los que, cuando se produce una agresión, sirven para que nos culpabilicemos a nosotras mismas, por beber, por estar en un sitio donde no deberíamos haber estado a esas horas, por andar sola por la noche, por querer sexo ocasional... Todo al servicio del control de nuestra sexualidad. La manera de conducir según qué debates, aunque no sea nuestra intención, puede contribuir a reforzar este marco.

Buenas/malas mujeres

Estos son además los mismos argumentos que se usan en los juicios para desestimar las declaraciones de las mujeres si estas tienen una vida sexual activa antes, o incluso después de haber sido violadas. Si su pureza queda en entredicho, si esa misma noche iba buscando sexo, pueden ser argumentos sociales y legales para dudar de su testimonio. Se nos obliga así a encajar también en la imagen de “buena víctima” que, más que proteger a las mujeres, les exige el cumplimiento de la normativa hegemónica de género como condición para ser reconocidas como víctimas, [como explica Laura Macaya](#). “Imposible violar a una mujer tan viciosa”, [dice Virginie Despentès en Teoría King Kong](#). Estos discursos que no reconocen la pluralidad de vivencias, que haya mujeres que beban y busquen sexo con desconocidos, por ejemplo, refuerzan de manera indirecta tanto los argumentos que sirven a la reproducción de la violencia institucional, como al control social expresado en la cultura hegemónica y ejercido a través de los que nos rodean.

Las malas víctimas a veces no encajan en lo que se espera de ellas. No se les ve suficientemente traumatizadas, quizás hacen vida aparentemente “normal”. “Fuma, sale de marcha, toma café con los amigos”, [escribían los](#)

[detectives privados sobre la víctima de la Manada](#) para demostrar que no había sido violada. Parece que ninguna mujer que haya sido violada debería poder hacer vida normal. El patriarcado presupone que es lo peor que le puede pasar a una mujer y que después debe quedar “dañada”. Solo las buenas mujeres no lo superan, dice Despentés.

Aunque evidentemente la responsabilidad de una agresión sexual siempre es del agresor, el peligro es generar un relato en el que si una mujer sale de noche y se emborracha se pone al alcance de los “depredadores sexuales”. El imaginario que podemos crear es, no solo culpabilizador para las mujeres, sino uno que quizás limite nuestras posibilidades de vida y autonomía. Nerea Barjola lo explica bien en [Microfísica sexista del poder](#) a partir del caso Alcàsser: las campañas de terror sexual desatadas en los medios después de violaciones y asesinatos son funcionales a la limitación de los comportamientos y movimientos de las mujeres, a su contención, personal y sexual. El miedo nos hace más pequeñas, nos encierra. Pero no queremos tener que elegir entre nuestra libertad y nuestra seguridad.

Porque salir al mundo, sobre todo borrachas, es “ponerse en riesgo” y a veces, no sale bien, pero no queremos encerrarnos en casa. Después de su violación, [Despentés tuvo una epifanía leyendo un texto de Camille Paglia](#): “Sí, habíamos salido afuera, a un espacio que no era el nuestro. Sí, habíamos sobrevivido en lugar de haber muerto. Sí, estábamos en minifalda solas sin un tío que nos acompañara, de noche, (...) Habíamos corrido el riesgo, habíamos pagado el precio, y más que sentir vergüenza por estar vivas podíamos decidir levantarnos y recuperarnos lo mejor posible. Paglia nos permitía imaginarnos como guerrilleras, no tanto responsables personalmente de algo que nos habíamos buscado, sino víctimas ordinarias de algo que podíamos esperar cuando se es mujer y se quiere correr el riesgo de salir al exterior”.

Contra un clima de miedo

En los últimos años, el #MeToo y la insistencia en poner en primer plano la violencia sexual han tenido resultados ambivalentes. Por un lado, hemos puesto en la agenda la violencia sexual y los abusos en el ámbito laboral de los que nadie hablaba. Cosas que estaban normalizadas por fin se verbalizan, por fin dejan de excusarse. Probablemente este cambio cultural es uno de los mayores logros de este último ciclo de movilización feminista. Sin embargo, quizás hemos construido sin querer un imaginario de pánico sobre la sexualidad. Quizás la hemos dibujado como un ámbito solo de peligro y no de disfrute. ¿Cómo puede afectar esto a las más jóvenes? Nos ha faltado (y mucho) hablar del placer, de lo que implica conquistar ese espacio siendo mujeres, de lo que ganamos en libertad, en autonomía, en disfrute de la vida. Nos ha faltado reivindicar la sexualidad como un espacio propio para que la

amenaza no se cierna como una sombra sobre nuestras vidas y nos acabe desempoderando mientras engrandecemos el poder masculino –aunque sea como amenaza e imagen de omnipotencia–. No hemos hablado apenas de cómo el sexo también es nuestro espacio, de que a las mujeres nos gusta el sexo, lo queremos, lo buscamos activamente y lo disfrutamos –asumiendo todos los problemas o riesgos que se dan en ese campo para nosotras–. La búsqueda responsable del placer y la experimentación son la clave para el empoderamiento sexual de las mujeres y para llevar adelante la lucha por sus libertades sexuales, [en palabras de Laura Macaya](#).

No podemos oponernos a la violencia con la contención sexual. Sino que “el único camino posible pasa por la reivindicación de la propia sexualidad libre, gozosa y dispuesta de todas nosotras. Por comprender que lo que define una agresión no son las circunstancias o el tipo de prácticas sexuales, sino la ausencia de consentimiento explícito. Por construirnos como seres deseantes, anhelantes, dueñas de nuestra sexualidad, con capacidad para decir no y para decir que sí”, [escribe Julia Cámara](#). Por tanto, seguiremos saliendo de noche, yendo a sitios poco indicados para señoritas, seguiremos emborrachándonos y follando. Y para sentirnos más seguras, el feminismo nos ha dado un arma poderosa: el cuidado y acompañamiento colectivo. En los bares y en las discotecas, nos cuidan nuestras amigas que ponen a nuestro alcance un nuevo concepto de “seguridad” a la hora de enfrentarnos a los riesgos implícitos en el terreno sexual. Y si nos pasa algo, también nos acompañaremos para poder levantarnos y seguir caminando, mientras luchamos juntas para que se acaben todas las agresiones.

[Fuente: [ctxt](#)]

17/4/2022

Steven Forti

Extrema derecha 2.0

Qué es y cómo combatirla

Siglo XXI, Madrid, 2021, 301 pags.

El auge de la presencia política de la extrema derecha en nuestras sociedades hace tiempo que se viene analizando desde el mundo académico especializado. Pero, ante la evidencia de la extensión del fenómeno hasta convertirse en una realidad cotidiana que todo indica que ha venido para quedarse, últimamente también se está tratando desde una perspectiva amplia que combina la historia, la sociología y la ciencia política, juntando el rigor académico con la capacidad de divulgación para el gran público.

Hace un año presentamos en Mientras Tanto una aproximación al tema mediante una lectura conjunta de varios libros [1] y, ahora, con esta reseña recomendamos la aportación del reciente libro de Steven Forti, *Extrema derecha 2.0*, publicado por Siglo XXI de España. Siguiendo una línea narrativa conocida como historia del tiempo presente, y abundando en una gran cantidad de datos para analizar comparadamente una amplia variedad de países, este libro contribuye a explicar nuevas perspectivas sobre la extrema derecha tanto desde el punto de vista conceptual y valorativo, como de sus estrategias exitosas de crecimiento, o su relativa influencia en la transformación del ecosistema político en general. Para finalizar, el autor presenta un conjunto de ideas con la intención de articular mecanismos para combatir la expansión de la extrema derecha.

El debate sobre cómo conceptualizar a la extrema derecha ha sido muy amplio e importante, aunque a menudo también un poco enredado y hasta cierto punto ineficaz, sobre todo cuando se ha intentado establecer comparaciones temporales mezclando contextos históricos muy diferenciados. En este sentido, una de las cuestiones más controvertidas ha surgido a la hora de calificar como fascistas a los ultraderechistas actuales, así como su grado de conexión con el pasado de esa ideología, cuando lo realmente importante es establecer una definición y una tipología que nos permita explicar en el contexto actual las razones de la fuerte presencia de la extrema derecha, el auge político y electoral que está teniendo en nuestras sociedades, y la capacidad de influencia en el entorno general de la política trastocando algunas estructuras y algunos alineamientos fundamentales.

Otro elemento relevante del auge en tiempos recientes de la extrema derecha reside en las estrategias desempeñadas que le han proporcionado gran

capacidad de conexión con la población, que a menudo se ha mencionado simplemente como populismo; el calificativo, sin embargo, resulta insatisfactorio porque al final se llama populismo a toda actividad que parece que agita los canales tradicionales de la política institucional establecida. Además, una novedad añadida es la profusión de mensajes y de la presencia de estas organizaciones en las redes sociales y en todos los medios de comunicación, donde demuestran una gran capacidad de dominio de las nuevas tecnologías para divulgar su ideología reaccionaria.

Consciente de estas debilidades argumentales a la hora de explicar la presencia y la fuerza de las extremas derechas en la actualidad, Steven Forti nos propone entender esas organizaciones primero por sus contenidos, entre los que destacan un marcado nacionalismo identitario o nativista, la recuperación de la soberanía nacional y una crítica profunda al multilateralismo (que en Europa sería también euroescepticismo), la defensa de los valores conservadores, de la ley y el orden, la calificación de la inmigración como invasión y abundando en el racismo, la crítica al multiculturalismo y las sociedades abiertas o, en definitiva, una declarada oposición al intelectualismo (entendido como sinónimo de progresismo) contra el que plantea una batalla cultural.

Luego, el autor hace un ejercicio taxonómico para citar los grupos políticos o partidos que se ajustarían al modelo (la Agrupación Nacional francesa, la Liga italiana, el Partido de la Libertad de Austria y el de Holanda, Hermanos de Italia, Vox en España, Chega! en Portugal, el Brexit Party, Fidesz en Hungría, Ley y Justicia en Polonia, Alternativa para Alemania, el Partido Popular Danés, los Demócratas Suecos, el Partido del Progreso noruego, el Partido de los Finlandeses, la Nueva Alianza Flamenca, Solución Griega, etc.), que son miembros de los grupos de Identidad y Democracia y de los Conservadores y Reformistas Europeos en el Parlamento Europeo. Entrarían también en esa categoría movimientos identitarios que se mueven en las mismas coordenadas, así como fenómenos *sui generis* como el *trumpismo* en EE. UU. y el *bolsonarismo* en Brasil.

Con todo, Steven Forti nos recuerda que también existen algunas diferencias entre las variadas versiones de la extrema derecha en lo que atañe a la economía, al binomio valores/derechos, y a la geopolítica. En el ámbito económico se aprecia una diferencia notable entre aquellos que defienden un cierto bienestar chauvinista (caso de la Agrupación Nacional de Marine Le Pen en Francia) respecto de los partidos marcadamente neoliberales (como el español Vox, o el portugués Chega!). Igualmente, es muy interesante ver cómo estas variantes de política económica se aplican de una forma ambivalente y arbitraria en aquellos países donde la extrema derecha ya está en el gobierno (Polonia y Hungría), con varios ejemplos que el autor nos

desgrana detalladamente para argumentar el extremado tacticismo que suelen aplicar estos gobiernos.

En cuanto al tema de los valores, aunque todas estas formaciones defienden un conservadurismo de forma generalizada, Steven Forti nos advierte de algunos matices significativos sobre el tratamiento de cuestiones como el aborto, la familia, la igualdad de género o los derechos LGTBI. En este sentido, son significativas algunas diferencias marcadas por la evolución de las tradiciones políticas y culturales de cada país, donde destacan una mayor apertura de miras en Suecia, Dinamarca u Holanda, en comparación con las visiones más reaccionarias de Hungría, Polonia o la ultraderecha española.

Y, respecto a las divergencias geopolíticas, la división se manifiesta entre aquellas organizaciones que tienen una clara orientación atlantista, como Vox o Chega!, en España y Portugal, y las extremas derechas de Polonia o los países bálticos, mientras que otras formaciones han mostrado por momentos algún grado de simpatía por la Rusia de Putin. Quizá el caso de mayor proximidad a Rusia sería Hungría bajo el gobierno de Viktor Orbán, pero el autor también nos narra algunos devaneos erráticos entre Washington y Moscú por parte de la líder de la ultraderecha francesa, Marine Le Pen, o del italiano Mateo Salvini. En definitiva, en el ámbito geopolítico también influyen notablemente el pasado político de cada país y la cultura política de las derechas y de los nacionalismos locales.

En este apartado de la política exterior hay que hacer una mención especial al análisis de los vaivenes de las extremas derechas de los países europeos respecto a la propia idea de Europa y a la evolución de la Unión Europea, que ha sido un terreno donde se ha practicado un tacticismo exacerbado. Si bien todas las formaciones de extrema derecha se estructuran en torno al pilar nacionalista, a la vez habían adaptado alguna forma de paneuropeísmo funcional a sus intereses ideológicos (generalmente en cuestiones identitarias o de religión). Sin embargo, en los momentos de crisis institucional de la UE, o ante las consecuencias de la crisis económica de 2008 y los problemas derivados de las rigideces en varios órdenes impuestos por el mantenimiento de la estabilidad del euro siguiendo la ortodoxia alemana, han sido también de los primeros en apuntarse a las filas euroescépticas y varios pensaron en fórmulas similares al Brexit.

En cuanto a las estrategias de la extrema derecha para perseguir con éxito sus fines, el autor destaca la capacidad para polarizar las sociedades en las que intervienen, después la aplicación de un extremado tacticismo y, por último, su apropiación del sistema democrático desde una perspectiva meramente instrumental, despreciando si conviene las normas reguladoras y las instituciones para conseguir los objetivos que se proponen. Esto se ha

resumido con el término de *democracia iliberal*, según la definición que popularizó en su momento el presidente húngaro Viktor Orbán. Todo ello adobado con unas estrategias de propaganda viral que no hacen ascos a la invención de noticias falsas, y desde unos planteamientos dirigidos a atacar lo que denominan el pensamiento orgánico establecido en las instituciones del sistema.

Un capítulo aparte merece el análisis de las transformaciones de la extrema derecha y sus consecuencias en el ecosistema político de todos los países. En este proceso, que Steven Forti denomina *aggiornamento* porque en cierta manera es una puesta al día del pensamiento y las prácticas de la tradición fascista, se produce una adaptación ideológica donde se incorporan también algunos de los principios de la nueva derecha de Alain de Benoist o del movimiento de la Joven Europa de Jean Thiriart, con el resultado de una especie de variante gramsciana de derechas que permitió un rearme ideológico y cultural para plantear una auténtica batalla contra la supuesta hegemonía de la izquierda en el terreno de las ideas.

El éxito de esta transformación no sólo tuvo consecuencias en las filas de la extrema derecha y de la derecha tradicional, sino que ha tenido una onda expansiva que ha afectado más allá de su entorno político hasta alcanzar algunas orillas del hábitat tradicional de la izquierda, apareciendo el fenómeno conocido como *rojipardismo*, que el autor procura desentrañar en todas sus variantes. También tiene en cuenta las diferencias contextuales entre aquellos países donde la extrema derecha procede de escisiones de los partidos conservadores, frente a otros países donde el sistema político ha colapsado o se ha vuelto extremadamente inestable. Con todo, aunque Forti reconoce que en buena medida este fenómeno ha sido posible en el contexto de los estragos producidos por la globalización, con consecuencias en la desorientación política general y en la profunda crisis de identidad que están viviendo los proyectos progresistas, al final acaba considerando que el *rojipardismo* seguirá siendo minoritario.

Finalmente, teniendo en cuenta el relativo éxito del avance de la extrema derecha en todos los países europeos, que se manifiesta muy claramente en términos electorales, el autor concluye el libro con un capítulo donde desarrolla un manual de instrucciones para combatir a la extrema derecha.

Primero nos indica que para que ese combate fructifique es necesario empezar estudiando las razones del auge actual de la penetración de su discurso, así como su carácter de fenómeno global y sus poderosas conexiones internacionales que generan unos canales extraordinarios de financiación. Sigue a continuación con un catálogo de respuestas desde los partidos políticos y las instituciones, en el que destaca el establecimiento de

cordones sanitarios para evitar no sólo la normalización del discurso de extrema derecha y sus propuestas, sino que también considera importante que estas fuerzas no consigan penetrar en las instituciones (con particular atención a prevenir su presencia en las fuerzas de seguridad) y que tampoco accedan a posiciones de gobierno, sea implicándose directamente o mediante apoyo externo.

El papel de los medios de comunicación también merece la atención especial del autor, a los que demanda mayor rigor para contextualizar los mensajes lanzados desde la extrema derecha y sobre todo que eviten convertirse en altavoces de su propaganda. También los medios deben estar muy atentos a no ser partícipes de la proliferación de noticias falsas que continuamente emanan de esas fuentes, que además hay que tener muy bien detectadas porque se suelen ocultar bajo apariencias inocuas.

Las últimas recomendaciones de respuesta al auge de la extrema derecha se refieren a la necesidad de fortalecer los movimientos sociales, señalando como ejemplo el caso de las organizaciones que combaten el racismo, la xenofobia y el fascismo. Asimismo, es muy importante que se mantengan activas las propuestas políticas de los partidos de izquierda, que deben reafirmar su papel en la lucha contra las desigualdades, ya que entre los excluidos sociales la extrema derecha encuentra un caldo de cultivo para captar adeptos. Y acaba reservando una mención a trabajar para prevenir el desencanto de la juventud respecto al sistema democrático, que se puede traducir tanto en posiciones abstencionistas como críticas, que en ocasiones derivan en un acercamiento a la extrema derecha. En todo caso, es muy importante el recordatorio que se hace en el libro de la necesidad de defender y ampliar la democracia continuamente, ya que no sólo es el mejor antídoto frente al autoritarismo, sino que además es la base en la que se sustenta la convivencia cotidiana.

Notas

[1] [“Una lectura sobre el aumento de la actividad política de la extrema derecha”](#), *mt-e*, n.º 200, abril de 2021.

Francesc Bayo
5/2022

Denise Levertov

Los golpeadores

Un hombre sentado junto a la cama
de una mujer a quien golpeó,
cura sus heridas,
suavemente palpa los moretones.
La sangre forma un charco a su alrededor,
se oscurece.

Atónito, se da cuenta que ha comenzado
a quererla. Siente terror.

¿Por qué nunca había
visto, antes, lo que era?

¿Y si deja de respirar?

Tierra, ¿será que no podemos amarte
a menos que creamos que el fin se aproxima?

¿Que no creamos en tu vida
a menos que pensemos que agonizas?

La certeza

Han perfeccionado los medios de destrucción,
la ciencia abstracta casi visiblemente brilla,
tan refinadamente pulida. Armas inmateriales
que nunca nadie podría tener en las manos
se abren paso por la oscuridad, atraviesan grandes
distancias,
introduciéndose por laberintos hasta llegar
a blancos que son conceptos.

Pero una antigua certeza
se mantiene: la guerra
significa sangre que se derrama de los cuerpos vivos,
significa extremidades cortadas, ceguera, terror,
significa duelo, agonía, huérfanos, hambruna,
prolongada desdicha, permanente resentimiento y odio y culpa,
significa todo esto multiplicado, multiplicado,
significa muerte, muerte, muerte y muerte.

De: *Evening Train*, 1992

Traducción de Cynthia Mansfield

Fuente: www.omegalfa.es

30/4/2022